



EMILY
DELEVIGNE

DEVÓRAME,
KEVIN

zafiro♥

Índice

Portada

Dedicatoria

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Epílogo

Agradecimientos

Biografía

Notas

Créditos

Te damos las gracias por adquirir
este **EBOOK**

Visita Planetadelibros.com y
descubre una nueva forma de
disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a
contenidos exclusivos!**

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones

Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

**Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:**



Explora Descubre Comp

A mi primer sobrino, Marco. Estamos deseando verte y celebrar las primeras navidades contigo, ¡si supieses cuánta ropa te han hecho tu abuela y sus amigas! Muchas veces me pregunto si sacarás los ojos verdes de tu madre o los oscuros de tu padre. Sea como sea, la espera merecerá la pena... Te quiere,

tu tía I.

Prólogo

Dos años atrás

Taylor miró inquisidoramente a Dean mientras éste dormía en su estrecha y vieja cama. Las blancas e impolutas sábanas le daban un aura mística y soberbia que estaba a punto de destruir el poco ego que le quedaba. La luz que

entraba por la ventana abierta bañaba su pelo castaño claro, provocando que éste soltara reflejos dorados que acentuaban su belleza, que podría competir con la del mismísimo Apolo.

Uno de sus perfilados brazos descansaba sobre la almohada, y tenía la cara apoyada en dicho lado. Odiaba que siempre fuese tan perfecto y que, al despertarse, pareciese más un modelo de ropa interior que un tipo corriente recién levantado.

Estaba deseando que dejara de dormir para ver aquellos hermosos ojos azules sobre su persona, haciéndola sentir afortunada de tener a un hombre

de su talla junto a alguien como ella.

Contuvo el suspiro que estuvo a punto de salir de sus labios y apoyó la cabeza entre sus manos. ¿Podía llegar a ser más atractivo? ¿Podía algún hombre superar aquel halo de masculinidad y belleza que desprendía por cada poro de su piel?

Conocía perfectamente la respuesta.

No.

Y lo malo era que no le gustaba sentir esa clase de sentimientos tan... extremos.

En lo más hondo de su ser, sabía perfectamente que Dean no sentía lo mismo que ella. Él no la necesitaba ni la

amaba de igual forma, pero a pesar de todo lo quería a su lado.

Lo necesitaba.

Llevaban cinco años de relación y cada día que pasaba era para Taylor como una especie de milagro. Recordó con una sonrisa el día que se conocieron.

Taylor había estado trabajando en un cáterin durante dos años para poder ganar algo de dinero antes de convertirse en diseñadora. Precisaba tener fondos ahorrados por si, finalmente, su sueño acababa estrellado,

tal como su familia afirmaba que ocurriría.

Su último trabajo en el cáterin le dio la oportunidad de conocer a Dean, un modelo estadounidense cuya carrera estaba despegando. Había aparecido en vídeos musicales de algunos cantantes internacionales, así como en anuncios de colonias y zapatos.

Taylor se había acercado a su grupo con una bandeja repleta de bebidas, y sus ojos se clavaron en ella con agradecimiento e interés.

Fuertes, carismáticos...

Mentiría si dijera que a partir de ese momento él fue tras ella, porque no

resultó así. Más bien toda su historia había sido lo contrario a lo que cualquier mujer habría deseado.

A lo largo de la noche y tras ver que él no se acercaba, al terminar su turno decidió arreglarse un poco en los baños femeninos e ir hacia él con su mejor sonrisa, sacando a la superficie aquella coquetería que muchos hombres solían encontrar fresca.

Taylor siempre había tenido en su cabeza que el «no» ya lo tenía desde un primer momento, así que ¿por qué no intentarlo de todos modos?

Poco a poco fueron quedando con más frecuencia, hasta que transcurrió un

año. Ella había estado deseando llegar al dichoso primer aniversario para poder dejar claras sus intenciones y poder decir, de una vez por todas, que aquel hombre era su novio.

Su familia comenzó a tratarla de una manera completamente distinta al conocerlo, como si Taylor hubiese conseguido ingresar realmente en la familia. Su hermana, aquella mujer fría que no dejaba ver sus sentimientos, se mostró hasta sorprendida.

La satisfacción que sintió Taylor en aquel momento fue superior a ninguna otra.

Mirando el despertador de la mesita de noche, se estiró perezosamente y movió con suavidad a su chico por el brazo.

—Dean, levanta —murmuró—. Vamos, tenemos que ir a la comida de mis padres.

Dándose la vuelta y acabando en una perfecta postura, él abrió los ojos y sonrió.

—Lo sé. Entra tú antes en la ducha, tengo que llamar a mi representante.

Intentando controlar la decepción, se obligó a sonreír.

—Había pensado que podríamos

tomar una ducha juntos. —Pasó suavemente las uñas por el perfilado torso, con la intención de despertar en su novio alguna reacción—. ¿No puede esperar, esa llamada?

Dean se incorporó de la cama y le dio un casto beso en la mejilla antes de salir del cuarto completamente desnudo.

—Quizá en otra ocasión, cariño. Esto es urgente.

Acostumbrada a aquellos desplantes, se prometió que aquello cambiaría al cabo de poco. Llevaban muchos años juntos, su familia lo amaba y viceversa. Estaba segura de que aquella comida sólo conseguiría estrechar los lazos que

ya de por sí eran fuertes.

Todo sería perfecto.

Sonrió y, encogiéndose de hombros, fue hacia el cuarto de baño mientras tarareaba una canción.

Nada la había preparado para saber que aquella iba a ser la última comida que compartirían... como pareja.

Capítulo 1

—Son los peores pasteles que he probado en mi vida —musitó Andrea poniendo cara de asco—. Puaj, son horribles. ¿Esto lo has cocinado tú? Incluso he pensado que estaban caducados; de esos que dejas al aire y se ponen duros como piedras.

Taylor puso los ojos en blanco

mientras sacaba otra bandeja del horno con unos antiguos guantes de cocina de color rosa que odiaba a muerte. El olor que salía del electrodoméstico era neutral; cualquiera que pasase por allí creería que todavía no se había cocido nada en él.

—No digas tonterías —se preparó para soltar la bomba—: pienso dedicarme a la hostelería y...

—¿Tú, a la hostelería? —gritó Andrea llevándose las manos a la cabeza mientras miraba con temor aquella nueva bandeja horneada—. Dios mío, ¿desde cuándo? ¿Para eso querías que viniese, para darme esta... noticia?

Pues lamento decirte esto, pero, si abres un negocio, vas a cerrar en un mes.

Taylor miró a su amiga con una ceja alzada.

—Vaya, tenía la esperanza de que, al estar con Scott, te habrías dulcificado y toda esa mierda, pero veo que sigues igual de cabrona.

Andrea suspiró y se colocó a su lado, enfrente de la nueva bandeja, ésta con galletas calientes. Cogió una con cuidado y sonrió.

—Sabes que te apoyaré e iré a tu local todos los días. Pero no entiendo por qué quieres dejar a un lado el diseño. Creía que era tu sueño. Ya

sabes, modelos guapos, poder tirártelos sin miramientos ni reproches y...

—Y yo, pero necesito hacer algo más con mi vida. —Miró la galleta que su amiga tenía en la mano—. ¿Vas a darle un mordisco?

—¿Vas a decirme por qué te vas a meter a pastelera? Tay, por si no te has dado cuenta, eres la mujer más moderna e independiente que conozco. Odias la cocina, los niños, los novios tiernos y el color rosa. ¿Se puede saber por qué demonios vas a...?

Andrea se interrumpió cuando el timbre sonó dos veces.

Miró a su rubia amiga con cautela y

ésta fue hacia la puerta de su apartamento sin quitarse el delantal negro con una calavera estampada que adornaba su tronco, enfundada todavía en los guantes rosas.

La dulce y melodiosa voz de Irina sonó junto a la infantil de Amy, su hija. La niña corrió a los brazos de Taylor para luego ir a la cocina a saludar a Andrea.

—Pero mira quién ha venido a vernos... —musitó Andrea.

—Llegas en un momento perfecto. Acaban de salir las galletas.

Irina se estremeció ante la sonrisa que le dedicó su amiga española. Una

vez en la cocina, miró a Andrea con duda.

—Humm... ¿está cocinando? —Hizo una pausa y clavó sus ojos en Andrea—. ¿Cocinaba Tay? No lo recuerdo. Pensaba que lo odiaba.

El cascabel que llevaba Salem, el gato negro de Taylor, sonó desde el salón a la par que un ronroneo ronco. Amy soltó un chillido y se fue corriendo hacia el salón con los brazos extendidos, dejando solas a las tres amigas.

—Voy a abrir una pastelería —soltó. Levantó unas muestras de colores de pintura para paredes—. He alquilado un pequeño local y estoy eligiendo los

tonos adecuados para la decoración, más los muebles.

Irina abrió los ojos por completo y miró a Andrea.

—¿Qué le ha pasado? ¿Se ha dado un golpe en la cabeza mientras se duchaba o, por el contrario, Kevin la ha endulzado a polvos?

—¿Qué demonios os pasa? ¿Por qué tengo que haberme dado un golpe en la cabeza para que me guste la hostelería?

—Quizá porque nunca te ha gustado, Tay. Siempre la has odiado. Detestas cocinar.

—¡Mentira! —exclamó—. Me encantan los pasteles.

—Comértelos, no hacerlos. —

Andrea resopló.

—¿Y no has llegado a pensar que quizá tenga mucho éxito, contrate a unas chicas y no tenga que trabajar? — replicó dejando los guantes sobre una de las encimeras libres—. Una franquicia. Como Starbucks.

Irina, adoptando el papel de madre, fue hacia ella y la envolvió en un fuerte abrazo.

—Cariño, ¿te ha tocado Kevin la fibra sensible?

Taylor se separó de ella con brusquedad, haciendo que la modelo rusa estuviese a punto de caerse al

suelo.

—¡No! ¿Fibra sensible? Quiero ser empresaria... lejos de la moda.

—¿Y por qué no empresaria en otro sector? ¿Por qué hostelería? —inquirió Andrea, alejándose de las duras y calientes galletas—. No sé cómo estarán las galletas, pero yo he probado los pasteles y son horribles.

Ira se acercó a la bandeja y cogió una de las galletas.

—Quizá no estén tan malas.

Tay asintió e hizo un gesto para que le diera un mordisco. Al hacerlo Irina, sonó un fuerte chasquido seguido de un juramento en otro idioma.

—Mierda... —musitó Irina—. Creo que me he roto algo.

—Una muela, seguramente. — Andrea se rio—. Tay, soy tu amiga y te quiero, pero creo que deberías plantearte otra cosa.

—No están tan malas... —Irina sonrió con esfuerzo—. Se pueden mejorar y seguro que, con una buena publicidad, te harás un hueco.

—Y ahí es donde entras tú. Serás la modelo de mi campaña. ¿Qué te parece? Con lo buena que estás, como mínimo tendré el local repleto de tíos... y Andrea, con que se traiga a los marines, me asegurará clientela femenina. ¿No es

perfecto?

—Eh... Taylor... —Andrea se echó hacia atrás el largo pelo castaño—... no son amigos míos ni nada por el estilo. Ellos trabajan, es decir, no son tíos que se pongan el uniforme para ir provocando orgasmos por la calle y...

—¿Es que acaso vas a negarme un favor de nada? —la interrumpió secamente quitándose el delantal de un tirón—. Quiero dirigir mi propia pastelería, ¿por qué no me apoyas en esto?

Al ver la seriedad en el rostro de su amiga, guardó silencio.

¿De verdad su sueño consistía en

preparar pasteles y servirlos en su local? ¿Qué había pasado o cuáles eran los verdaderos planes de Taylor? ¿Podían acaso cambiar tanto de la noche a la mañana?

Miró de reojo a Irina. Sus azules ojos estaban clavados en ella con reproche, ¿se habría pasado quizá?

Desde el principio había creído que se trataba de una broma, que Taylor finalmente se reiría y le diría, por creerla, que tantos orgasmos con Scott le habían nublado el cerebro.

Pero no, aquel momento no había llegado.

Y parecía que no iba a llegar.

Extrañada, se encogió de hombros.

—Bueno... Claro que te apoyo, aunque creo que acabarás aburriéndote de esto a las dos semanas. Irina hará de modelo y yo intentaré que Scott convenza a sus amigos...

—Menos a Kevin.

—Menos a Kevin, para que... espera... —La miró con una ceja alzada—. ¿Cómo que menos a Kevin?

—Kevin está coladito por ti, le romperías el corazón si no lo invitases.

—Ira, cállate. No me hagas sentir mal, porque no lo vas a conseguir. Kevin se queda fuera de esto y no hay más que hablar.

Taylor cogió la primera bandeja de pasteles y tiró su contenido a la basura sin ningún miramiento. Estaba haciendo lo mismo con la de galletas cuando sonrió y miró a sus amigas. Ambas dieron un pequeño salto, sorprendidas.

Se acercó poco a poco con una sonrisa en el rostro.

—Ya que ambas me apoyáis y habéis dicho que vais a ayudarme...

—Humm... Eso no ha quedado del todo claro, Tay...

—Vamos a celebrarlo. Una galleta para cada una y... —fue hacia la nevera y sacó un tetrabrik—... y un vaso de leche para acompañarlas.

—¿Leche? —Andrea bufó—. Esto se pone peor. ¿No puede ser café, batido o...?

—Leche —dijo con determinación.

En ese momento entró Amy corriendo con un cansado Salem, que intentaba huir de los pequeños pero fuertes brazos de la niña.

—¿Galletas y leche? ¡Yo quiero!

—Oh, sólo quedan tres... Pero no te preocupes, que te doy mi galleta y mi vaso de leche. Yo tengo que irme ya, Scott está esperándome —exclamó Andrea con falsa tristeza—. Bueno, otro día me invitas, Tay.

—Oh, no sufras. Todavía no las he

tirado todas. Es más, hasta podéis repetir. —Sonrió maliciosamente—. Coged todas las que queráis.

Amy gritó con alegría mientras dejaba en el suelo al gato e iba corriendo hacia las galletas. Andrea suspiró y cogió una con resignación.

—Creo que hoy no cenaré...

—No seas tan mala —murmuró Irina. Taylor estaba con Amy, ofreciéndole la merienda y poniendo un cuenco de leche para el gato—. Quizá de verdad quiere ser pastelera.

—¿Desde cuándo? Ayer me comentó que iba a pedir una pizza porque pasaba de meterse en la cocina y quedarse con

el olor de la comida impregnado en la ropa. No se puede cambiar tan rápido.

—Bueno, dale algo de tiempo. —Se encogió de hombros, moviendo su largo pelo oscuro—. Quizá acabe aburriéndose de todo esto.

—Pensaba que hoy nos iba a invitar a tomar una copa o algo parecido... —Se llevó el borde de la galleta a la boca.

—¿A las cuatro? Creo que ésa es la hora de la merienda, no de copas. —Se rio suavemente antes de darle un mordisco a la suya—. Déjala, tal vez sea uno de sus muchos caprichos. Me apuesto lo que quieras a que, en dos semanas, acabará aburriéndose y lo

dejará.

Andrea clavó la mirada en su amiga. Su pelo rubio, largo hasta los hombros y liso, caía con gracia sobre su bonito y pálido rostro. Se preguntó qué tendría en la cabeza, qué le habría hecho cambiar de la noche a la mañana. Taylor odiaba cocinar; siempre compraba comida casera o precocinada, todo con tal de mantener la cocina limpia y no desprender olores culinarios, ya que, según ella, eso le restaba elegancia a su persona.

Además, Tay amaba la moda. Le encantaba ir a la última, vestir a los demás, ponerse en el salón a formular

nuevas ideas mientras las horas pasaban y pasaban, olvidándose incluso de comer.

No, definitivamente allí había gato encerrado.

Deseando hablar con Scott y preguntarle si sabía algo de Kevin y Taylor, se comió lo que quedaba de galleta y tomó un buen trago de leche, con la intención de eliminar el sabor a mantequilla quemada que le invadió la boca.

Sonrió forzada y abrazó a sus amigas.

—Estaba riquísima, ahora tengo que irme.

—¿No quieres más?

—No, no, para ti, cariño —le dijo a Amy. Miró a Irina con maldad—. ¿Por qué no te llevas algunas a casa?

—¡Oh, sí! ¿Podemos, mamá? ¿Podemos?

—Oh... claro.

—Yo me voy; hablamos mañana, chicas. Que disfrutéis del resto de la merienda. Creo recordar que todavía tienes más masa preparada en la nevera, Tay.

Ira la miró con furia y abrió la boca.

—Serás...

—¡Sí! ¡Más pasteles! —exclamó la niña con efusividad.

Andrea salió corriendo del apartamento antes de que Irina la matase o, aún peor, de que Tay la invitase a comer algo más y ella se sintiera lo suficientemente culpable como para decir que sí.

Andrea entró en casa de Scott con una gran sonrisa. Bueno, en la casa de ambos. Llevaban apenas dos meses viviendo juntos y todavía le costaba llamar a aquello *su* hogar. Su perra Blanca fue corriendo hacia ella, moviendo el rabo con frenesí mientras exigía, a ladridos, caricias.

Se agachó y la abrazó con fuerza, hundiendo el rostro en el limpio pelaje. Cerró los ojos.

—Dios mío, qué bien hueles.

—¿Qué tal fue la merienda? Llegas muy pronto.

Andrea abrió los ojos, alzó la vista y la clavó con puro deleite sobre aquel enorme y moreno marine que tanto amaba.

Sus oscuros ojos la miraban con ganas y felicidad, haciendo que un intenso rubor cubriese sus mejillas. El pelo, negro y de punta, le daba un toque juvenil que contrastaba con la seriedad de sus atractivos y severos rasgos. Y,

como guinda del pastel, llevaba aquel chándal negro que le quedaba como un guante. Se preguntó si debajo de la sudadera llevaría una camiseta de tirantes o corta...

—¿Sales a correr?

—Sí, con mi pit bull.

Se levantó poco a poco del suelo y fue hacia él.

—¿Ibas a dejar a mi Blanca sola?

—Ya estás tú —musitó con una pícara sonrisa. Envolvió su cintura con sus fuertes brazos y la apretó contra su cuerpo—. Además, si me llevo a tu perra, el mío estará más pendiente de montarla que de hacer deporte.

Andrea bufó y colocó las manos sobre sus brazos, notando la textura y los vigorosos músculos.

—Machos. Siempre pensando en lo mismo.

Scott soltó una carcajada y luego le estampó un beso en la frente.

—Por cierto, ¿sabes algo de Kevin y Tay?

Su pareja la miró con el ceño fruncido mientras aquel calor conocido comenzaba a recorrer el cuerpo de Andrea.

—¿Me preguntas eso a mí, cuando acabas de verla? —preguntó extrañado.

—Eh... digamos que la cosa no fue

como esperaba.

—¿Qué ha pasado?

Andrea apoyó la cabeza en su pecho y cerró los ojos, disfrutando de su cercanía. Dejó que sus manos se moviesen por el cuerpo de él, complacida por su fuerza y el relieve.

—Te lo resumiré en pocas palabras: Tay quiere abrir una pastelería; lo sé, es increíble, y encima ya ha alquilado un pequeño local. Hoy nos ha invitado a una merienda a base de creaciones que ella misma ha hecho, y estaban horribles. —Se quedó callada y terminó el recorrido por el cuerpo masculino hasta llegar a las firmes nalgas. Las

apretó. Sintió la risa de él en su pecho, contagiándola—. Eso ha sonado fatal.

—Humm... Es raro. ¿Taylor cocinando?

—¡Eso es lo que no entiendo! Y creo que incluso se ha molestado por lo poco que me he tomado en serio la noticia.

Scott olisqueó su cuello y una oreja, haciéndola estremecerse.

—Es normal, nadie cambia tanto de la noche a la mañana.

—¡Eso dije yo, e Irina me riñó!

—El problema es que, en vez de guardarte tus pensamientos, los has mostrado... y puede que la hayas herido. Llámala y apóyala, ella lo haría.

Además, no creo que le dure mucho. Quizá necesita cambiar un poco su vida, ¿no crees? Tal vez esté cansada de la monotonía.

Andrea retiró la cabeza de su pecho y lo miró fijamente. ¿De verdad toda aquella reflexión la había hecho Scott? Parecía conocer mejor a su amiga que ella misma... Sin poder evitarlo, se sintió mal. ¿Se habría pasado con Taylor? Pocas personas sabían que dentro de aquella fuerte armadura se escondía una de las personas más sensibles y frágiles del mundo entero.

Al cabo de unos segundos, Scott le soltó un beso entre las cejas. Ella

frunció el ceño.

—No sabía que fueses tan empático.

—Lo intento. —Se encogió de hombros. La besó en los labios castamente y se alejó antes de que ella profundizase el beso. Ella lo miró irritada—. Ahora me voy a correr, antes de que se haga más de noche. Llama a Taylor y dile que estarás encantada de echarle una mano. Yo puedo llevar a algunos compañeros marines y...

—¡Oh, se me olvida! —Puso los dedos en la boca de Scott—. Nada a Kevin.

—¿Cómo? ¿Por qué no?

—Ni idea, pero eso es lo que me ha

dicho. Está prohibido que Kevin se entere de esto.

—No tiene sentido, se acuesta con él.

Andrea se alejó con una sonrisa.

—Ahora ya no eres tan empático, ¿verdad? —Se rio—. Vete antes de que oscurezca más y luego te resfríes.

Tras asentir, Scott se fue al jardín, donde estaba el gran pit bull. Éste salió de su caseta y ladró, saludándolo. Lo acarició con suaves pero firmes palmadas en el fuerte lomo. Le anudó la correa y sonrió, pensando en Kevin.

Estaba seguro de que aquella explosiva e imperativa rubia le traería

muchos más problemas de los que le había traído Andrea a él.

Sin perder un segundo más, salió de casa y comenzó a correr.

Taylor empezó a recoger la cocina con una mueca. Podía sentir el olor de la mantequilla y otros ingredientes incrustados en su piel. Ni siquiera lavándose con un estropajo conseguiría desprenderse de aquel olor a comida quemada, que la seguiría durante días y días, pensó mientras su gato la miraba con la lengua fuera como si de un perro se tratase.

Dejó de fregar el horno y se quedó sobre sus rodillas, irritada por estar tantas horas agachada.

¿Se estaría equivocando? ¿Podría Andrea tener razón y no ser aquello más que otro de sus muchos caprichos?

Tiró la bayeta con fuerza contra el suelo, maldiciendo.

—¡Joder!

Quedaban apenas cuatro días para la comida familiar y poco a poco se había hecho a la idea de presentarse sola y aguantar el escrutinio de su propia familia y la mirada de compasión de Dean, como si a ella le importase siquiera que formase una preciosa

pareja con su hermana Ashley.

Si por ella fuera, los mandaría a todos a la mierda.

Había pospuesto el almuerzo lo máximo posible, cancelándolo una vez tras otra hasta que, finalmente, no encontró más excusas para no ir.

Había sido incapaz de responder a Andrea por qué quería ser pastelera. Antes prefería volver a dejarse crecer el pelo, como cuando estuvo con Dean, que soportar la mirada de comprensión de sus amigas.

Su pequeño taller de diseño de ropa estaba hundido, como el mismo *Titanic*. Siempre había pensando que su

originalidad la sostendría, pero la aparición de otros talleres más baratos había hecho que sus principales clientes dejasen, de un día para otro, de hacerle encargos.

Necesitaba encontrar urgentemente un trabajo.

Lo único que faltaba para que su familia se riese de ella era estar en paro.

Se miró las manos y suspiró.

Estaban rojas, hinchadas y duras, como si de un muñeco de plástico expuesto al inclemente sol de agosto se tratase.

—Todo esto es una estupidez.

Salem, que apareció en ese instante,

se frotó contra sus rodillas y maulló.

Taylor sonrió y lo cogió entre sus brazos.

—Vuelves a ser el único que está siempre conmigo. —Soltó un beso en su suave y oscura cabeza—. Quizá no sea mala idea vestirme con un esmoquin y llevarte a la comida. Darles una peor imagen de la que tienen de mí es imposible.

Se levantó del suelo con las rodillas temblorosas, dio una patada al estropajo y se fue de la cocina con el gato. Apagó la luz y decidió que, por aquel día, ya había tenido suficiente.

Lo conseguiría.

Abriría la dichosa pastelería y, ¡qué demonios!, si acababa fallando estrepitosamente, siempre podría encontrar otra cosa.

En aquellos momentos era cuando verdaderamente necesitaba ver a Kevin.

Sí, era culpa suya no haber formalizado la relación, pero lo último que buscaba era una pareja estable. Pensar en todos los sacrificios que tendría que hacer la mareaba, incluso la asustaba como el mismo infierno.

Recordó cuando decidió dejarse el pelo largo como el de su hermana, pues Dean le aseguró que un corte sólo hasta los hombros otorgaba masculinidad a las

facciones. Y ella, cómo no, le hizo caso y se lo dejó crecer, incluso llevó extensiones hasta conseguirlo, sufriendo tirones y nudos que luego tenía que deshacer durante horas y horas.

Para ser sincera, de lo único que no se había quejado Dean había sido de su trabajo. De todas formas, Taylor no se lo habría permitido. Había marcado ese límite con fuego.

Se dejó caer como un peso muerto sobre el negro sofá de cuero y gimió de placer.

—Oh, demonios, Salem, estoy hecha polvo.

Su mirada se dirigió hacia el

teléfono cuando éste comenzó a sonar. Sin mirar quién era, rechazó la llamada y cerró los ojos.

Al menos se evadiría del mundo durante unos minutos.

Capítulo 2

Taylor terminó de dar forma a unos pasteles y los miró tras alejarse un paso. Se cruzó de brazos.

—Son amorfos, no tienen gracia. Como mi vida sexual.

Andrea se rio y puso su bandeja al lado. Los de ella tenían forma de corazón, con un pequeño hoyo en el

centro destinado a poner allí la crema.

—Mira los míos, ¿no son geniales?

Escrutó a su amiga con una ceja alzada y luego observó su limpio delantal, en el que destacaba el eslogan de la pastelería-cafetería. El último término se había agregado debido a una sugerencia de Irina, quien creía que así conseguiría más beneficios.

El lema era «La cafetería de Tay» en cursiva, junto a un pequeño pastel de color chocolate que intentaba comerse a otro de color rosa. Al principio sus amigas lo habían definido como algo demasiado violento pero, finalmente, al ver que Taylor no pensaba cambiarlo, se

dieron por vencidas.

Taylor miró su delantal negro.

Estaba completamente manchado de harina y mantequilla, como si una niña en vez de una adulta se hubiese puesto a cocinar.

Bufó.

—A la mierda, éstos serán de prueba y los tuyos, para vender.

—Creo que... los tuyos deberían ser para ti y los míos, para vender y de muestra. Tienen buen aspecto y llaman la atención.

Encogiéndose de hombros, cogió más masa y se la entregó.

—Ahora estrellas. Quiero forma de

estrella. Los corazones están pasados de moda.

—¿Pasados de moda? —Andrea soltó una carcajada—. El amor nunca está pasado de moda.

—¿Qué diablos te pasa que te has vuelto tan rosa? —exclamó—. Dios mío, creo que voy a empezar a odiar a caliente-coños.

Las mejillas de Andrea se volvieron de un rojo granate. Taylor sonrió con satisfacción.

—No lo llames así.

—¿Por qué? Ni que estuviese diciendo una mentira. —Se encogió de hombros.

La castaña soltó un suspiro.

—Lo peor es que a veces lo llamo así... —Al ver la mirada de Taylor, alzó las manos manchadas—... sin querer. Voy a terminar esta masa y luego colocaré las mesas con Irina y Violette.

—Muy bien.

Cuando terminó, Taylor se quedó sola mientras limpiaba la pequeña cocina del local, que antiguamente había sido una cafetería francesa. Había pasado una semana desde que Andrea e Irina fueron a su casa a merendar.

Ambas, bajo un poco de persuasión, aceptaron ayudarla. A pesar de las protestas del agente de Irina, ésta se hizo

una gran foto promocional que presidía la entrada de la cafetería.

En ella, llevaba el delantal con el logo, una falda negra de tela sencilla y tacones también negros; se sostenía sobre una pierna, con la otra doblada hacia atrás, mientras entre las manos sujetaba un pastel hecho por Andrea, con el largo pelo azabache luciendo en tirabuzones.

Ya se habían pasado muchos hombres para preguntar si aquella mujer estaría allí, algo a lo que Taylor había contestado que sí sin pensárselo dos veces.

Eran las cinco de la tarde y el

tiempo había pasado increíblemente rápido. Llevaban allí desde las diez de la mañana. Sábado. Amy se había quedado un rato, hasta que se cansó y se fue a casa con la niñera. Scott se había quedado a ayudar a cargar lo que más pesaba y a colocarlo donde tocaba, mientras que Dorek estaba en una escalera, probando las últimas bombillas de una gran lámpara con forma de pastel que colgaba del techo.

Era increíble, pero hacía una semana y tres días que ni veía ni se acostaba con Kevin.

Quizá, saber que su negocio como diseñadora había fracasado y que

intentaba algo totalmente contrario a ella, la avergonzaba... aunque sabía que él nunca diría nada; es más, se habría ofrecido a ayudar.

El hecho de que no lo hubiese avisado lo cabrearía cuando se enterase.

Le había parecido raro que sus amigas no hubiesen hecho oídos sordos a sus palabras y lo hubiesen llamado.

Pasó un dedo por el cuenco lleno de crema y se lo metió en la boca.

Gimió de placer.

—Joder, está buenísimo.

—¿Me das un poco?

Sorprendida y alterada al reconocer la voz con sólo oír la primera palabra,

dio un pequeño salto.

Se dio la vuelta y achicó los ojos, no antes de mirar de arriba abajo a Kevin Jones.

Su corto pelo negro estaba de punta; sus increíbles ojos zafiro brillaban con picardía y... ¿felicidad?, y su hermosa boca estaba ladeada, sonriendo aterradoramente sexi y haciendo estragos en su débil cuerpo. Y, para acabar de aturdirla, llevaba su hermosa perilla recortada y perfecta.

Se estremeció al recordar su tacto en otras parte del cuerpo, cuando la besaba en la boca, cuando bajaba lentamente por el cuello, entre sus pechos y...

—¿Qué haces tú aquí? No recuerdo haberte invitado.

Kevin alzó la cabeza y se cruzó de brazos, pareciendo aún más grande.

Taylor se humedeció los labios y maldijo que aquella chaqueta marrón le sentase tan bien.

—Tengo mis contactos.

Incapaz de mantener sus manos quietas, se dio la vuelta para fregar los cacharros, pero él la agarró de la cintura y la colocó de cara, pegándola a su duro cuerpo.

Tragó saliva y se arqueó para que sus cuerpos hicieran el mínimo contacto.

—Las traidoras de Andrea e Irina.

—Algo así. —La mirada masculina se clavó en sus labios—. Tu boca brilla. ¿Qué comías?

—Crema. Y no queda. —Sonrió ampliamente—. Me la comí entera. Llegas tarde... otra vez.

Kevin sonrió con maldad, recordando una ocasión en la que la pilló masturbándose delante de él, en su cama tras quedarse un poco más de lo normal. Cuando quiso unirse, Taylor negó con la cabeza y susurró provocativamente un «llegas tarde». Él la había agarrado de los gemelos y, con una descarada sonrisa, abrió sus piernas completamente, colocándose entre ellas

para empezar una «nueva ronda».

Kevin cogió una de sus manos y se llevó un dedo a la boca bajo la atenta y sorprendida mirada de la rubia.

Ante el primer contacto de su lengua contra la piel de su dedo, una gran descarga de placer la recorrió de arriba abajo. Sacudió la cabeza, negándose a que volviese a tomar el control de su cuerpo de aquella manera.

Sus pezones, que hasta ese momento se habían comportado como si no existiesen, se volvieron duros, haciendo que la presión del torso de Kevin sobre ellos fuese como una dulce tortura, aliviándolos pero dejándolos con ganas

de más.

Miró los labios que habían atrapado su dedo... las maravillas que hacían sobre sus pezones...

—¿Por qué me has chupado el dedo?

—Porque te he visto meterlo en la crema. —Le guiñó un ojo.

Taylor sonrió divertida.

—¿Y si te hubieses equivocado y, antes, me hubiese sacado un moco con ese dedo?

Kevin soltó una fuerte y ronca carcajada, haciéndola reír a ella también sin poder evitarlo. Él era el único capaz de arrastrarla con su buen humor, alejando las negras nubes de su cabeza.

Liberó el dedo.

—¿Te lo has metido en la nariz?

—Humm... no. —Negó también con la cabeza.

—Entonces no tiene sentido que hablemos de ello.

Se inclinó y la besó.

El cálido tacto de sus labios la hizo suspirar sobre ellos, entreabrirlos y profundizar el beso. Envolvió sus dedos en su nuca, acariciando el suave pelo mientras exploraba su boca con la lengua, pegándose inconscientemente más y más al cuerpo cálido de Kevin.

Sintió la sonrisa sobre sus labios, la intrusión de su lengua y sus manos en su

cintura, acariciando tenuemente su piel y entrando por la camiseta.

El frío de su piel la hizo jadear e intentar separarse.

—¡Demonios, Kevin! ¡Estás helado!
—gritó.

—No por todas partes —replicó con una sonrisa sin dejarla escapar.

Tay soltó una carcajada.

—Dios mío, te has vuelto un golfo. ¿Dónde está el hombre dulce e inocente que conocí? Te he corrompido por completo... pero, ¿sabes qué?, me gusta.

En ese momento Dorek entró en la cocina, asomando su cabeza rubia por la puerta que separaba la barra de pedir de

la cocina. Sus atractivos rasgos combinados con ese aura polaca hacían de él un hombre atractivo e irresistible.

Sus ojos castaños se clavaron en Taylor.

—Listo, todo puesto.

Taylor parpadeó, sorprendida.

—¿Ya?

—Ajá. —Guiñó un ojo y miró a Kevin—. Maldito suertudo, vienes cuando no hay trabajo por hacer.

El marine sonrió y negó con la cabeza.

—Gracias por todo, Dorek, os invito a merendar. —Al ver el rostro de espanto del polaco, bufó. Se cruzó de

brazos, separándose de Kevin—. Las ha hecho Andrea, Dorek. ¿Cómo pueden tener tan mala fama mis galletas?

Kevin alzó una ceja.

—Después hablaremos tú y yo de por qué no me habías dicho nada de esto antes.

Ella alzó una ceja.

—¿Tengo acaso obligación, marine?

Dorek se fue de la cocina y los dejó otra vez solos. Taylor se quitó el delantal y fue hacia la barra, dejando salir antes a Kevin.

Tay contempló cómo había quedado la cafetería. Las paredes eran de color negro con pequeñas aves blancas

volando. Las mesas y las sillas eran del mismo color de las paredes, pero de aspecto antiguo, tipo esos muebles del siglo xix que aparecían en los jardines de la clase adinerada. La barra era blanca y lisa. Una gran ventana dejaba ver el cielo de Nueva York, los grandes rascacielos y la gente pasar. Y, por último, destacaba aquella gran lámpara con forma de pastel que iluminaba tanto.

Miró a sus amigos.

Todos estaban sentados en dos mesas unidas, hablando animadamente mientras Violette se quejaba de que nadie la escuchase, con Pearl sobre su regazo.

Andrea se reía mientras hablaba con Dorek, quien estaba sentado al lado de Irina. Al otro lado de la rusa estaba Violette y por último Scott, entre ella y su novia. Kevin se acercó y colocó dos sillas entre Violette y Scott.

—¡Chicos! —Tay tocó las palmas para llamar su atención. Todos la miraron—. Gracias por ayudarme; pues sé que, sin vuestra colaboración, ni mucho menos en una semana habría terminado. Así que... para que veáis lo buena amiga que soy, ¡os invito a la primera merienda de mi cafetería!

Violette gimió.

—No serán tus galletas, ¿verdad? A

saber qué has echado en ellas y la cantidad de calorías que tienen.

Taylor puso los ojos en blanco.

—Cállate, rubia, que sé que, de todos, has sido la que menos has hecho.

La aludida refunfuñó y abrazó a su pequeño perro.

—Perdona, pero la colocación de la lámpara con forma de pastel ha sido gracias a mí, ¡a saber dónde la habríais puesto vosotros!

—Las galletas las he hecho yo, Violette —intervino Andrea—. Y están riquísimas. Y la receta es buena.

—Puedo asegurarlo. —Scott asintió.

—¿Tú qué vas a decir, si es tu

novia? —La elegante rubia suspiró—. Las probaré. Quiero un té.

Taylor cogió una libreta, se volvió a poner el delantal y se recogió el corto pelo en una pequeña coleta.

Miró a Kevin y le guiñó un ojo después de abrirse un poco el escote.

—Pedidme lo que queráis.

Dorek soltó una fuerte carcajada, mientras que Scott sonrió y negó con la cabeza.

—Hoy estás salvaje.

—Siempre.

Tras recoger el pedido y prepararlo todo durante unos quince minutos, sin ayuda de nadie ya que se negó, miró el

resultado. La gran mesa oscura estaba repleta de deliciosas galletas con diversas formas y sabores, todas elaboradas por Andrea.

Scott dio una suave palmada en el muslo de su novia, mirándola con orgullo.

Sirvió el café y las demás bebidas y, con una sonrisa, se cruzó de brazos. Todo parecía estar perfecto.

Se sentó al lado de Kevin y de Scott. Todos comenzaron a comer, disfrutando del agradable ambiente que se había instalado. Violette se quejaba de que nadie la escuchaba, mientras hablaba con Pearl y utilizaba al pobre Scott

como consuelo.

Todo iba bien cuando Dorek se aclaró la garganta y se estiró en la silla, abarcándola por completo con aquellos grandes y anchos hombros. Sus ojos castaños y cálidos se posaron en ella con simpatía y curiosidad.

—Y, dinos, ¿cómo es que has abierto esto, Taylor? Nunca lo habría esperado de ti.

Andrea aguantó la risa llevándose la taza de café a la boca, aunque también parecía tener curiosidad. Los demás la miraron y asintieron.

Aguantando el calor que sentía subir por la base de la garganta hasta el

rostro, señal de que se iba a sonrojar, alzó la cabeza y sonrió forzosamente.

—Voy a cerrar el negocio de la moda. Era demasiado estresante y no podía hacerlo yo toda sola.

—¿Y por qué ahora? —preguntó Andrea dejando la taza con cuidado sobre el pequeño plato—. ¿Por qué no hace un año, o dos?

Taylor barajó todas las posibilidades en su cabeza y descartó las que sonaban más chocantes, como que se había encontrado en plena calle al genio de la lámpara o que su gato Salem había ganado el don del habla de un día para otro.

—Me aburría hacer siempre lo mismo. —Su voz fue subiendo de tono —. Necesito cosas nuevas en mi vida, y vestir a estúpidos modelos que sólo se preocupan de sí mismos ha acabado por asquearme. ¿Está claro ya? ¿Podemos cambiar de tema o queréis hacerme más preguntas?

Todos se quedaron callados y retiraron la mirada, excepto Kevin y Violette. El primero la miraba inquisidoramente y la segunda, con interés, sin haber pillado la ironía.

—Oh, parece más como si te hubiese pasado algo. ¿Estás arruinada?

Un gran silencio invadió la cafetería.

Todos la miraron.

Taylor soltó una fuerte carcajada que estuvo a punto de sacarle un gemido de dolor por el esfuerzo.

—¿Arruinada, mi tienda? ¡Nunca, soy demasiado buena en lo mío!

—Eso es verdad. —Irina asintió, aliviada—. Es la mejor; es más, rechaza clientes por el exceso de trabajo. —Negó con la cabeza, haciendo que algunos mechones del moño que llevaba se moviesen por su agraciado rostro—. Imposible.

Andrea asintió con contundencia.

—Arruinada yo... —susurró Taylor mirando su frío café negro... un presagio

de cómo sería su vida de ahora en adelante—... nunca.

El resto de la tarde fue bien, excepto cuando Kevin le echaba aquellas miradas que la ponían tan nerviosa. Ella recurría al coqueteo y al descarado para hacerle cambiar de tema y hacerlo sonrojar, algo que día a día resultaba más complicado.

Cada vez se parecía más a ella.

Todos empezaron a despedirse alrededor de las siete y media y sólo iban a quedarse Kevin y ella.

Taylor estaba apoyada en la barra, cruzada de brazos mientras lo observaba despedirse de Dorek, quien iba a llevar

a Irina en coche. Su amiga ya lo esperaba dentro del vehículo, sentada.

—Ahora estamos solos, y que este moreno marine se acerque de esta forma debería estar completamente prohibido.

—¿Qué murmuras? —preguntó Kevin con el ceño fruncido.

Maldición, ¿lo había dicho en voz alta?

—Nada.

—¿Qué te pasa? Estás más distante que nunca.

—Sigo igual que siempre. —Alzó la barbilla al tenerlo enfrente.

Su increíble olor masculino la estaba invadiendo, adormeciendo sus

defensas.

Alzó una mano y le acarició la pálida mejilla. La ternura del tacto la estremeció y se obligó a apretar los labios con fuerza. Estaba jugando sucio.

—Puedes confiar en mí. Lo sabes, ¿verdad?

Esta vez se permitió relajarse un poco, todo lo contrario a como había estado a lo largo de la tarde.

—Sí, lo sé —asintió y sonrió—. Gracias por todo.

Lo abrazó por la cintura con fuerza y cerró los ojos cuando Kevin se rio suavemente.

—Estás más rara que nunca. ¿Sabes

que es la primera vez que me abrazas sin meterme mano?

Sonriendo ladeadamente, llevó una de sus manos hasta sus nalgas y apretó.

—¿Sigo siendo la misma?

Kevin la echó un poco para atrás para mirarla fijamente. La escrutó durante unos segundos hasta que Taylor no pudo aguantar más la presión y salió del cálido abrigo de sus brazos.

—¿Qué pasa?

—Taylor, me gusta que seas como eres. No necesito una bomba sexual en todo momento, ¿me entiendes?

«Sí, perfectamente.»

Que dejase de actuar... pero lo que

él no sabía era que aquello era parte de su mecanismo para no desmoronarse. Había invertido los ahorros de toda una vida en aquel estúpido negocio de moda y sabía que tarde o temprano acabaría estrellándose.

Progresivamente, su trabajo empobreció hasta llegar a un punto en el que o se rebajaba y perdía el cincuenta por ciento de los beneficios o cerraba. Y ella, Taylor Lanson, nunca se arrastraría. Sólo lo había hecho una vez y se prometió no repetirlo.

Miró los increíbles ojos zafiro de Kevin y suspiró.

—No te preocupes, problemas

familiares. Dame dos semanas y volveré a ser la de siempre.

La hermosa sonrisa que apareció en el rostro masculino la obligó a devolvérsela. Fue hacia él y dejó un casto beso en su boca, alejándose antes de querer continuar. Acarició la perilla con los dedos.

—Hoy estoy muy cansada, ¿te importa si nos vemos mañana?

Ignorando la sospecha que lucía en su cara, lo volvió a besar mientras lo empujaba lentamente hacia la salida. El frío aire de la noche impactó contra su cara, preguntándose si quizá no sería buena idea dejar que Kevin la llevase a

su casa.

«No.»

Definitivamente, no. Si accedía, acabarían en la cama, se echaría a llorar por la cantidad de facturas que tenía que pagar y el recuerdo de una cita para una comida familiar en los próximos días.

—¿No quieres que te lleve?

—No, te lo agradezco, pero no. Me queda un rato. Vete, anda. Y dale besos a Jay.

Al mencionar a su hijo, una gran luz iluminó los ojos del marine.

—Vale, debe de estar con Sean. Llámame cuando llegues a casa, ¿quieres?

Y sin darle tiempo a responder, la besó con ferocidad, obligándola a abrir la boca y a aceptar la intrusión de su lengua. Ella envolvió los brazos alrededor de su cuello y se puso de puntillas, costándole aún estar cómoda debido a su gran altura.

Kevin lo entendió, ya que la agarró de la cintura y la pegó a él, alzándola.

—¿Mejor?

—Muchísimo mejor. Ahora déjame en el suelo y vete con Jay. Necesito terminar unas cuantas cosas. ¡Oh, espera!

Tras soltarse, entró en la cocina y cogió la pequeña bandeja de galletas

que había dejado a un lado para Jay, envuelta con servilletas.

Recordó con una sonrisa la primera vez que vio a Jay.

Después de ignorar la apremiante necesidad que sentía de llamar a Kevin cuando éste regresó con Scott y los demás de una misión, dos días más tarde salía del banco tras ver los últimos dos ingresos de sus clientes cuando se encontró a Kevin con un niño de la mano; el pequeño parecía tener alrededor de unos cuatro o cinco años, y aquellos ojos zafiro se clavaron en ella.

Dio un pequeño salto y se obligó a sonreír cuando él cruzó la calle y fue hasta ella, cogiendo en brazos al crío, cuyos ojos castaños estaban fijos en ella con curiosidad. Tenía el pelo negro y un saludable sonrojo en sus redondas mejillas. Sonrió tímidamente y se abrazó al cuello de su padre.

Taylor se rio.

—Vaya... Qué niño tan guapo. No se parece nada al padre —había dicho cuando estuvieron delante de ella.

—Cuánto tiempo sin verte. —La sonrisa en su atractivo rostro la hizo parpadear varias veces.

—Me alegra ver que estás bien, ya

sabes, comprobar que no has perdido un brazo o algo así. —Una sonrisa pícaro había cruzado su cara poco a poco—. Aunque, si hubieses perdido la cabeza, quizá habrías venido más cuerdo que la última vez que te vi.

Kevin sonrió y desvió la mirada, algo cortado. Ahora también había en sus mejillas un tono rosáceo encantador.

El niño, entre sus brazos, se rio suavemente y volvió a esconder la carita en el cuello de su padre cuando Taylor lo miró.

—Taylor, te presento a Jay. Mi hijo.

Mentiría si Taylor no admitiese que, al oír aquello, no tuvo que agarrarse a la

farola.

Cierto que, cuando había planeado acostarse con él, no le había importado, pero nunca habría pensado que... Pero ¡qué demonios! Un hombre tan encantadoramente sexi y guapo no podía estar soltero. Era ley de vida.

Había intentado borrar con la misma rapidez con la que apareció el sentimiento de posesión que le obligaba a saber quién era su esposa, cuánto tiempo llevaba casado, cómo era, si era rubia como ella o si, por el contrario, las prefería morenas...

Se mordió el interior de la mejilla y miró al pequeño Jay. Un cálido

sentimiento se instaló en su frío pecho.

—Es un niño precioso, y su nombre le queda perfecto.—Sus dedos tocaron la suave piel de Jay.

El crío la miró y decidió salir de su escondite.

—¿Cuántos años tiene?

—Cuatro. —Kevin la estaba observando atentamente, como si hubiese estado midiendo su reacción.

No pensaba preguntarle si tenía más hijos, porque su cabeza estaba a punto de estallar. Era el primer tío que le gustaba de verdad desde hacía bastante tiempo y resultaba estar totalmente ocupado. Sí, totalmente.

Era un desgraciado.

Si fuese un buen esposo no se habría acostado con ella. Apretó los puños y sonrió.

—Es muy guapo.

—Se parece a Claire.

Anda... Así que Claire era el famoso nombre de su mujer.

—Seguro que es guapísima.

Un tic nervioso apareció en la mejilla izquierda de Kevin. ¿Se había pasado? No lo había dicho con ironía, no teniendo a Jay delante y siendo verdaderamente un niño muy guapo.

—Sí.

Con esa escueta respuesta, Taylor se

había dado cuenta de que había llevado la conversación a un tema peligroso. Echándose el pelo para atrás, retrocedió un paso.

—Bueno, tengo mucho trabajo por hacer. Me alegro mucho de ver que estás bien. —Dio un suave pellizco a Jay en la mejilla. El niño se volvió a esconder —. Ha sido un placer, hombretón.

Y se fue casi corriendo, con lo que metió el tacón del zapato en la rejilla de una alcantarilla y cayó al suelo de cara.

Se levantó soltando una sonora maldición mientras Kevin la ayudaba a hacerlo sin poder ocultar la sonrisa. Jay se reía en el suelo, con las manos

metidas en los bolsillos de los pantalones.

—Anda, anda. Eres un desastre, ¿eh?

Lo miró con la ceja alzada mientras el dolor en las rodillas y en el rostro comenzaban a pasarle factura.

—Te sangra la nariz —murmuró el niño.

Se giró hacia la derecha, donde había un escaparate lleno de zapatos. Estudió su cara en el reflejo del cristal y se peinó rápidamente con una mano, mientras intentaba encontrar un pañuelo en sus vaqueros con el que limpiarse la nariz.

—No te la has roto. —Kevin le

estaba ofreciendo su pañuelo—. Quédátelo, está limpio. ¿Te encuentras bien?

—Perfectamente, gracias.

Y se marchó, esta vez quitándose los zapatos y llevándolos en una mano, a la vez que oía la infantil risa de Jay mientras las demás personas la miraban con estupefacción.

Sí, seguramente Jay no podía haberse llevado una peor impresión de ella. Con esos pelos cortos revueltos por el viento y la nariz con sangre; parecía una mujer fatal que acababa de salir de una pelea callejera.

Pero le daba igual. Seguramente no

volvería a verlo.

—¿Tay?

Taylor salió de su ensoñación y lo miró. Se había enterado por Andrea de que era viudo, lo que había explicado muchas cosas.

—Perdona, me he quedado traspuesta. Toma. —Le ofreció las galletas.

Le sorprendió que las cogiese sin poner muecas ni preguntar si estaban hechas por ella o por Andrea.

Esperó unos segundos, mirándolo con intensidad.

Joder, qué guapo era.

—Las ha hecho Andrea, no pensaba darle a Jay galletas mías.

Una de las comisuras de la boca masculina se curvó.

—A mí me han gustado tus galletas.

—¿De verdad? —murmuró.

—Sí.

—Oh... —Puso los ojos en blanco—. Supongo que no tienes un paladar muy fino.

—Es un gesto muy bonito.

Taylor sonrió.

—Sí, ya, y sexi también... Te llamo mañana, de verdad.

Kevin asintió y se fue. Verlo

desaparecer poco a poco de su vista le trajo sentimientos extraños que comenzaban a ahogarla. Deseaba tanto quitarse el peso que tenía encima... Pero no era fácil admitir que había fracasado, y aún menos cuando todos ellos contaban con trabajos tan sólidos.

Y, ¿a quién quería engañar?, tarde o temprano se enterarían.

Taylor terminó de recoger el local y estaba cerrando cuando oyó que alguien la llamaba a sus espaldas.

—¿Taylor Lanson?

Tras girarse lentamente, fue incapaz de ocultar la sorpresa al ver a su antigua y alocada pero tímida compañera, Grace

del Rey.

—¡Grace! —Se lanzó a sus brazos y se rio—. ¡Cuánto tiempo sin verte! Pensaba que te habías ido a España.

—Y así fue, pero he vuelto. —Los ojos pardos de Grace brillaban con calidez—. Vaya... no me digas que esta cafetería es tuya.

—Eh... sí, mañana la abriré por primera vez.

—Vaya... pues vendré a saludarte y a tomar algo. —Su pelo castaño oscuro ondulado le llegaba hasta el pecho, como la primera vez que la vio. Se preguntó si seguiría teniendo el mismo problema de no crecerle más allá de

esta medida.

—¿Qué haces de vuelta?

—Eh... bueno... ya sabes por qué me fui... después del vídeo porno...

Tay soltó una carcajada.

—Dios mío, ¡es verdad! Nunca pensé que una chica tan inocente y tan tímida sería capaz de grabar un vídeo porno, ¡y encima tu nombre aún lo hace más chocante!

—Oh, vamos...

—¿Tus padres siguen sin hablarte?

—Eh... bueno... me felicitaron las Navidades pasadas por un mensaje de móvil, ¿eso cuenta?

Ambas se rieron fuertemente,

recordando el gran escándalo que se formó cuando todos se enteraron del vídeo porno de Grace.

Al principio pensaron que había sido engañada o ultrajada, pero finalmente ella admitió haber dado su permiso para grabarse mientras mantenía relaciones sexuales con quien era su novio por aquel entonces, un universitario rubio de ojos azules capitán del equipo de rugby de la universidad.

Grace había estado con ella y Andrea en el instituto. No se habían juntado, ya que estaban en clases distintas, pero coincidieron durante el

último año y se hicieron amigas.

Tras el gran escándalo, Grace se marchó a España, donde vivía la familia de su padre, un comandante de las Fuerzas Armadas españolas. Con dieciocho años y de un día para otro, desapareció de Estados Unidos sin decir una palabra a nadie. Quizá su madre, divorciada ya dos veces, pensó que su padre podría... reconducirla, llevarla por el buen camino.

Algo imposible.

Desgraciadamente, Grace se cansaba demasiado rápido de los hombres, algo que Taylor nunca se habría creído si no fuese porque lo había visto con sus

propios ojos. Resultaba, a simple vista, demasiado tímida y sencilla para ello.

Pero no, su interior era totalmente distinto al exterior.

—Supongo que, si te pregunto por novio...

—Estoy soltera —musitó con una sonrisa—. O lo intento; estoy liada con uno, pero...

—No sabes cómo decirle que no quieres nada. —Tay rodó los ojos—. No cambias.

—¿Y tú? —Se acercó a ella y le dio un codazo—. Me enteré de que estuviste con un tal Dean.

Incómoda, se encogió de hombros.

—Rompiamos.

—Oh, eres de las mías, entonces. —

Repuso con una sonrisa—. No es malo, ¿sabes Taylor? Ya sabes... —Se sonrojó.

Taylor la miró sorprendida y bufó.

—Grabas una peli porno y te da igual y en cambio te pones roja al decir follar. ¿Qué diablos pasa contigo? — Puso los brazos en jarras.

—Ya sabes cómo soy. —Se encogió de hombros y rodó los ojos—. ¿Te vas a casa?

—Sí, me iba ya. Entonces, ¿ya es definitivo? ¿Te quedas aquí?

—Ajá. —Un fresco viento de octubre las recorrió. Taylor se

estremeció—. Tengo la moto cerca, ¿te llevo a casa? De camino podríamos tomar algo y hablar de lo que hemos estado haciendo estos últimos años.

Pensando que quizá podría mejorar su lamentable estado de ánimo, asintió y fueron andando hacia donde estaba la moto de Grace, cerca de un pequeño parque para perros.

—¿Cómo es que tienes una moto?

—Me tocó en una feria de un pueblo, ¿no es genial? Al principio la odiaba, pero ya estoy acostumbrada. —Abrió el asiento y sacó dos cascos, le tiró el rosa con una gran margarita que parecía estar enfadada—. Ponte el casco. Lo que

menos necesito ahora es una multa —
dijo poniéndose el suyo negro.

—¿En qué trabajas, Grace? —
preguntó mientras se ponía el suyo y se
sentaba atrás. Se agarró a la estrecha
cintura.

Grace arrancó la moto y sonrió.

—Escritora de novelas eróticas.

Capítulo 3

Taylor se despertó tras oír la alarma de su móvil, que penetró en sus oídos e hizo que su cerebro diese saltos dentro de su cabeza. Se tumbó boca arriba, se pasó un brazo por los ojos y los abrió. La luz entraba por la ventana de la habitación, ¿se le había olvidado echar la persiana?

Un maullido ronco la hizo gemir y se asomó por el borde de la cama para mirar al suelo, donde vio a Salem.

Sus ojos verdes brillaban.

—Ya me he enterado. Sé que tengo que... —bostezó—... levantarme.

Estaba cerrando los ojos nuevamente cuando...

—¡Vamos, Taylor, levanta!

Tay levantó la cabeza de la almohada.

—¿Grace? ¿Qué... qué haces aquí?

—He dormido en el sofá, ¿no te acuerdas? Me dijiste que podía quedarme, ya que nos estuvimos hablando hasta muy tarde. —Se encogió

de hombros, haciendo que varios mechones de su pelo se moviesen—. Levanta, Andrea te ha llamado como cinco veces en los últimos diez minutos. Dijo algo de tu local...

—¡Mierda!

Taylor se levantó de un salto y entró en el baño. Abrió el agua de la ducha y gritó:

—¡Llámala y dile que estaré allí en diez minutos!

—¡Pero no has desayunado!

—¡Tú llámala! Maldita sea... — murmuró entrando en la ducha.

Estuvo lista en cinco minutos; se miró en el espejo y maldijo en voz baja.

Tenía el pelo rebelde tras la ducha y no disponía de tiempo para arreglárselo. Parecía un pequeño erizo de mar, con las puntas mirando cada una en una dirección y los ojos tan grandes.

Pensando que estaría todo el día en la cocina, se encogió de hombros y se maquilló con rapidez antes de salir del baño, despedirse de su gato e irse con Grace, quien había desayunado tranquilamente mientras leía una antigua revista de moda.

Fue hacia la moto corriendo.

—¡Vamos, vamos! ¡Llego tarde!

—Voy, voy... —La miró con el ceño fruncido mientras sacaba los cascos. El

día estaba nublado y había humedad, lo que haría que su pelo pareciese un nido de pájaros—. No pasa nada, si tú eres quien tiene que abrir...

—¡No! Andrea está allí, con Irina. Prometieron ayudarme y me he quedado dormida, ¿acaso bebí ayer?

—Sólo tres copas, ¿tan mal te encuentras?

Poniendo los ojos en blanco, se montó a su espalda y suspiró.

—Ve lo más rápido que puedas, ¿vale?

Tras darle la dirección, se prometió que el día mejoraría. Costara lo que costase, haría funcionar aquello.

Si no... tendría que buscarse otro empleo o morirse de hambre.

Taylor miró con cansancio el reloj de la cocina cubierto de vaho. Llevaba cuatro horas sin parar de trabajar, eran casi las dos de la tarde y la cafetería estaba completamente llena.

Dudaba de que fuera por la calidad de sus productos. Más bien se debía a la hermosa modelo rusoestadounidense que ejercía de camarera y a los marines que estaban encantados bajo la atenta atención femenina. Andrea, que se había pedido el día libre por ella, vigilaba a

Scott desde cerca, mientras que Dorek hacía lo mismo con Irina.

Violette estaba con Duncan, sentada en su regazo mientras se quejaba de tener que estar tantas horas en un mismo lugar. Se había cortado el pelo por los hombros y llevaba tirabuzones rubios claros que hacían de ella una muñeca de porcelana.

Duncan parecía estar a punto de quedarse dormido.

Taylor se pasó una mano por el pelo y maldijo al notarlo encrespado y pegajoso.

A esa hora, como era una cafetería, Andrea e Irina estaban recogiendo las

últimas cuentas, y no había que abrir hasta las cuatro... Tenía dos horas de descanso, si terminaba pronto de limpiar.

Deseaba tanto cerrar... Esperaba no tener que dedicarse a ese trabajo toda su vida. Odiaba la cocina y esa mañana, una vez más, lo había demostrado. Se miró las manos, llenas de ampollas y quemaduras. Además, se le habían roto dos uñas que se le habían enganchado numerosas veces en la ropa.

Pero sí, la cosa estaba yendo muy bien... económicamente hablando, claro, porque...

—Porque yo me siento como una

mierda —musitó limpiando unos platos mientras escuchaba la canción *Elastic Heart*, de Sia,[\[1\]](#) en la radio.

—Tay, estamos cobrando las últimas cuentas y listo. —Andrea estaba asomada por la puerta.

Asintió.

—Estupendo, gracias.

Una media hora más tarde, cincuenta autógrafos firmados por Irina y veinte fotos tomadas con los marines, la cafetería estaba desierta. Salió de la cocina sin importarle sus pintas y miró a todos los que estaban allí, a todos aquellos que la habían ayudado sin conocerla.

Y otros que sí.

—Chicos, os agradezco mucho vuestra ayuda. Sé que ha sido pesado...

—¿Bromeas? —soltó un marine rubio de increíbles ojos celestes—. En mi vida había ligado tanto. Ha sido increíble...

—Bryan, no te entusiasmes. —Dorek no parecía muy contento. Enseñó su cuello, donde un par de arañazos rojos decoraban su piel—. Una mujer que se ha vuelto loca y me ha acosado ha estado a punto de cortarme el cuello.

—¿Te has desinfectado la herida? —preguntó Andrea.

—Si no lo ha matado una bala en el

pulmón izquierdo, difícilmente lo matarán unos arañazos femeninos — musitó Scott cruzado de brazos, imponiendo más que ninguno, exceptuando a Duncan.

Irina puso una mano en el hombro del polaco.

—¿Te han disparado?

Dorek, contento al recibir su atención, sacó pecho.

—No me dolió nada de nada.

—Esto es absurdo, seguro que llorabas como un niño. —Taylor, que había estado buscando a Kevin, contuvo la decepción al no verlo—. Por cierto, ¿dónde está...?

—¿Kevin? —Scott sonrió con picardía—. Quiso venir, pero Jay se ha resfriado y ha preferido quedarse con él toda la noche.

—¿Por qué no le dices la verdad?
Taylor miró a Andrea.

—¿De qué estás hablando?

—Eh... debería haber cerrado la boca —susurró su amiga.

—Kevin estaba... indispuerto.

—¿Indispuerto? ¿Y por qué? —Se cruzó de brazos y se puso delante de Scott, alzando la barbilla y sin importarle que le sacase más de dos cabezas de altura.

—Galletas.

—¿Galletas? —Taylor maldijo—.

Mierda... Ha sido por comer mis asquerosas e insanas galletas, ¿verdad?

—Se dio con la mano en el alocado pelo —. Demonios, le dije que comiese de las de Andrea.

—Es lo que pasa cuando un hombre se enamora de una mala cocinera como tú.

Taylor clavó sus ojos en Bryan.

—Te bajaría los pantalones y me reiría de lo chico que tienes el pene si no fuese porque voy a ir a ver a Kevin —dijo mientras se quitaba el uniforme y se pasaba una mano por el pelo, echándoselo hacia atrás.

La cara de Bryan era de sorpresa, mientras que Scott se reía y le golpeaba la espalda.

—¿Qué te ha pasado en los brazos? Los tienes en carne viva.

Taylor se miró las heridas y bufó.

—Me he quemado con el café y el horno, no es nada. Ahora... ¿te importaría cerrar, Andrea?

—¿Cerrar? —exclamó la aludida—. ¡Pero si tienes que abrir en dos horas o, mejor dicho, en una hora y media! El tiempo de comer y cambiarse de ropa. Taylor, espera a terminar el turno y...

—¡Taylor! ¿Puedo pasar? Pone que está cerrado.

Todas las miradas se clavaron en Grace, que estaba en el marco de la entrada mirándolos a todos con un leve sonrojo en sus redondeadas mejillas. Llevaba un pequeño pañuelo en la cabeza de color rojo y negro que le daba un aspecto *hippie*.

Frunció el ceño.

¿Lo llevaba cuando la trajo a la cafetería? No, estaba segura. Se había arreglado, de eso no cabía duda. Sus ojos pardos estaban pintados de negro, lo que los agrandaba como en los cuadros de Margaret Keane, y parecía una chica de campo que se había perdido en la alocada ciudad de Nueva

York.

—Claro, pasa. Acabamos de cerrar.

—Disculpa que no haya llegado antes, tenía que resolver unos papeles y me ha llevado toda la mañana.

—No te preocupes, estamos descansando. Andrea, ¿recuerdas a Grace?

Andrea achicó los ojos hasta convertirlos en dos ranuras castañas, luego sonrió a modo de disculpa.

—No, lo siento.

—¡Es Grace del Rey! Su padre es español, ¿no te acuerdas? Comandante.

Scott miró a su novia con una ceja alzada, ocultando la sonrisa.

—Vaya memoria tenemos, ¿eh?

—Oh, claro que se acuerda de ella, sólo tiene amnesia temporal por la cantidad de polvos que le echas.

Irina susurró algo en ruso mientras desviaba la mirada, apretando los ojos con fuerza. Otro silencio inundó la cafetería, seguido de la risa de Bryan y Dorek. Grace se mordió los labios y dio dos pasos más hacia el grupo, quedándose justo donde la luz del día entraba, lo que provocó reflejos rubios y rojizos en su oscuro pelo.

—Demonios, Tay, no puedes contenerte. —Andrea echaba fuego por los ojos—. Lo siento, Grace, pero ahora

mismo no te recuerdo y...

—Quizá me recuerdes por el vídeo porno que grabé. Tuve que irme a España... Ya sabes, mi madre estaba consternada.

Los bonitos ojos de Andrea se abrieron por completo. Se levantó de un salto y abrazó a la pequeña mujer que había concentrado la mirada de todos, sobre todo de Bryan y Duncan. Violette contemplaba asustada a Grace, abrazando a Pearl con fuerza.

—¡Dios mío, cómo has cambiado!

—Oh, quizá porque me he puesto pecho y un poco más de labios, pero nada quirúrgico... lo de los labios.

Taylor soltó una carcajada, seguía igual que siempre. Incapaz de guardarse nada para ella. Quizá aquella sinceridad había sido la causante de haberla metido en tantos problemas.

—Oh... es verdad, ¿por qué te has operado?

—Sufrí un accidente de coche. Eh... fue en extrañas circunstancias y digamos que mis pequeños pechos se llevaron la peor parte, así que aproveché y decidí aumentarlos un par de tallas.

—Creo que no nos han presentado —exclamó Bryan levantándose de su sitio y luciendo una de sus más arrebatadoras sonrisas—. Bryan Grant,

a su servicio.

Grace parpadeó un par de veces y se sonrojó.

—Oh... un placer. —Extendió la mano y miró a Taylor—. Qué elegantes son tus amigos.

Ya, claro... Se contuvo de decir que lo que realmente quería Bryan era meterse bajo sus bragas.

Rodando los ojos, Taylor se resignó a no ver a Kevin hasta terminar el trabajo. ¿De verdad se había puesto malo por probar sus galletas?

Aquello le parecía hasta gracioso. Era tan lindo... tanto que quería comérselo de un bocado.

Mientras dejaba a los demás charlar animadamente, fue hacia la cocina otra vez y sacó de la nevera su comida, cortesía de Andrea. Salió nuevamente y, sentándose al lado de Andrea, comenzó a devorar la ensalada mientras contemplaba con una sonrisa la atención tan abrumadora que le prestaba el guapo Bryan a Grace.

Terminó el almuerzo y fue hacia el baño para lavarse los dientes. Al ver su cara en el bonito espejo del cuarto de baño de mujeres, crispó el rostro.

¿Cómo demonios podía estar tan condenadamente mal?

Su corto pelo parecía haber

menguado; cada punta rubia clara miraba para un lado, como si con gel lo hubiesen fijado. Para rematar, tenía la cara pálida, a excepción de las delgadas mejillas y los finos labios, que apenas se insinuaban.

No pensaba volver a salir del baño sin al menos peinarse... medianamente bien.

Abrió el grifo y metió la cabeza como pudo bajo él, prometiéndose que nunca más volvería a meterse en esa condenada cocina. Pensaba contratar a alguien o cerrar. La cafetería era una locura y ella no estaba preparada para ello, ¿en qué demonios había estado

pensando?

Cerrando los ojos, maldijo no haber encendido el agua caliente.

—Maldita sea...

Alguien abrió la puerta del baño, asustándola.

—¿Qué puñetas...?

—¡Joder! —murmuró Taylor al levantar la cabeza demasiado de prisa y golpearse con el grifo en la sien.

Incorporada, millones de gotitas de agua corrían por su rostro y su cuerpo, completamente empapada. Se apresuró a cerrar el grifo y clavó una mirada furiosa en la persona que estaba en el baño.

Abrió la boca.

Kevin.

«Oh, vaya...»

Rodó los ojos.

—El destino me odia.

El atractivo hombre que estaba delante de ella se rio. Aquella carcajada recorrió su espalda con suaves escalofríos que la hicieron coger aire con fuerza; ¿tan desesperada estaba que incluso una insulsa carcajada la excitaba?

Si el dueño era Kevin, parecía ser que sí.

—¿Tan pocas ganas tienes de verme?

Alzó una ceja y se echó el pelo para atrás.

—¿Es que no sabes llamar a la puerta? —gruñó.

—¿Qué estabas haciendo? Digo, con la cabeza metida bajo el grifo.

—Arreglarme el pelo, ¿sabes lo mal que lo tenía por la humedad que hay en la cocina? —Bufó—. Lo odio, no puedo. ¿Por qué demonios me dejasteis hacer esto?

Kevin alzó las manos mientras se acercaba y cerraba la puerta a sus espaldas.

Aquello la alertó... y la excitó. ¿Qué pensaba hacer con ella a solas?

—A mí no me contaste nada, me dejaste apartado.

Su lógica la enfadó.

—Lo sé —remarcó, observando cada seductor paso que daba hacia ella, acortando la distancia entre ambos cuerpos.

Apenas a diez centímetros de su acalorado y empapado cuerpo, Kevin no hizo amago de tocarla. Sólo la miraba con aquellos intensos ojos zafiro, tentándola mientras las palmas de las manos comenzaban a escocerle.

¡Oh, por Dios! ¿Por qué no podía mandarlo todo a la mierda y acostarse con aquel sexi marine? Lo ansiaba

tanto... Nunca había deseado con tal intensidad a nadie, ni siquiera a Dean. Sus pezones estaban erectos contra el sujetador y no por el agua del grifo, precisamente. Sus piernas temblaban de anticipación, deseosas de ser cargadas por aquellos fuertes y musculosos brazos...

Acariciadas, lamidas...

Su clítoris palpitaba contra la ropa interior, y la presión que Taylor ejercía entre las piernas no ayudaba en nada... sólo en recrear una erótica escena en su mente.

Echó la cabeza hacia atrás, salpicando a Kevin de agua. Se llevó las

manos a la boca.

—Mierda, perdona —dijo antes de romper en carcajadas—. Estoy haciendo el ridículo.

Kevin se quitó la chaqueta marrón oscura con una sonrisa y la dejó apoyada en el pomo con un extraño nudo... ¿Para qué?

—Te perdono. —Alzó las comisuras de sus sensuales y carnosos labios.

Taylor se humedeció los labios y tragó saliva. En una rápida ojeada, pudo ver la gran erección que ocultaban los pantalones chinos que llevaba y que le quedaban divinamente bien, como siempre. La ropa parecía amar a aquel

marine, ya que nada le quedaba fuera de lugar.

Nada.

Volvió a subir la mirada...

Oh, la había pillado.

Sonrió con picardía y se quitó la camiseta y el delantal. Estaba desabrochándose el sujetador mientras pegaba sus caderas a las de él.

—Estoy tan caliente que el agua de mi pelo ya se ha evaporado.

Kevin sonrió y envolvió su cintura con los fuertes brazos, haciéndola gemir. Ella tomó impulso y envolvió sus brazos alrededor del cuello y las piernas, en su cadera, anidando entre ellas su polla.

—Vaya... —murmuró cerca de sus labios, echándose hacia atrás cuando quería besarla. La mirada del hombre la estaba matando—. Pensaba que estabas mal de la barriga por haber comido mis horribles galletas.

Kevin bajó sus grandes manos hasta su trasero, apretando suavemente los glúteos y bajando poco a poco, casi rozando su centro aún tapado.

—Sólo vomité una vez a lo largo de la noche.

Taylor hizo una mueca.

—No jodas.

—Jodo. Y mucho —susurró roncamente.

Intentó besarla otra vez, haciéndola reír.

—Hablo en serio, ¿tan malas son?

Para que le respondiese, soltó un suave beso en la boca para luego pasar la punta de la lengua por los labios entreabiertos.

—Contesta.

—Esas galletas me importan una mierda ahora mismo —gruñó roncamente.

Y la besó, apretándola contra la pared para que no pudiese echar hacia atrás la cabeza.

No debería haberlo hecho pero... aquel tono duro la había puesto a mil. Le

devolvió el beso con ferocidad, devorándolo mientras introducía la lengua en su boca y se frotaba contra la erección, sacándole gemidos guturales mientras su sexo comenzaba a humedecerse más y más.

Detuvo el beso y echó la cabeza hacia atrás ante el placer que comenzaba a sentir, un tormentoso cosquilleo que la obligaba a bajar la mano y estimularse con rapidez para correrse. Kevin llevó los labios a su cuello y comenzó a dejar allí besos castos que poco a poco se fueron convirtiendo en tormentosos debido a su cálida lengua.

Sin vergüenza alguna, cogió una de

las manos de Kevin y la llevó hacia su sexo.

Se mordió el labio al ver el hambre en sus ojos, más oscuros de lo normal. Kevin la apoyó enteramente contra la pared y desabrochó sus pantalones, para meter de inmediato una de las manos dentro.

El primer contacto contra su piel la hizo jadear y cerrar los ojos, arqueándose para que sus dedos la acariciaran donde realmente quería.

Un dedo fue hacia sus hinchados labios y...

—¿Taylor?

Sin importarle la llamada de

Andrea, se frotó contra el dedo, pero Kevin no respondía. Abrió los ojos.

—¿Por qué...?

—¡Taylor! ¡Taylor! Está aquí tu hermana y... Ashley y Dean te esperan.

El deseo que podía haber sentido hasta ese momento desapareció por completo, dejando un frío helado que parecía correr incluso por sus venas.

Empujó a Kevin no con mucha suavidad y, vistiéndose, cogió la toalla del suelo y se secó el pelo con rapidez, para luego mirarse en el espejo.

Tenía mejor cara, la verdad, y eso tenía que agradecersele al atractivo marine que estaba tras ella, mirándola

en silencio inquisidoramente.

—Voy, dame cinco minutos.

Andrea se fue; se oían alejarse sus pasos mientras Violette discutía con Ashley, algo que estuvo a punto de hacerle reír. A punto porque, que la impresentable de su hermana le hubiese arruinado un buen polvo, no se lo perdonaba.

Ni a ella ni a nadie.

Se peinó con los dedos y asintió. Estaba mucho mejor. Miró a Kevin y, dándose la vuelta, se cruzó de brazos.

—Humm... Sé que debería decir lo siento y no sé qué más estupideces, pero te propongo que lo retomemos esta

noche.

Kevin alzó una ceja.

—¿Esta noche?

—Esta noche —asintió y se acercó hasta pegarse a él. Mientras con una mano acariciaba su fuerte y trabajado pecho, con la otra fue bajando poco a poco hasta llegar a la gran erección que lucía. Con un dedo la acarició de arriba abajo, maravillándose por lo dura que estaba—. ¿Qué dices?

Kevin se agachó y la besó con ternura, estremeciéndola... pero no de deseo, sino por lo bueno que era con ella. Como una ráfaga de verano, cálida.

Parpadeó y lo abrazó.

—¿Qué dices? ¿Te convence la oferta?

—Me convence —susurró en su oído.

Capítulo 4

Taylor no supo si le dolió más lo guapa que estaba su hermana Ashley o lo patética que era aquella situación. O, añadiendo otra horrible opción, cómo miraba Ashley a Kevin.

Al echar una ojeada al marine, por alguna extraña razón la alivió que él tuviese sus ojos clavados en ella.

Ashley llevaba su hermoso y largo pelo recogido en una extraña trenza que le llegaba hasta el pecho. Sus ojos verdes estaban pintados de un tono pastel que los hacía dulces y bonitos, llameantes. En cambio, la falda rosa que llevaba bajo aquel chaquetón blanco la hacía parecer una Barbie humana ciertamente aterradora.

Dean la miraba a ella, fijamente y con demasiada intensidad. ¿Sería capaz de saber que había estado a punto de acostarse con Kevin por el sonrojo de sus mejillas? No, seguramente era porque algún que otro gemido había resonado.

Al fin y al cabo, las paredes parecían de papel debido al bajo presupuesto.

Dean seguía siendo atractivo, encantadoramente guapo con aquellos claros ojos y el pelo castaño claro peinado hacia atrás con suavidad, perfectamente. Llevaba un abrigo de color negro a juego con unas zapatillas de deporte, por supuesto de marca, y unos Levi's.

Sin imaginarse cómo podían haberse enterado de la existencia de su cafetería y qué podían estar haciendo allí, se aclaró la voz.

—¿Qué haces aquí?

—Taylor, mamá me ha obligado a venir a buscarte y a saber si vendrás finalmente con tu novio a la comida familiar, ya que no le coges las llamadas.

Su dulce voz golpeó su cerebro con fuerza, haciéndola apretar los dientes.

—Dije que iría e iré.

—¿Y por qué no has respondido al teléfono? ¡Estábamos preocupados por ti!

—¿Tú? ¿Preocupada por mí? — Alzó una ceja—. Te habrás dado un golpe en la cabeza o algo por el estilo.

—Hemos venido a felicitarte por tu nuevo negocio... —Dean se aclaró la

voz—. También podrías habernos avisado. Nuestra ayuda...

—No quiero vuestra ayuda. Ahora fuera. Repito: dije que iría e iré, no tengo nada más que añadir. —Se cruzó de brazos.

—No seas tan maleducada, Lauren. Soy tu hermana...

—¡Me llamo Taylor Lanson! Deja de llamarme por ese estúpido nombre...

—Es tu nombre.

—Lo era hasta que me lo cambié legalmente. Es el nombre más asquerosamente feo y ridículo que he oído en mi vida —bufó.

—A mamá le harían daño tus

palabras —murmuró Ashley achicando los ojos.

—Me da igual. Vete, nos veremos en la comida.

—¿Vas a ir sola? —preguntó Dean, simulando interés—. ¿O acompañada?

—Fuera. Ya.

Taylor fue hacia ellos y abrió la puerta, dejando que entrase una fría corriente.

Aguantó la gélida mirada de su hermana sin inmutarse durante un largo tiempo. No pensaba retroceder ante ella, nunca.

La tensión aumentaba cada segundo que pasaba y, cuando Taylor iba a

levantar la mano para empujarla fuera de su cafetería, Kevin la cogió por la cintura y la pegó a su cuerpo, aturdiéndola.

Sorprendida, abrió los ojos completamente, decidida a volver a encararse con su hermana cuando él habló primero.

—Nos veremos en la comida; ahora marchaos, por favor.

Su voz, educada pero fuerte, la hizo fruncir el ceño. ¿Qué hacía metiéndose en sus asuntos? Ella y sólo ella tenía derecho a resolverlo. Odiaba estar escondida bajo la sombra de un hombre alto y fuerte que quizá pensaba que la

intimidación física lo era todo.

Aquello le recordó los millones de veces que Dean no se había metido en sus asuntos; aun más, podría decirse que apenas sabía nada de ella. Ni de sus discusiones familiares, sobre su trabajo o amigos... nada.

¿Cómo debía tomarse eso? ¿Como una buena o una mala señal?

—¿Tú eres su pareja?

Ashley, si estaba sorprendida, lo disimulaba muy bien. Sus labios pintados de color rosa estaban tensos, en una mueca que podría describirse como fría.

—Sí, Kevin Jones. —Extendió la

mano.

Miró aquella mano grande y fuerte, que no temblaba mientras esperaba encontrarse con la de su hermana. Los dedos, largos y callosos, eran sensuales y se veían tan masculinos... En conjunto era una mano trabajada. Luego contempló la de Dean. Ni un solo callo, lisas y perfectas.

Ashley se la estrechó y estiró el cuello, haciendo que unas pequeñas venitas moradas se marcasen en su pálido cuello decorado con un collar de perlas.

—Un placer, señor Jones, lo veremos entonces. —Sus ojos verdes

emitieron un inquietante brillo que estuvo a punto de hacerle soltar una palabrota.

Kevin asintió y, tras darle la mano a Dean, se fueron sin despedirse de ella, aunque sí de los demás.

Tay soltó todo el aire que había estado conteniendo. Luego, tras no ver ya las figuras de su hermana y su novio Dean, se encaró a Kevin y sus atractivos ojos zafiro. Se cruzó de brazos e intentó controlar su ira para no explotar allí mismo.

—¿Se puede saber por qué demonios te has metido en esto?

Kevin se mostró sorprendido.

—Intentaba echarte una mano.

—¡Error, no deberías haber dicho nada! —gritó dando una patada al suelo.

—Taylor...

—¡No te metas, Andrea! —Señaló a su amiga con el dedo—. No ahora. —Volvió a centrar su atención en Kevin—. No deberías haberlo hecho.

—¿Qué más te da? ¿Tan horrible es que conozca a tus padres?

—¡Es catastrófico! No quiero que me estén comparando con mi hermana, ¿lo entiendes? ¡Llevan toda la vida haciéndolo! Si vienes conmigo, te harán muchísimas preguntas sobre mí que no podrás contestar porque no me conoces,

haremos el ridículo y se darán cuenta de que no estamos juntos y...

—Te conocería mejor si me deja...

—Se calló.

Taylor alzó una ceja y lo miró con el ceño fruncido.

—¿De qué estás hablando?

—Oh, es muy tarde. —Grace sonrió forzadamente mientras Taylor y Kevin se sostenían la mirada: Taylor, con incredulidad, y Kevin, con desesperación—. Me alegro de haberos conocidos a todos y...

—Dilo, ¿por qué no terminas la frase? —Sacó pecho.

—Porque no merece la pena —

murmuró.

Aquellas cinco palabras le sentaron como un puñetazo en el estómago; sintió hielo en las venas mientras su respiración se hacía cada vez más pesada, contemplando la desoladora y sensual cara del marine. Kevin suspiró y negó con la cabeza antes de despedirse de todos e irse de allí, mirando el suelo y saliendo con rapidez.

Un pesado silencio se instaló entre todos ellos.

Tenía la sensación de haberla hecho buena...

Apretó los puños a ambos lados del cuerpo mientras un desconocido

sentimiento de terror la invadía. Sus ojos, que contemplaban la pequeña figura de Kevin, ya lejos, le ardían.

¿Se estaría resfriando? Seguro.

Ella no lloraba por nadie. Excepto por su gato Salem cuando le daba por arañar todos los muebles y meter la cara en su vaso de agua.

Se sonó la nariz con un pañuelo de la mesa y se dio la vuelta, sin mirar a nadie.

—Demasiadas emociones en un día. Hasta mañana.

—Tay...

—Estoy con la regla y ya he recibido demasiadas quemaduras y

desplantes por hoy. Dejad la puerta cerrada cuando os vayáis, por favor.

Dicho esto, se fue hacia el baño para cambiarse, intentando guardar en el lugar recóndito más oscuro de su mente lo que había pasado hacía apenas unos segundos antes. ¿Qué iba a hacer ahora? Si iba sin Kevin, llevaría la etiqueta de fracasada toda su vida y, si lo llevaba, harían el ridículo.

¿Qué era peor?

Cerró la puerta del baño suavemente mientras se miraba en el espejo.

Volvía a estar demasiado pálida. Debería tomarse unas vacaciones e irse a España con Andrea.

Pero Andrea tenía pareja y, para lo poco que se veían, no querría irse al otro lado del gran charco por sus alocados estados de ánimo.

Terminó de cambiarse y suspiró aliviada al no ver a nadie allí. Habría sido demasiado para ella tener que aguantar las miradas de reproche de ellos, o, en caso de Irina, de desilusión. Deseaba más que nada irse a su casa, meterse en la cama y cerrar los ojos mientras se imaginaba estar en alguna isla perdida.

Terminó de recoger y estaba cerrando las puertas con el código de seguridad cuando vio a Grace apoyada

en una farola que parpadeaba, estropeada.

Puso los ojos en blanco.

—¿Pero tú no eras la primera que te ibas?

—Te vi demasiado jodida sentimentalmente y me dio pena, ¿qué te parece si vamos a tomarnos algo las dos?

—Mal. No tengo ganas —contestó con total sinceridad.

Tras cerrar, la miró y se cruzó de brazos.

—¿No vas a decirme que me he portado mal con Kevin o que soy una perra?

—Eso ya lo sabes tú, ¿para qué te lo voy a decir yo? Además, no es tu novio.

Taylor quiso debatir aquella afirmación, pero no sabía cómo.

Ni por qué quería hacerlo.

—Estoy jodida. Me veo dentro de nada escribiendo canciones al estilo de Lana del Rey mientras un camión pasa por encima de mí una y otra vez y deja mis restos en un puente.

Grace frunció el ceño.

—Me encanta Lana del Rey y no sé cómo tomarme tu comentario... ¿Quieres tomar algo o no? Si no, te llevo a casa.

—No sé qué hacer. —Se llevó las manos al pelo—. Admito que tenía la

idea de pedirle a Kevin el favor, pero eso es distinto a que él se autoinvite, como si fuésemos... — Puso cara de agonía.

—Vaya... te da miedo tener novio. No te preocupes, eres de mi bando.

—Y una mierda, paso —masculló.

—Mira, si yo fuera tú, hablaría con Kevin e iría con él a la comida. Es simpático y mil veces más guapo que el modelo ese que ha traído tu hermana. Quedas de maravilla y sigues con tu vida, en la cual eliges si quieres compartirla o no con él.

Taylor se dio unos golpecitos en la barbilla mientras reflexionaba.

—Eso quiere decir que tendría que ir a su casa y pedirle disculpas...

—Comerte ese ego tan grande que tienes. Sí. Exacto. Después de todo, te ha querido ayudar con tu cafetería.

Taylor se mordió el labio y miró el cielo, todavía claro pues aún era de día.

—Acompáñame a ver cómo está mi gato y te invito a cenar.

Grace asintió ilusionada.

—Genial, vamos. Eso sí, tienes dos días. Yo iría pensándomelo... por si Kevin hace planes. No va a estar para ti indefinidamente. Vale demasiado.

Y con aquellas duras y certeras palabras, Taylor se fue hacia su casa

acompañada por Grace, oyendo desde lejos su interminable parloteo mientras su corazón comenzaba a latir con fuerza contra su pecho.

«Oh, demonios...»

Irina terminó de ducharse y se asomó al cuarto de su hija para verla jugar con unas muñecas.

Sonrió y bajó a la cocina para ver qué hacía de cenar. Mientras observaba el frigorífico con la mirada perdida, recordó la escena de la cafetería.

Taylor había estado tan nerviosa y excitada que lo había echado todo a

perder. Kevin, que había conseguido no mostrar sentimiento alguno en su rostro ante el estallido de ira de su amiga, lo había expresado a través de la tensión de sus brazos y espalda. Su postura era recta mientras contemplaba a la rubia con ganas de querer zarandearla.

Y Andrea, que se había llevado las manos a la cabeza mientras Scott la convencía de no intervenir.

Irina temía que las heridas causadas por Dean fuesen incurables.

Taylor era demasiado libre, independiente, y decía lo primero que se le pasaba por la cabeza sin importarle las consecuencias. Pero por dentro, en

su interior, era una persona con inseguridades que a veces necesitaba que le echasen una mano.

Y ahora lo necesitaba.

—¡Mami! —gritó Amy—. ¡Tengo hambre!

—Ahora voy, cariño, iba a preparar algo.

—¿Qué vamos a cenar?

Su dulce e infantil voz se oía cada vez más cerca, señal de que se aproximaba a la cocina.

Sacó dos huevos y se los mostró a su hija, poniéndose de rodillas.

—¿Qué te parece si hacemos dos tortillas y las acompañamos con

verdura?

Amy negó con la cabeza.

—No, mamá. No quiero verdura.

Rodando los ojos, comenzó a hacer la cena mientras Amy esperaba sentada.

—Mami.

—¿Sí? —Se acercó un vaso de agua mientras el huevo se expandía por la sartén.

—¿Y Dorek?

Como no esperaba aquella pregunta, escupió el agua sobre la encimera. Amy comenzó a reírse.

—¡Mami!

—Oh, por Dios... —Comenzó a secarla con rapidez con el primer paño

que encontró mientras notaba cómo la sangre se acumulaba en sus mejillas.

—¿Te gusta Dorek?

—¡No! —murmuró mientras cortaba verduras.

—¡Mami, te he dicho que no quiero verdura!

—¡Pues hoy es lo que toca! —La miró de reojo.

Amy tenía un brillo en sus ojos que la hizo sonrojarse aún más. ¿Quizá Taylor había influenciado demasiado a su hija? Era demasiado espabilada para ser tan pequeña.

—Humm...

—¿En qué piensas, Amy?

—En mis cosas.

Sí, definitivamente había copiado ciertos aspectos de su amiga. Tras rodar de nuevo los ojos, terminó de hacer la tortilla y la puso en el plato junto a la verdura.

—Ahí tienes.

Amy cogió el tenedor y comenzó a cortar la tortilla.

—Hace tiempo que no veo a Dorek, ¿cuándo lo veré?

—¿Para qué quieres verlo? — preguntó con curiosidad mientras terminaba de hacer su cena.

—Para decirle que escupiste el agua que bebías cuando te pregunté por él.

—¡Amy! Eso no está bien. —La miró con cierto enfado, consiguiendo que su hija bajase la mirada y asintiese.

—Lo siento, mamá... Sólo quiero volver a verlo. Es muy simpático. Te prometo no decirle que escupiste...

—Está bien, Amy. ¿Qué tal te ha ido hoy el día? —La interrumpió.

Amy comenzó a contar todo lo que había hecho, olvidándose, o al menos eso esperaba, del incidente que había tenido lugar hacía apenas unos minutos. No se había esperado la pregunta.

Ver a Dorek cada día era algo que le agradaba. Le gustaba. Era guapo, atento, tenía un curioso y llamativo acento

polaco que la hacía reír. Y...

Para qué mentir.

La excitaba.

Muchísimo.

Aquellas grandes manos... fuertes, callosas, bronceadas... y sus brazos, vigorosos y masculinos, cubiertos de un suave vello rubio.

Irina deseaba con todas sus fuerzas ver a Dorek desnudo... de arriba abajo, y saber qué textura y tamaño tendría su pene.

Oh, había soñado tanto con tener algún que otro encuentro sexual con él... Rápido, duro, fuerte y mojado. Imaginaba sus labios recorriéndola de

pies a cabeza para pararse en los rincones que más lo ansiaban.

Y acariciarlo mientras veía su cabeza entre sus piernas. Rubio, tan guapo y... sexi.

Sacudió la cabeza y recogió la cocina tras terminar.

Llevar tantos años sin sexo no era bueno. No cuando deseaba con tantas ansias a un hombre que estaba tan por encima de ella.

Andrea miró la amplia y musculosa espalda de Scott tapada por aquella camiseta blanca, sudorosa, que se

pegaba a su piel de manera insinuante.

Jugaba con aquel endemoniado perro mientras se reía, flexionando sus trabajados brazos cubiertos por aquel suave vello oscuro. Y sus dedos... aquellos maravillosos dedos que tan bien sabían llevarla al clímax.

Se apostaba cincuenta dólares a que Scott estaba excitado.

Agachada e ignorando el dolor de rodillas que sentía por estar sobre el suelo, se inclinó aún más cuando Scott recogió una pelota que parecía volver loco a aquel perro.

Dios... ¡qué trasero! Le encantaba poner sus manos en él, incitarle a que

aumentara la velocidad de sus penetraciones mientras sus labios la devoraban, explorándola y rompiendo todas sus defensas, acariciando su lengua de aquella forma tan exquisita...

Scott la miró de reojo con rapidez, pillándola.

Se sonrojó y maldijo.

—¿Me estás espiando?

Andrea se rio.

—¿Yo? Ni hablar, tengo cosas mejores que hacer. Estaba limpiando el cristal.

Le enseñó el paño y sonrió con suficiencia.

—¿A las nueve y media de la noche?

Oh, maldita lógica...

Abrió la boca para contestar y luego la cerró. El perro saltó sobre su marine para llamar la atención, pero apenas lo movió.

Tan fuerte...

—¿Andrea? —inquirió.

Sacudió la cabeza. Blanca salió de detrás de ella y se dirigió al jardín con rapidez, antes de que pudiese capturarla a tiempo.

Veloz, se acercó al enorme pit bull animadamente.

—¡Scott, separa a tu perro de mi Blanca ya!

Una perezosa y sensual sonrisa

apareció en su rostro.

—Déjalos, se están conociendo.

Andrea se llevó las manos a la cabeza ante el primer intento del pit bull de montar a su perra.

—¡Demonios, la va a violar!

Y la montó. Blanca, en vez de apartarse, se quedó quieta con la lengua fuera.

—¡Scott, sepáralos!

El marine se cruzó de brazos y se apoyó en la pared, mirándola con una ceja alzada mientras el pit bull seguía con sus rápidos movimientos.

Decidida a salvar a su perra, abrió la puerta de cristal y, al dar el primer

paso sobre la fría hierba, Scott se movió con agilidad y la cargó en su hombro. Soltando un jadeo, protestó cuando él cerró la puerta de cristal y dejó a los dos animales fuera, disfrutando el uno del otro.

—¡Mi perra!

Una nalgada dejó un cálido contacto en su glúteo derecho.

—No sueles quejarte cuando yo te monto a ti.

Andrea se humedeció los labios mientras comenzaba a excitarse, sintiendo los primeros espasmos de su clítoris.

—No... no... es lo mismo —susurró

olvidándose de los canes.

Scott subía las escaleras.

—¿Por qué?

Otra nalgada más cerca de su sexo la hizo gemir. Estaba segura de haber mojado completamente la ropa interior y sólo deseaba frotarse contra algo...

O alguien.

—Oh... humm... bueno...

Scott la descargó con facilidad y la puso contra la pared del dormitorio, sin dejarle escapatoria. Aquella enorme altura, sus oscuros y seductores ojos, su respiración chocando contra sus labios, sus anchos hombros, su cuerpo tan cerca del de ella... Tan malditamente grande y

fuerte.

Bajó la mirada y vio una potente erección que prometía complacerla.

Se humedeció la boca otra vez y subió la mirada.

Negros como cuencas vacías, llenos de deseo y de ganas de dominar, los espejos de su alma proyectaban una cosa más que la hizo gemir: amor.

Le rodeó el cuello con los brazos y puso su boca sobre la de él.

—Humm...

La boca de Scott, exigente y autoritaria, la obligó a abrir los labios; su lengua penetró dentro de ella mientras rodeaba su cintura con los brazos y la

pegaba a él, sintiendo los pezones erectos contra su torso.

Oh, amaba aquella sensación...

El sexo con su marine era adictivo. Era adicta a Scott, a cada parte de su cuerpo y de su ser. Lo amaba tanto que podría estar miles de años mirándolo a los ojos sin cansarse.

Dio un salto y rodeó las piernas alrededor de su cintura. Scott gruñó complacido cuando acunó su polla erecta entre sus muslos, cálidos y ansiosos. Se frotó y gimió, devolviéndole cada beso con pasión. La presión que hacía sobre ella era deliciosa.

¿Cómo podía haber estado tanto tiempo alejada de él? Era algo que no se podía explicar.

—Esto es condenadamente maravilloso —murmuró él contra sus labios—. Tú. Tenerte.

Andrea sonrió totalmente entusiasmada, sin ser consciente del brillo que desprendían sus ojos.

—Me ponen cachonda tus palabras.

Andrea dijo aquello sin darse cuenta. Abrió la boca y jadeó.

—Jesús, nena, Taylor es una mala influencia... —Bajó los labios por su cuello—. Aunque admito que, en estos momentos, siento mi polla como un bate

de rugby.

Ella se rio temblorosamente al sentir la cálida lengua lamiéndole el pulso.

—Oh-h... Lo comprobaré con mis propias manos... —Arañó su espalda con las uñas, suavemente—... o mi boca.

Dos segundos más tarde, se encontraba en la cama y con un enorme marine entre sus piernas. ¿Podía ir su vida mejor?

Grace dejó a Taylor en su casa y prometió ir a la mañana siguiente a primera hora a la cafetería para echar una mano hasta que ganase el suficiente

dinero como para contratar personal.

Nada más irse, Taylor miró con verdadero terror todas aquellas facturas. Tenía tanto que pagar y tan poco dinero...

Acarició a su gato unos segundos y, tras armarse de valor, se sentó en el sofá y comenzó a revisarlas todas, de una en una. Poco a poco la sangre de su cabeza comenzó a bajar, mareándola.

¿Cómo podía deber tanta pasta? El crédito de la cafetería, pagos que hacer a antiguos modelos a los que había contratado cuando aún era diseñadora... y facturas. Horribles facturas de su casa a las que, pronto, se sumarían las del

bar.

Una fuerte presión se instaló en su pecho.

—Oh... no tengo ni la mitad del dinero que necesito.

¿Habría sido un error abrir la cafetería? Era cierto que había conseguido bastante dinero gracias a sus amigas y los marines, pero apenas quedaría nada tras pagar las facturas y la comida del mes.

Se llevó una mano a la frente y suspiró.

—No puedo seguir así.

Miró su pequeño pero cómodo piso. ¿Acaso tendría que dejarlo? ¡No, ni

hablar! Había compartido con él muchísimas emociones, encuentros sexuales y felicidad como para tirar la toalla.

Necesitaba capital.

Hizo una lista de cómo poder conseguirlo; tachó de su mente pedir dinero a sus amigas o a Kevin o a un prestamista.

No, de ninguna manera.

Tenía que haber otra solución.

Dejó caer las cartas al suelo y se tiró boca arriba en el sofá.

—Esto es una mierda.

A su desastroso estado de ánimo debía sumar haber herido al hombre que

había sido más bueno y comprensivo con ella.

Kevin Jones.

Miró el teléfono con tentación.

—Mañana, hoy no soy persona.

Se levantó del sofá con pocas ganas y menos fe y se dirigió a la cocina con una mueca. Era el lugar que menos quería pisar, pero necesitaba comer algo urgentemente.

—¿Habría algo? —murmuró esperanzada.

Finalmente consiguió hacerse una pobre ensalada y servirse un vaso de Coca-Cola. Iba hacia el salón de nuevo cuando vio un panfleto de propaganda

de comida rápida, veinticuatro horas todos los días del año. En él, ofertaban trabajo.

Una luz se encendió en su cabeza, iluminando el oscuro futuro que había previsto.

¿Y sí...?

Dejó la comida en la mesa y se agachó. Lo leyó dos veces y buscó el número de teléfono con ansiedad.

Podría hacerlo. Sencillamente no dormiría tanto como solía y... tendría que aprender a convivir con una cocina.

Sus piernas temblaban.

Tenía que hacerlo. No había otra solución.

Capítulo 5

—Buenos días. —Irina entró con una gran sonrisa.

—Hola, Irina —Grace le hizo un gesto para que se sentase en una de las pocas mesas libres.

—Vaya, hay mucha gente.

—Sí, el local se está haciendo famoso.

—¿Taylor?

—Metida en la cocina desde hace un par de horas. —Se acercó a Irina—. Pero... yo no entraría a saludarla. Está de un humor de perros.

La modelo rodó los ojos.

—Me temo que eso no es algo nuevo en ella.

—Oh, no me entiendes. De un horrible humor. Da miedo. Mucho. Físicamente también.

Controlando la curiosidad, asintió lentamente.

—Eh... vale, intentaré no cruzarme en su camino. ¿Ha venido Kevin?

—No. —Negó con la cabeza.

—Seguramente por eso está así. —
Se encogió de hombros—. Que aprenda
a ser más amable. Andrea vendrá
cuando termine de trabajar. Ponme un
zumo de naranja, por favor.

Asintiendo, Grace desapareció con
rapidez y fue a tomar más pedidos. Irina
observó a todos los comensales y apoyó
la cabeza sobre su brazo.

La cafetería de Taylor había
quedado preciosa. Siempre, desde
pequeña, había deseado tener una. No es
que ser modelo fuese algo de lo que
quejarse: cobraba bastante dinero y
apenas tenía que mantener su línea y
hacer algún que otro viaje.

No deseaba ser mundialmente famosa, no teniendo a Amy y a sus amigas.

Se preguntó cómo estaría Taylor y a qué se refería Grace, cuando una gran sombra entró por la puerta, ocupando todo el marco de la misma.

Colocó una mano a modo de visera sobre la frente y esperó hasta que vio unos cálidos ojos que reconoció con rapidez.

Dorek.

Su corazón, tranquilo hasta el momento, dio un gran salto dentro de su pecho.

Antes de que él pudiese verla, Irina

se pasó una mano por el largo pelo, echándoselo hacia atrás, mientras con la otra se pellizcaba las mejillas.

Observó cómo todas las mujeres se quedaban pasmadas mirando a Dorek, cuya sonrisa era capaz de combatir con la del mismísimo Adonis. Era tan bonita, tan cálida... capaz de derretir Groenlandia en segundos.

Al verla, su sonrisa se ensanchó, siendo imposible no devolvérsela.

—Vaya, no esperaba verte hoy.

Ella tampoco, la verdad.

—Humm... Bueno, dejé a Amy en el colegio y quise ver cómo iba todo. ¿Y tú?

Una canción de Bruno Mars sonó suavemente por los altavoces, *Just the way you are*[2], haciendo que muchas mariposas revoloteasen por su estómago. Se llevó una mano a aquella zona.

Dorek se pasó una mano por su pelo dorado, paralizando a Irina. El sol de la mañana daba sobre su hermoso cabello, sacándole reflejos rubios y rojizos.

—Kevin.

—Oh, claro.

—Está preocupado por ella.

—Kevin es un encanto.

—¿Lo soy yo también?

Irina se humedeció los labios y

parpadeó varias veces. ¿Estaba coqueteando con ella? Esperaba que sí...

—Tú lo eres aún más.

¿Acababa ella de decir aquello?

Dorek pareció captar su estupor, ya que volvió a dirigirle una de sus increíbles sonrisas.

—¿Puedo sentarme contigo?

Irina quitó con rapidez su bolso de D&G.

—¡Por supuesto! Será un placer.

Grace fue hacia ellos y dejó su vaso de zumo.

—Hola, Dorek, ¿quieres tomar algo?

—Café solo, por favor.

Grace asintió y lo apuntó.

—De acuerdo, dadme unos...

—¿Qué tal va Taylor? —preguntó el polaco.

La guapa camarera se encogió de hombros.

—Maldice como un camionero, se ha hecho nuevas quemaduras y su pelo es un desastre, apenas se soporta a sí misma y no para de murmurar cosas sin sentido.

—Oh, entonces es la misma de siempre. —Irina sonrió cuando Dorek soltó una carcajada—. En serio, luego hablaré con ella.

—¿Kevin va a venir hoy?

La curiosidad de Grace era latente

en sus ojos pardos. Dorek se apoyó sobre sus codos, que descansaban sobre la mesa.

—No, no creo.

—¿No? Vaya... es una lástima. Quizá podría mejorar su humor con otro esporádico encuentro en los baños, como ayer.

Y se fue.

Dorek la miró con sorpresa mientras Irina intentaba asimilar lo que había dicho.

—Vaya...

—Pensaba que esos ruidos...

—¿Eran de otra cosa? No parece haber tenido nunca un encuentro en un

baño.

Irina se removió sobre su asiento, nerviosa.

—Oh... bueno, no... no muy a menudo.

Mintió. Ella nunca había hecho nada fuera de la cama. Nada de nada.

Y Dorek parecía tan experto... tan malditamente dispuesto a hacerlo en muchos más sitios...

La distancia entre ellos se acortó. La frente de Dorek casi tocaba la de Irina.

Sentía su respiración contra los labios; su masculino olor estaba mezclado con una colonia que olía fresca y de maravilla. Se preguntó cuál

sería y si solamente se la habría aplicado en el cuello...

—¿Nunca? —susurró Dorek, mirándola con intensidad.

Sus ojos transmitían tanto... Estaba segura de que ningún hombre la había mirado de aquella manera. Fijamente, sin flaquear. A los ojos, no a los labios, escote o piernas. Y eso que llevaba una falda y medias.

Tenía la mandíbula apretada, como si estuviese conteniéndose.

Le encantaría ser el objeto de deseo de aquel marine.

Sintió la tensión de sus anchos y poderosos hombros, la cercanía entre

ambos, el calor que desprendía...

Entreabrió los labios y tragó saliva.

—N-nunca... —tartamudeó.

Y, qué demonios, le encantaría probarlo con él... ahora. Estaba excitada, completamente excitada, y esperaba que él también.

Bajó lentamente la mirada, pasándola por sus sensuales y carnosos labios, por su cuello, por la suave nuez de Adán cubierta por un fino vello incipiente de color rubio oscuro... ¡Oh, Jesús!

Aquella tienda de campaña que había en sus pantalones la intimidó y, aunque se sonrojó, no apartó la mirada

de ella.

—Irina... —Su nombre pronunciado por la voz de Dorek parecía mil veces más exótico y bonito de lo que realmente era—... Irina, ¿qué miras?

¿Acaso tenía que decirlo?

Se humedeció los labios.

—Ehhh... Oh...

—Me encantaría oírlo de tus labios.

—Su voz parecía casi un gruñido ronco sacado del pecho de un animal salvaje —. Dilo.

Clavó sus ojos en los de él y dio un pequeño salto sobre la silla.

¿Qué había en su mirada para que consiguiera derretirla de aquella forma?

¿Quizá la cantidad de promesas oscuras y sensuales que mostraban?

Ambas.

De diversas maneras pero todas con el mismo propósito.

Disfrutar de un maravilloso y exquisito sexo.

—Yo... yo...

Una sombra la sacó de su entumecimiento. Dorek, como si nada hubiese pasado, se echó para atrás y se cruzó de brazos, pareciendo inmenso, como un guerrero vikingo de esos que aparecen en las series de la HBO.

—Ey, Ira, Dorek, ¿qué tal? —Taylor estaba con ellos. Parecía mejor de lo

que había dicho Grace, cruzada de brazos y con unas profundas ojeras moradas, ¿qué había estado haciendo? —. Pensaba saludaros antes, pero, entre las miradas de folladas duras de Dorek y tus caras de espasmo, decidí dejaros un rato. ¿Interrumpo algo?

Dorek se rio.

—No te callas nada, ¿verdad?

—¿Para qué? Me va igual de mal de una forma u otra y así, al menos, me desahogo.

—¿Te encuentras bien, Tay? No tienes buena cara.

De todas las veces que Taylor podía haber estado mal, aquella era la peor.

Tenía las mejillas algo hundidas, demasiado delgada. Su pelo, limpio y bien peinado, caía sin gracia, mientras que sus ojos carecían de brillo bajo unas inmensas ojeras.

—Salem ha estado juguetón esta noche y, además, tuve que levantarme temprano para abrir... —Bufó—. Odio la cafetería.

—¡Pero si dijiste que te gustaba!

—Ha quedado bonita, lo que falta es que contrate a alguien y haga el trabajo sucio por mí. —Se encogió de hombros—. Detesto pisar la cocina.

—Te lo d...

—Ni se te ocurra soltar esa frase —

gruñó—. Necesitaba innovar.

—El negocio no es un juego.

Taylor murmuró algo acerca de lo pesada que era antes de irse otra vez a la cocina.

Irina frunció el ceño.

—Algo no va bien.

Dorek la miró con sorpresa, luego clavó los ojos en la delgada y cansada figura de Tay.

—Yo la veo como siempre: contestona, mandona y con...

—No. —Negó con la cabeza—. Taylor habría sido cabezona hasta el final, no se habría quedado callada. Algo pasa.

Él se acercó a ella y colocó una gran y cálida mano sobre su rodilla, paralizándola durante unos segundos. Se obligó a no dar un salto ante la descarga que la recorrió de pies a cabeza. ¿Qué imagen daría de ella si de un momento a otro se olvidaba de su amiga y sólo se concentraba en el contacto entre sus cuerpos?

—No te preocupes, quizá sea el trabajo. Llevar un negocio nunca ha resultado fácil.

Irina asintió, aunque no pudo relajarse; esperaba que fuese por su contacto... porque, si era por su amiga, eso quería decir que tenía un mal

presentimiento. Y no solía fallar.

Kevin, tras dejar a Jay con sus abuelos maternos, quienes se habían mudado a Nueva York desde la muerte de su hija Claire, quedó con Scott, Dorek y Sean en salir a tomar unas cervezas y disfrutar del resto de la jornada.

Mentiría si no admitiese que se sentía decepcionado.

A pesar del comportamiento de Taylor, había dado por hecho que él le importaba y que conseguiría romper su dura coraza y penetrar en ella.

Pero no.

Taylor Lanson era dura. Tan dura como el mismísimo hierro.

Era un estúpido.

Había pensando que Taylor se acercaría hasta su casa, le pediría disculpas y acabarían manteniendo relaciones sexuales.

Algo que ni de lejos sucedió.

Kevin no pensaba estar con una mujer tan inestable que de la noche a la mañana cambiaba de negocio, no lo llamaba para pedirle ayuda y encima se mostraba ruda delante de todos cuando intentaba ayudarla.

Aparcó el coche y se bajó frente a la

hamburguesería donde habían quedado; Sean le dijo que la idea era comer algo y luego irse de copas.

La ignoraría. Sí, estaba decidido. Tenía un hijo, un trabajo y no era su obligación intentar comprender a todos los que lo rodeaban.

Pero, demonios, ¡la deseaba tanto!

Sus mordaces comentarios, su lengua viperina, sus cambios de humor, cuando andaba con sus grandes gafas de sol mientras masticaba un chicle y le insinuaba palabras que harían sonrojar hasta a un actor porno... Sus sonrisas, seguidas por aquellas muecas que conseguían acentuar el brillo de sus ojos

azules.

Estaba totalmente colado por ella.

Kevin se pasó una mano por el pelo y sonrió a Scott, que estaba en la puerta cruzado de brazos, ignorando a dos guapas adolescentes que lo miraban de reojo y murmuraban entre ellas.

—¿Qué pasa, tío? Tienes mala cara.

—Scott le dio unas palmadas en el hombro.

—Nada, un mal día. Jay no quería quedarse con los abuelos. ¿Dónde están los demás?

Scott hizo un gesto hacia el interior del local.

—Nos esperan dentro, excepto Sean,

que va a retrasarse. ¿Entramos?

Kevin abrió la puerta de cristal y captó el olor de la carne hecha y las patatas fritas. Tras haber estado entrenando en un gimnasio enfrente de su casa y llegar recién duchado, su estómago gruñó con fuerza demandando algo que llevarse a la boca.

Necesitaba consumir comida ya.

Dorek le hizo un gesto. Estaba en la cola, pidiendo.

—Venga, decidme qué queréis.

—Scott, cuánto tiempo sin verte — dijo una camarera de pelo corto oscuro y ojos grises—. No te esperaba por aquí.

Mientras Scott saludaba a la chica, Kevin se cruzó de brazos y esperó con una sonrisa a que su amigo terminase de pedir. La camarera que lo atendía intentaba disimular su sorpresa ante la gran cantidad de comida que pretendía ingerir.

Sonriendo, se apoyó en la barra y barrió el local con la vista, una costumbre que tenía desde que estaba en la Marina.

Había muchas parejas, familias y grupos de adolescentes, aparte de las dos que había visto en la puerta junto a Scott. Era un sitio agradable, con las mesas de color caoba oscuro, las sillas

a conjunto y los cojines de éstas de color rojo vino, bastante cómodos.

Unas lámparas de cristal colgaban del techo y de las paredes, en las cuales había algunos altavoces por los que sonaba una suave melodía de violín y piano.

Eran las diez de la noche, bastante tarde para comer. Miró a través del ventanal el oscuro cielo. Sus pensamientos volaron directamente hacia Taylor.

¿Estaría bien?

—Ha sido un placer verte, Scott. Me alegro de que Andrea y tú estéis juntos, siempre habéis hecho una gran pareja.

—Sus rasgados ojos grises se perdieron entre los clientes, inspeccionando que todo estuviese correcto.

—Lo mismo digo, Eva; la próxima vez vendré con Andrea.

—Disculpa, Scott, parece que mi nueva chica no sabe ni sacar la basura del contenedor. ¿Cómo se puede ser tan incompetente? —murmuró esto último para sí misma antes de ir hacia el final del local, cerca de las dos adolescentes.

Era el turno de pedir de Kevin cuando, al girarse y ver de reojo el rostro de su amigo, frunció el ceño. Dirigió su mirada en la misma dirección.

—¿Qué demonios...?

Kevin no prestó atención a lo que dijo Scott.

Abrió por completo los ojos y maldijo.

Taylor Lanson estaba intentando sacar una gran bolsa negra de basura de un contenedor interior incrustado en la pared bajo la reprobatoria mirada de Eva, quien mantenía los brazos en jarra y farfullaba una suave reprimenda.

—¿Ésa no es Taylor? —intervino Dorek mientras se metía una patata en la boca y la masticaba con lentitud.

Quiso darle un puñetazo al marine ante lo obvia que era la respuesta.

La pregunta era qué hacía allí. Cuando levantó el rostro para mirar a su jefa, Kevin apretó la mandíbula.

Bajo sus hermosos ojos azules había unas grandes ojeras que acompañaban la extrema palidez de su delgada cara. ¿Cuánto tiempo llevaría trabajando allí? ¿Estaba haciendo turnos dobles? ¿Quizá... necesitaba dinero? ¿O sólo quería matar el tiempo libre?

No, de ninguna manera.

Taylor Lanson mataría el tiempo libre yéndose por el centro de la ciudad con sus amigas, viendo películas donde saliesen tíos fuertes y medio desnudos o durmiendo hasta las tantas.

Había gato encerrado.

—Kevin... Kevin, espera, maldita sea.

Ignoró a Scott y fue hacia Taylor, tenso, con los puños apretados a ambos lados del cuerpo y sin retirar sus ojos de ella.

Capto las quemaduras de los femeninos brazos y supuso que se las había hecho con la cafetera o la plancha, y avanzó implacablemente.

Cuando ambos conectaron, oyó la grotesca palabrota que soltó. Sus grandes ojos brillaron durante unos segundos y, pasando de su jefa, dejó la bolsa de basura en el suelo y abrió la

puerta de cristal para salir.

Corriendo.

Kevin fue tras ella.

Eva, pasmada, le sujetó la puerta y recogió la bolsa del suelo, dedicándole una mirada de complicidad a los clientes, quienes observaban la escena con estupefacción y curiosidad.

Tras salir a la fría noche, aumentó la marcha para alcanzar a Taylor, quien, para parecer tan cansada, corría muy rápido.

Cruzó una calle a la derecha.

—¡Taylor, espera! —gritó.

¡Maldición!

¿Es que acaso Dios la odiaba? ¿El destino quería joder todos y cada uno de sus planes? Porque, si no era así, entonces no entendía nada.

¿Casualidad? Y una mierda.

Taylor Lanson no creía en las casualidades.

Tras terminar la dura jornada con ganas de quemar su propio negocio, se duchó y se marchó hacia su segundo trabajo.

Nunca se habría imaginado que Kevin podría ir a una hamburguesería familiar a cenar. Es decir, ¿con sus amigos? ¿Es que los hombres de hoy en

día no preferían irse a un pub y emborracharse para despertarse al día siguiente con una mujer con curvas al lado dispuesta a todo?

Si antes pensaba que los conocía, había quedado latente que no.

Tenía claro que, tras haber comido solamente un sándwich en todo el día, su cuerpo no aguantaría mucho más tiempo aquella endemoniada carrera.

Se sentía avergonzada. ¿Qué pensaría Kevin de ella? Nunca le había importado la opinión de los demás; siempre la habían tachado de ser una mujer indiferente a la vida de los otros, pero por alguna extraña razón... con

Kevin no era así.

Los pulmones le ardían con fuerza por el gran esfuerzo que estaba haciendo para no ser alcanzada por el marine, quien corría detrás de ella como si no le costara nada.

Un tirón en el gemelo izquierdo la hizo maldecir y tropezar contra un cubo de basura tras tirar hacia un callejón que no sabía adónde demonios llevaba.

Impactó contra el duro asfalto, raspándose las mejillas, las manos al intentar contener la caída y las rodillas.

—Mierda... —musitó.

Sintió a Kevin a su espalda, observándola.

—Tay...

No, por favor. No quería aquella tierna, sensual y masculina voz de comprensión.

—Déjame —consiguió decir mientras se incorporaba sobre las rodillas.

—Deja de esconderte de mí.

Taylor se levantó y lo encaró, arrepintiéndose rápidamente.

Mientras que ella estaba desastrosa por las horas de sueño perdidas, la falta de comida y la caída, Kevin estaba perfecto.

Guapísimo con aquella camiseta negra larga y los pantalones grises. Sus

ojos zafiro eran tan... impresionantes. Parecía ser capaz de mirar a través de ella, y estaba segura de que lo que veía no le gustaba.

Sus apetitosos labios se frunció.

—¡Es imposible que me esconda de ti! ¡Imposible! —gritó—. El destino parece estar determinado a que me encuentres siempre en mis peores condiciones.

Se iba a dar la vuelta e irse cuando Kevin la agarró del brazo y tiró de ella hacia él, envolviéndola con sus brazos y haciendo de su cuerpo una coraza.

—Deja de esconderte. Ya. —gruñó.

—¡Suéltame!

Forcejeó para huir de la atractiva y cálida barrera de sus brazos, pero le fue imposible.

Agotada, paró y apoyó la frente en su pecho.

Oh... ¡lo necesitaba tanto!

Kevin puso la barbilla sobre el tope de su cabeza y la besó.

—No sé cómo decirte que confíes en mí —murmuró.

Los sonidos que los rodeaban quedaron en un segundo plano. Taylor estaba triste, agotada, aliviada y relajada al sentir los latidos del corazón del marine.

—Era algo que quería esconder —

admitió.

—¿Tienes... problemas? —Su tono fue de lo más respetuoso y por ello se obligó a controlarse cuando tuvo la apremiante necesidad de huir otra vez.

—Sí.

Kevin suspiró.

—Sabes que te habría ayudado.

—No era eso lo que quería —
repuso, y cerró los ojos.

—Pero sí lo que necesitabas. —
Kevin le cogió la cabeza con ambas manos y la obligó a mirarlo—. Confía en mí por una vez, Taylor. Por favor.

¿Cómo mentirle cuando la estaba mirando de aquella forma? Como si no

existiesen barreras entre ellos y todo estuviese olvidado.

Miró sus labios y deseó besarlo. ¿La dejaría?

—Tengo deudas. Mi negocio de la moda... fue empeorando cada vez más y más hasta que no tuve clientes y fui lo suficientemente sincera conmigo misma como para saber que tenía que cerrar el local; ya hay otras empresas que ofrecen lo mismo con una mano de obra más barata. Desde ese momento, acumulé unas pequeñas deudas, aunque ya están pagadas... pero necesitaba encontrar trabajo.

—Y pensaste en la cafetería —

añadió.

Taylor se encogió de hombros.

—Vivo cerca de la avenida principal, siempre hay turistas y la comida es algo que no falla... no, teniendo a una modelo que te ayuda con la publicidad y a una amiga que cocina divinamente. Pero tuve que pedir un préstamo... y, aunque esté ganando medianamente bien con la cafetería, es insuficiente —admitió, odiando decir que había sido derrotada. Bajó la mirada a su torso—. Vi el anuncio en el que indicaban que necesitaban una camarera para el turno de noche... y fui a solicitar el puesto.

—¿Por qué no me pediste que te lo prestara? —Kevin parecía incrédulo, aunque intentando seguir la línea de sus explicaciones.

—Quería solucionarlo yo. Sola.

—No siempre vas a poder resolverlo todo tú, Taylor —intentó razonar.

—¡Lo sé! —gimió—. Pero no quiero que me veas como una perdedora, no quiero verme de esa forma, ¿no lo entiendes? ¡Y me siento como tal!

—No hay razón para ello, Taylor, todo el mundo necesita de vez en cuando que le echen una mano.

—¡No, yo no! Y... y la maldita

comida, y...

—Yo voy a ir contigo, te lo dije. Así que eso ya está solucionado. ¿Qué más te hace falta? ¿Te urge devolver algún crédito?

Taylor clavó sus ojos en él.

¿Por qué hacía tanto por ella? ¿Por qué la consolaba? Era tan perfecto con ella... tenía que haber alguna razón para ello.

—¿Por qué eres tan bueno conmigo?

Kevin sonrió, apareciendo un hoyuelo en la mejilla izquierda que lo hizo encantador.

—Me importas.

—¿Quieres follar?

Él rodó los ojos y, aunque intentó mostrarse contrariado, sonrió.

—Te deseo, Taylor. Eso es algo que ambos sabemos. Pero no, no lo hago para acostarme contigo.

—¿En serio?

Kevin estuvo a punto de reír por el desconfiado tono de su voz.

—Seguro. No cambies de tema. ¿Tienes que pagar algo ya?

—Yo... —Bajó la mirada. ¿Taylor bajando la mirada? Ella nunca había hecho algo así—. Sí.

—Te lo prestaré.

—¡No! —protestó enérgicamente.

—Y me lo devolverás cuando

puedas. No pasa nada, Taylor. Tengo dinero ahorrado. No me hace falta ahora.

Tranquilizarla no parecía funcionar.

—No puedo aceptarlo... te lo agradezco, pero...

—No digas tonterías. Me lo devolverás, no es un regalo.

—Uf, qué pena —bromeó.

—Ahora vamos a comer algo y...

—Tengo que volver al trabajo. —Lo miró fijamente y, agarrando su cara con las dos manos, posó sus labios sobre los de él—. Gracias —dijo sobre ellos—. Gracias por todo.

Kevin sintió cómo su corazón daba

un fuerte salto en su pecho ante la gratitud que mostraba.

—Tay...

—No sé por qué eres tan bueno conmigo...

—Porque me importas.

—... pero te lo agradezco... de corazón. —Sonrió con tristeza—. Eres demasiado bueno para una malhablada como yo.

—Me gustas —soltó. La besó otra vez—. Tal como eres.

Ella sonrió y negó con la cabeza.

—Vas a hacer que me sonroje.

—¿Tú? Eso es imposible.

Taylor emitió una risa temblorosa.

—Ya, bueno... Tengo que irme a trabajar.

—No, ahora nos vamos a ir a cenar. Te voy a dejar el dinero, no tienes por qué seguir en la hamburguesería. Comerás, dormirás y mañana será otro día.

Ella guardó silencio mientras se contemplaban mutuamente.

—Tengo que darle de comer a Salem.

—Iremos a ver a tu gato y luego vendrás a mi casa.

No pudo controlar la sorpresa que le supuso aquello. ¡Nunca había estado en su casa! Y, ¿para qué negarlo?, se sentía

estúpidamente feliz sabiendo que iría.

—Vale.

Kevin frunció el ceño.

—¿No vas a protestar ni a decir...?

—No hagas que me arrepienta —lo interrumpió colocando los dedos sobre su boca, y se maldijo al desearlo tanto —. Comeremos y follaremos.

—Y dormiremos —remarcó—.

Tienes que curarte esos rasguños.

Rodó los ojos.

—Vale... lo que tú digas. Si tus amigos se mosquean porque los has dejado tirados, no quiero saber nada, ¿eh?

Kevin rodeó sus hombros con su

poderoso brazo y emprendieron la marcha.

No debería reconfortarla... pero se sentía demasiado bien estando a su lado.

Capítulo 6

Taylor, sentada sobre el retrete del cuarto de baño de la casa de Kevin, intentaba que no se le cayese la baba al suelo cuando, cuidadosamente, él le quitaba los pantalones y, sentándose en el borde de la bañera, se ponía una de sus piernas encima y comenzaba a curarle los rasguños.

Sus ojos estaban fijos en las heridas, aplicándoles alcohol y limpiándolas. No parecía estar alterado por tener a una mujer casi desnuda a su lado.

Y aquello no le gustaba.

Ignorando los escozores, se aclaró la garganta y miró sus fuertes brazos, descubiertos tras remangarse la camiseta. Estaban cubiertos de un suave vello oscuro.

—Tienes una casa muy acogedora — soltó.

Kevin alzó las comisuras de los labios, pero no la miró.

—Gracias.

Genial, no funcionaba.

Tenía que probar con otra cosa.

Siseó cuando le tocó la rodilla. Él sonrió.

—Deja de quejarte tanto, pareces un bebé.

Taylor lo miró con la boca abierta. ¿De verdad acababa de decirle eso?

—No me he quejado.

—No paras de temblar y estás tensa.

—¿Y si no fuera por el alcohol en las heridas?

Dejó de curarle la rodilla y puso los codos sobre sus rodillas, prestándole toda su atención.

—¿Por qué iba a ser, si no?

Taylor se arqueó hacia atrás y sonrió

con picardía.

—Hace muchísimo que no nos acostamos. Quizá me estoy conteniendo para no saltarte encima y violarte.

La carcajada que emitió no supo si la sorprendió o la irritó. O ambas cosas.

—Oh, vamos. ¿Cómo me vas a violar si te saco dos cabezas y peso...?

—Tengo armas. Armas con las que no puedes competir. —Le guiñó un ojo—. ¿Quieres verlas?

—Cuando te cure las heridas y hayas cenado.

Su tono no admitía réplica.

Al terminar, Kevin le dio ropa suya y toallas para que se duchara. Cerró la

puerta tras haberle aclarado muy suavemente que no compartirían una ducha.

Taylor, que no se había mirado en el espejo hasta aquel momento, se preguntó si quizá su aspecto era demasiado horrible como para que él lo aguantara.

Miró su reflejo y contuvo una carcajada.

—Vaya pelos...

Totalmente desnuda, admitió que había adelgazado. Si de por sí ya tenía los pechos pequeños, tras la ligera pérdida de peso éstos parecían minúsculos.

Suspirando, se metió en la ducha y

disfrutó del agua caliente recorriéndole todo el cuerpo, relajando los entumecidos músculos y aclarándole las ideas. ¿Debería quizá haberle pedido ayuda a Kevin? ¿Comerse su orgullo por una vez y aceptar la ayuda de alguien?

Había tenido tan malas experiencias con los hombres que temía descubrir al hombre que Kevin era realmente.

No, no, estaba segura de conocerlo, y muy bien.

Terminó y se estiró perezosamente mientras se vestía con la ropa del marine. Una camiseta de manga larga que le quedaba enorme y un pantalón de chándal que la hacían verse...

ridículamente sexi.

Su pelo rubio estaba, por una vez desde hacía mucho tiempo, bien colocado y liso, mejorando un poco el aspecto de su cara. Se pasó una mano por el pelo corto y sonrió.

Sí, sin duda su aspecto había ganado, y mucho.

Fue hacia la cocina guiada por el olor de la comida mientras se fijaba en las fotografías y en la decoración.

Un sofá de color azul marino estaba en el centro del salón, mirando hacia una gran televisión de plasma puesta sobre un mueble de madera oscura. Había unos juguetes tirados por la alfombra, ésta en

tonos granates. Sonrió, pensando en la primera vez que vio a Jay.

En una estantería repleta de libros vio una foto de la que fue la esposa de Kevin.

Era una mujer muy guapa, totalmente diferente a Taylor.

Tenía el rostro en forma de corazón, presidido por unos oscuros ojos marrones rodeados de espesas pestañas también oscuras. Tenía una nariz delgada y recta, labios carnosos y un largo cabello negro, rizado.

Parecía española o italiana.

Abrazaba a Jay, que estaba en su regazo. Éstos, a su vez, estaban

rodeados por los fuertes y grandes brazos de un guapísimo y feliz Kevin, que miraba a la cámara luciendo una gran sonrisa que...

Sintió celos.

Deseaba... ¿deseaba ella aquello, formar parte de su vida?

Ver a Claire en una foto, saber que estaba muerta, le sentó como una patada en el estómago. Sentía mucha admiración por ella, tanto por morir defendiendo su país como por haber conseguido a un hombre como Kevin. Pondría la mano en el fuego a que era una mujer tierna pero con carácter.

Se preguntó qué habría visto Kevin

en ella.

Físicamente no tenía nada que ver a su difunta esposa.

—¿Taylor?

Saliendo de sus pensamientos, sacudió la cabeza y se giró.

—¿Ella es tu mujer?

—Sí, Claire. —Sonrió con tristeza al mirar la imagen—. Era increíble.

Taylor sonrió y miró de nuevo la imagen.

—Y muy guapa. Parece originaria de otro país.

—Su padre es mitad español mitad italiano; su madre, estadounidense.

—Ah —asintió—. ¿La sigues

echando mucho de menos?

—Han pasado casi cinco años — musitó y la miró con determinación. Taylor intentó con todas sus fuerzas no estremecerse—. Siempre la echaré de menos.

Pregunta tonta.

—Claro. —Se aclaró la garganta—. Me muero de hambre, ¿qué me has preparado?

Kevin sonrió y la dejó pasar. Entró detrás de ella en la cocina.

—Nada especial, he calentado dos pizzas.

—Me vale, me comería... —Lo miró de reojo con una sonrisa—. Te comería

hasta a ti. Oh, oh.. te has sonrojado.
¿Quieres que te devore, Kevin?

—Primero come, luego ya veremos
qué hacemos.

Kevin se agachó para sacar las dos pizzas del gran horno y Taylor aprovechó para disfrutar de las vistas.

—Demonios, Kevin, te quedan de maravilla esos vaqueros. ¿Todos los marines estáis tan buenos o tú y tus amigos sois la excepción?

Aguantó la risa cuando vio cómo le resbalaba una de las pizzas al extraerla del horno. La miró de reojo.

—¿Cómo?

—Dios mío, esos brazos fuertes,

altos, grandes... —Se apoyó en la encimera y apoyó la barbilla sobre una mano—. Es excitante.

Tras sacar las dos pizzas, la miró fijamente.

—¿Qué tramas? Sé clara.

—Quiero echar un polvo contigo.

Se mordió la lengua para no reírse al ver su mueca.

—Jesús, Taylor... ¿Puedes esperar al menos a comer algo? Tengo miedo de que te desintegres entre mis brazos.

Rodó los ojos.

—Está bien, dame de comer y luego... —Se acercó a él y pasó los dedos por su torso—... dame lo que

quiero.

Sus ojos azul zafiro se oscurecieron.
La deseaba.

Taylor lo captó cuando apretaba la mandíbula y se derritió.

—Comamos. —Kevin empezó a dividir la pizza en porciones.

Sonriendo, se puso a su espalda.

—Claro.

Taylor engulló una pizza entera bajo la sorprendida mirada del marine, y se bebió un vaso de agua para bajar la comida, que parecía haberse hecho una gran masa en su garganta. Tras recogerlo

todo ella, ya que era lo mínimo que podía hacer ante sus cuidados, se sentó en el sofá cómodamente.

Mientras Kevin veía la televisión, ella lo miraba, pensando en todos los pecaminosos actos que cometería con él.

Estaba recostado, con las piernas algo abiertas y los brazos en el respaldo. Era enorme, uno de esos estadounidenses que salían en las películas americanas y parecía que no existían en la realidad, con esos rasgos tan perfectos y siendo la masculinidad personalizada, un adonis.

Pues existían. Ella daba fe de ello.

Lo malo era capturar uno.

Taylor abrió un poco las piernas y captó un tic en su mejilla. Oh, oh... bueno...

Kevin estaba atento, no parecía tan indiferente como había intentado aparentar.

Él lo deseaba tanto como ella.

Se humedeció los labios y cogió aire con dificultad, sintiendo una suave presión entre los pechos. No tenía pinta de ser fácil seducirlo. Llevaba tanto tiempo sin acostarse con él que ahora no sabía cómo avanzar. ¿Qué había sucedido con su parte «descarada»? ¿La había abandonado ahora, cuando más la necesitaba?

Desvió la mirada hasta los pantalones. Tenía que excitarlo, porque, al menos desde aquella posición, no parecía estar erecto. Y aquello la decepcionaba por alguna extraña razón.

Se preguntó qué podía hacer con la ropa que llevaba puesta para parecer sexi.

—No llevo nada debajo de los pantalones —soltó bruscamente.

Kevin seguía sin mirarla, pero apretó los puños, crujéndose los dedos, y cogió aire. Oh... estaba tan tenso como la cuerda de un violín.

Taylor sonrió con picardía.

—Te dejé unos bóxers —gruñó.

—Ya, pero nunca llevo nada debajo, ¿para qué iba a hacer una excepción? — Esbozó una sonrisa—. ¿Quieres comprobarlo? Quizá te esté mintiendo.

—Te creo.

—Pues no deberías.

—Acabas de decir que no sueles llevar nada. —La miró.

—Pero puedo estar mintiendo.

—O quizá lo que quieres es que te coja u...

Taylor alzó una ceja y lo interrumpió para dar un sentido decadente a su frase.

—En todos los sentidos. Sí.

¿Se estaba sonrojando? Lo miró con adoración mientras él se pasaba una

mano por el pelo y apoyaba los codos sobre las rodillas, curvando la enorme espalda.

Parecía tan grande... Y lo deseaba para ella sola.

—No me has dejado terminar la frase.

—De todas formas, no ibas a decir nada interesante —musitó mirándose las uñas, que con anterioridad habían sido de un impecable color negro y que ahora estaban desconchadas—. ¿O ibas a decirme que me quitara la ropa y abriera las piernas?

Kevin sonrió y negó con la cabeza.

—No, admito que no iba a decir eso.

—Lástima.

Él la miró fijamente con el ceño fruncido.

—Deberías descansar, has estado trabajando sin parar y...

—Ahora mismo me apetece...

—... y me duele la cabeza. —Taylor se mordió la lengua. Ante eso no podía discutir.

¿Qué pensaba?, ¿que iba a violarlo?

Se ofendió y sintió cómo la sangre se agolpaba en sus mejillas. No pensaba proponerlo ni una vez más. Si Kevin no quería acostarse con ella fuera cual fuera el motivo, a ella le daba igual. Nunca suplicaba y con él no pensaba

empezar a hacerlo.

—Tienes razón. —Se levantó de un salto—. Me voy a dormir.

Por desgracia, debido a lo grandes que le quedaban los pantalones de Kevin, sus pies pisaron la tela y se enredaron en la zona de los tobillos.

Movió los brazos frenéticamente en un intento de agarrarse a algo, sin encontrarlo. Impactó contra la suave alfombra y soltó todo el aire que contenían sus pulmones. Maldijo en voz baja. Estuvo a punto de gemir al sentir dolor en las heridas curadas, pero en un último momento se mordió los labios.

Maldición...

Unos brazos la agarraron por las axilas y la levantaron. Kevin la cogió en brazos con intensa ternura mientras ella ponía los ojos en blanco.

—Cuando llegue el día en que no me veas hacer el ridículo, seré feliz.

Él soltó una carcajada mientras la llevaba a la habitación de invitados, pasando de largo la suya. Lástima, pensó ella. Había creído que aquella caída no intencionada podía haber tenido efectos en él... pero no. No más allá de su risa y la lástima.

Sentimientos que no encontraba divertidos.

—Eres muy graciosa. —Su aliento

daba en lo alto de su cabeza.

—Vaya... Podrías haber dicho sexi, guapa u otra jodida cosa, pero no. — Hizo un gesto dramático con la mano—. Graciosa, dice... hombres.

Sin contestar nada, la dejó sobre la cómoda cama. Taylor inspeccionó el cuarto con rapidez. Masculino. Simple. Cómodo. Abundaban los colores azules y los muebles marrones le daban un toque elegante. Miró el armario de varios cajones, donde encima había apoyado algún que otro objeto de decoración y trofeos, ¿quizá del instituto? Pensaba averiguarlo en cuanto se quedara sola.

Miró a Kevin.

—Adiós —canturreó, y se tapó con la corcha y le dio la espalda.

—Había pensado... —Taylor se tensó, a la espera de que continuara la frase—... que quizá... bueno... finalmente... ¿quieres que vaya contigo a la comida de tu familia o no?

Ella sonrió. Se dio la vuelta, con el brazo en la almohada, y se mordió el labio inferior.

—Pensé que vendrías dijera lo que dijese.

Taylor no tenía ni la menor idea de

lo mucho que lo tentaba tendida en aquella cama, mirándolo con picardía pero inocente, propio de ella. Su pálida piel contrastaba con las sábanas, de color oscuro, al igual que su corto pelo rubio sobre la almohada. Y sus ojos azules afilados, clavados en él, expectantes y asombrosamente bonitos...

Se movió incómodo al sentir cómo su miembro se hinchaba dentro de los pantalones y se removi6 inquieto sobre sus pies, deseando recolocárselo antes de que ella se percatase de ello.

—Bueno, no quiero que estés incómoda.

—Sí, Kevin, quiero que vengas

conmigo y mi hermana cierre la boca, ¿feliz?

Sonrió irónicamente.

—Si no hubieses dicho lo de tu hermana, habría quedado más... elegante.

—Tengo poco de elegante.

—Mentira —rebatí con rapidez—. Eres la mujer más elegante que conozco.

—Entonces tienes mala memoria. Te olvidas de Irina. —Hizo un gesto con la mano cuando quiso hablar—. Déjame dormir; buenas noches, comandante Jones.

Sonrió y negó con la cabeza, a la vez que cerraba la puerta con suavidad.

¿Comandante? ¡Demonios, no lo era!
Aunque sabía que lo hacía para picarlo.

Suspiró y se apoyó en la puerta. Una oportunidad que tenía de acostarse con Taylor, de enterrarse entre sus pálidos muslos y disfrutar de la calidez y humedad de su sexo y... ¡zas!, la echaba a perder. Ella se había insinuado y... ¿cómo había reaccionado él?, rechazándola. ¡Genial! Si Scott o alguno de sus amigos se enteraba, sería el hazmerreír de la Armada.

Pero, contrariamente a lo que podía pensar Tay, lo había hecho por ella. Al día siguiente no se encontraría cómodo consigo mismo si hubiese aprovechado

aquel momento de debilidad de Taylor.

Era una guerrera, pero incluso ella necesitaba a veces reposar de la enorme presión que ejercía el mundo sobre todos.

Miró la enorme erección que tenía.

—Demonios.

—Te oigo, Kevin; incluso puedo oír el engranaje de tus pensamientos, ¿me vas a dejar descansar o no?

Aguantando la risa, se aclaró la voz.

—Claro, disculpa.

Se fue al salón y vio la primera película que apareció.

Una muy buena noche desaprovechada...

Capítulo 7

—Vale, lo prometo, mañana mismo estaré allí con Kevin. —Se puso bizca, haciendo reír al susodicho, que estaba apoyado en el respaldo del sofá, luciendo impecable mientras la luz del sol del mediodía entraba por la ventana e incidía sobre él. Llevaba una camiseta azul marino remangada sobre sus

poderosos antebrazos. Era tan...—. ¿Qué? Sí... ¿Quieres dejar de preguntarme lo mismo? A las once estaremos allí. Te prometo que no habrá que retrasarlo más y... ¡A la mierda, paso!

Colgó y apoyó la barbilla en sus rodillas, abrazadas al pecho.

Kevin aguantó la risa, ¿cómo podía ser tan salvaje?

—Listo.

—Vale.

Se quedaron en silencio, mirándose fijamente hasta que algo cambió en la mirada de Taylor. Un brillo distinto apareció en ellos. Efímero... pero estaba

seguro de haberlo captado hacía apenas un par de segundos. Como si lo viese por primera vez... de verdad.

Abrió los labios, pero finalmente los cerró y negó con la cabeza.

—Tengo que ir a mi piso a ver si tengo ropa para mañana.

—Yo tengo que ir a por Jay; hablaré con sus abuelos para que se queden con él mañana —musitó sin poder apartar la mirada de ella, cuyas mejillas estaban saludablemente sonrosadas por el gran descanso.

Irina, quien solía ejercer de madre de Taylor, cuando ésta la llamó, aceptó abrir por ella la cafetería y ayudarla, no

sin antes echarle una pequeña bronca por su descuido con respecto al horario laboral que últimamente había adoptado. Ninguna de sus dos amigas sabían lo del segundo trabajo, sólo conocían ese secreto Kevin y los otros marines, quienes habían prometido no decir nada. Éste, durante toda la noche había intentado ponerse en la piel de Taylor, saber por qué no le había pedido ayuda a él.

Vale, quizá ante sus amigas habría quedado... mal. Fracaso. Pero, ¿ante él?

Era algo que todavía no conseguía entender y que había decidido intentar dejar a un lado.

Miró sus finos labios, de un tono rosa pálido que estaba consiguiendo hacerle perder la cabeza.

Deseaba tanto morderlos, lamerlos... Y aquellos dientes blancos y esplendorosos que brillaban como estrellas en un oscuro cielo.

Retiró la mirada y se pasó una mano por la cara.

Abrió los ojos al sentir a Taylor en sus piernas, sentada en su regazo y con los brazos alrededor de su cuello, tan cerca de él que podía captar el olor del dentífrico. Sentía su fresco aliento en los labios y su tacto quemaba, tan suave y liviano... Era tan pequeña comparada

con él que temía aplastarla.

—Me miras como si quisieras que te besase. —Sus labios dibujaron una sonrisa tierna.

Él la rodeó con los brazos, pero no dijo nada; esperó.

Taylor le cogió el rostro con ambas manos, algo frías, y lo acercó a ella. Pegó sus labios a los de él con suavidad y presionó.

Respondiéndole, Kevin apretó los puños para controlarse. Las ganas de acariciarla lo estaban devorando como enfurecidas llamas que deseasen arrasar con todo lo que hubiese a su paso. Deseaba tanto verla desnuda, acariciar

sus pechos y bajarle aquellos molestos pantalones... Y aquel inocente beso no estaba ayudando.

Sin poder contener más las ganas, le puso una mano en el cuello y profundizó el beso, acariciando con la lengua los lugares más recónditos de su boca mientras una extraña sensación le invadía el pecho, ahogándolo.

El comportamiento de ella, que solía ser extrovertido, esta vez era cauto. Respondía con las mismas ganas, pero su lengua sólo acariciaba la de él con suavidad, incitándolo. Luego se escondía, como si quisiese que fuera tras ella.

Lamió el labio inferior de Taylor y dio un suave tirón antes de mirarla a los ojos.

Brillaban oscurecidos por el deseo y... ¿qué más?

—Eso ha sido...

Taylor volvió a besarlo, esta vez con más fuerza, abriendo la boca sobre la de él en un embravecido impulso que impactó inmediatamente contra su polla. Una de sus manos bajó hasta su nuca para atraerlo hacia ella, acariciando el pelo negro del marine mientras la erección quedaba anidada entre los glúteos femeninos.

Ella se separó y lo miró fijamente.

Kevin contempló cómo se sonrojaba y retiraba la mirada tras humedecerse los labios.

—Vale, tengo que irme ya. ¿Me llevas a casa?

Una sensación de felicidad se extendió por su pecho. ¿Estaba Taylor sintiendo algo profundo por él? Apostaba lo que fuera a que sí. Aquel beso, más el brillo que transmitían sus ojos, no decían otra cosa.

Tragó saliva y se levantó cuando ella se incorporó.

—Claro.

Durante el trayecto, Taylor se dedicó a mirar por la ventana, o eso había

creído Kevin, excepto cuando la pilló observándolo y murmurando algo.

Al llegar en su casa, estacionó un momento y esperó.

Taylor se giró para mirarlo y se mordió el labio.

—Esto es increíble, pero... me siento tímida.

Aguantó la carcajada que estuvo a punto de soltar. Parecía una niña perdida que no sabía qué sentimientos estaban pasando por su corazón.

—¿A qué te refieres? —dijo mirándola a través de las gafas de sol.

—Quiero besarte...

—Entonces...

—Pero creo que te dejaré con las ganas para que, cuando me veas, me des uno de esos besos que me mojan las bragas. —Le guiñó un ojo y abrió la puerta del coche bajo la sorprendida mirada del marine—. Adiós.

Descendió y cerró, contoneándose y sonriendo mientras algún que otro hombre la miraba de reojo. Ella movió la mano sin girarse, en señal de despedida, y desapareció de su vista.

¡Jesús, aquella mujer era pura dinamita!

Un pitido del coche de atrás lo hizo maldecir.

—Así que os habéis perdonado... —

Grace estaba tumbada en su cama, boca abajo y con la cabeza apoyada entre las manos. Salem estaba a su lado, dormido mientras ronroneaba por alguna extraña razón. Llevaba una falda corta con medias y calcetines altos que le daban un aspecto juvenil—. Me alegro. Cuando os peleasteis, tendrías que haber visto su cara. Parecía como si le hubiesen clavado un cuchillo en el pecho.

Taylor la fulminó con la mirada.

—Con eso sólo consigues que me sienta peor.

—Oh... —Se mordió el labio inferior—. Perdona.

—Ya, claro... —Miró el reloj de la mesita de noche. Las nueve ya, ¿cómo podía haber pasado el tiempo tan rápido? Tras dejarla Kevin en casa, fue a la cafetería, la abrió y terminó la jornada a las seis de la tarde a pesar de las protestas de Ira y Andrea, quienes consideraban que no era suficiente tiempo.

Demonios, estaba de acuerdo, pero al día siguiente tenía la comida familiar y debía buscarse un vestido.

Y ya.

Al contrario de lo que había

pensado, se habían presentado bastantes clientes. Y ya no sólo por la presencia de Irina; aquello era un gran paso, sus habilidades culinarias estaban mejorando, aunque.., pensaba dejar la cocina y contratar a alguien a pesar de tener que bajar su nivel de vida.

—¿Tiene que ser vestido?

—Sí. —Volvió a centrarse en su armario, rebuscando.

—Humm... No es que haga frío, pero tampoco puedes ponerte uno de verano, ¿por qué no te compras uno nuevo?

Porque estaba al límite; su cuenta casi rozaba el cero, apenas tenía dinero para comprar comida y aquello era,

cuanto menos, patético.

—Paso.

—¿Y si te deajo uno?

Se giró hacia Grace y sonrió ampliamente.

—¿De verdad?

—Claro, tengo uno rosa...

Taylor puso los ojos en blanco y volvió a enfrascarse en buscar.

—No, déjalo. Paso.

—¿Por qué? —Grace comenzó a acariciar al gato, ganándose un ronroneo ronco—. El rosa...

—Porque mi hermana siempre lleva ese color, quiero algo distinto.

—Humm... ¿verde?

Lo pensó detenidamente... ¿Le quedaría bien el color verde?

—Da igual, encontraré algo. Algo que también me sirva para... echarle un polvo a Kevin...

Grace dio un salto en la calma, despertando al felino.

—¿Te lo piensas tirar!

—¡Por supuesto! —Sacó una falda negra plisada por encima de las rodillas con un pequeño cinturón color marrón ya puesto. La dejó sobre la cama y, con una sonrisa, buscó su camiseta de manga corta blanca de seda que se dejaba caer sobre uno de sus hombros. Iba a estar perfecta.

—Vaya... ¿No dijiste que te ibas a poner un vestido?

Pensó en los zapatos.

—Falda cuenta como vestido.

En ese momento llamaron al timbre. Puso los ojos en blanco, sabía perfectamente de quién se trataba. Ira y Andrea.

Dejando a Grace en la cama, fue al salón para abrir la puerta. Y ahí estaban sus dos mejores amigas. Andrea entrecerró los ojos y pasó directamente, mientras que Irina le dio un beso en la mejilla y cerró la puerta.

—Ya que nos tienes tan apartadas de tu vida —habló Andrea— y no quieres

saber nada de nosotras, hemos decidido sacártelo todo a tirones.

Taylor frunció el ceño.

—¿Eh?

Irina rodó los ojos. Se puso delante de ella y la agarró con suavidad de los hombros.

—Tay, somos tus mejores amigas, te queremos muchísimo y deberías saber, ya que parece que no lo haces, que puedes confiar en nosotras. —Hizo un gesto para que esperara antes de responder—. ¿Qué ha pasado con la comida familiar? ¿Has decidido no ir?

En ese momento cayó en la cuenta. Había dejado a sus dos amigas de lado...

pero no intencionadamente... al menos no del todo. Como toda persona, tenía asuntos que prefería guardarse para sí misma, sobre todo si eran fracasos.

Esperó unos segundos antes de contestar para barajar cuál sería la mejor respuesta.

—Es mañana... Y sí, Kevin viene. Le pedí disculpas... tras beberme casi una botella entera de...

—Tay... —la advirtió Andrea, sonriendo.

Se encogió de hombros y les hizo un gesto para que la acompañasen al cuarto, donde esperaba Grace pacientemente. Ésta les hizo un gesto

con la cabeza como forma de saludo sin dejar de acariciar al gato mientras movía las piernas en el aire, enseñando... la ropa interior.

Tay maldijo en voz baja.

—Grace, lo creas o no, somos tías a las que nos gustan las po...

—¡Taylor, por Dios! —Irina jadeó, haciendo reír a Andrea. Grace la miraba con curiosidad—. No hables de ese modo.

—... Y no tenemos necesidad de verte ese tanga rosa que llevas, ¿te enteras? Chicas, ¿qué os parece el conjunto? —Se lo apoyó en el cuerpo—. ¿Demasiado tímida?

Andrea se acercó.

—Es muy bonito, ¿a qué te refieres con *tímido*?

—Oh, ¿cuál fue la palabra que usaste? Quiere... insinuarse. —intervino Grace—. Con otras palabras, claro.

—Se agradece. —Ira la miró pícaramente—. Así que reconoces estar hasta los huesos por Kevin.

Haciéndose la indiferente, dio la espalda a sus amigas mientras sentía las mejillas arder. Empezó a revolver ropa por todos lados, negándose a aclarar sus sentimientos y parecer igual de patética que Andrea cuando se mencionaba a Scott.

—Bueno, ¿y si pedimos unas pizzas?

—¿Noche de chicas? —Andrea alzó

una ceja castaña.

—Oh, he dejado a Amy con la vecina, no puedo volver muy tarde... — musitó Ira con tristeza—.

Responsabilidades. Cenad vosotras, prometo unirme la próxima vez, Amy está... de un humor irritante últimamente.

—Yo le dije a Scott que tardaría un rato, así que puedo.

Ira se despidió de todas e hizo prometer a Taylor que la llamaría cuando terminase la comida familiar. Taylor encargó dos pizzas y se fueron al salón a poner algún canal de música

mientras esperaban a que llegase el pedido.

Andrea estaba sentada en el sillón de piel de vaca falsa que Taylor compró en una feria de Seattle años atrás, mientras que Grace se puso en el sofá con ella junto a su gato, que parecía haberle cogido un cariño especial.

Estuvieron hablando de banalidades hasta que llegaron las dos pizzas a manos de un adolescente que miraba a Andrea con adoración, sobre todo sus pechos. Taylor no lo culpaba. Era la que más tenía y encima naturales, bien colocados y no exagerados de esos que hacían parecer una muñeca de plástico.

Empezaron a comer cuando Grace tomó la palabra tras llevarse la cerveza a los labios y darle un buen trago.

—¿Creéis que tenemos a alguien predestinado?

Taylor frunció el ceño ante tal cursilería, mientras que Andrea suspiró y sonrió, pensando seguramente en su marine.

—Yo creo que sí.

—Pues yo creo que no —bufó—. Eso es una chorrada.

—¡No es ninguna tontería! —Andrea le tiró un cojín que impactó contra su cara—. Y tú más que nadie deberías saberlo.

Puso los ojos en blanco.

—¿Puede saberse por qué?

—Has encontrado a Kevin —señaló

Grace.

—Ya. —Soltó una carcajada—. Y, según vosotras, estábamos predestinados a encontrarnos.

—Sí —declaró Grace.

—Segurísimo —apoyó Andrea.

—Estáis equivocadas. —Cogió su cerveza y evitó sus miradas mientras un frío y desolador sentimiento se instalaba en su pecho—. Os recuerdo que Kevin estaba casado. Si ella no hubiese fallecido, nada de esto habría pasado.

Grace puso los ojos como platos.

—¿Estaba casado? ¡Demonios, no sabía nada!

Andrea ignoró el comentario anterior y la miró con tristeza.

—Es cierto que es muy triste que su mujer falleciera de misión, pero...

—No, déjalo. Es estúpido. Quizá exista para algunas personas, pero no es nuestro caso. ¿Podemos cambiar de tema? —Aquella situación era demasiado violenta para ella—. ¿Queréis oír algo? Siempre quise operarme los pechos. Ya sabéis, quería dejar de parecer una maldita tabla de planchar.

Grace se rio tan fuerte que despertó

a Salem.

—Te entiendo, yo me sentía igual, sólo que le puse remedio al asunto... cuando tuve el accidente. Eso sí, admito que, si no hubiese pasado nada, me habría dejado tal y como estaba.

Tay la miró con curiosidad.

—¿Qué pasó en ese accidente?

—No pienso contarlo —declaró Grace cogiendo su cerveza—. Es personal. ¿Sabes, Taylor? No deberías operarte.

—Oh, no, no. Ya no me importa tanto. —Miró a su amiga española—. Oh, bueno, no me importaría tanto si, cuando estamos en biquini, soy la única

que hace el ridículo.

—No todo son ventajas; para hacer deporte es bastante incómodo. Aunque... admito que agradezco la herencia de mi madre.

La rubia, llena y sin poder comerse otro trozo de pizza más, cerró los ojos.

—Humm... me está entrando sueño.

—Cualquiera lo diría, habiendo abierto Ira la cafetería en tu lugar, porque has llegado dos horas tarde, y cerrando tan pronto, apenas eran las seis de la tarde.

Taylor estuvo a punto de replicar, pero recordó que ninguna de ellas sabía que había estado haciendo turnos extra

para sacar su vida del enorme agujero negro en el que estaba a punto de entrar.

—Quizá sólo desee irme a dormir para no tener que escucharos más — bromeó.

—Es bastante tarde, la verdad. Tengo que irme ya, antes de que se haga más de noche. —Andrea se asomó por la ventana.

—Ya está todo condenadamente oscuro, llama a Scott para que venga a por ti.

—No, he traído coche. —Le guiñó un ojo a Tay.

Tras despedirse de ambas, Andrea se fue y se quedaron Grace y Taylor

solas. Esta última miro a Grace con una ceja alzada.

—Últimamente parece que vivas en mi casa, ¿eh? Quizá deba cobrarte un minialquiler.

Ella se rio y se levantó del sofá perezosamente, estirándose e intentando despertar todos sus miembros, que parecían haberse sumido en un profundo sueño.

—Me voy ya; cualquier cosa, me llamas. —Se inclinó y posó un beso en la pálida mejilla de Tay—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Taylor terminó de recoger toda la

casa cuando se quedó sola, sonriendo por cómo parecían estar cambiando las cosas. Sin poder evitarlo, pensó en las palabras de Andrea. ¿Y si fuese verdad y Kevin y ella estuviesen predestinados? ¿Acaso existía algo así?

Bufó y negó con la cabeza mientras se dirigía al baño.

—Deja de pensar esas estupideces. Tú sabes cuál es la verdad.

Si la mujer de Kevin siguiese con vida, seguramente él ni se habría fijado en ella, como mucho le habría soltado un seco saludo. Claire era demasiado guapa y parecía demasiado simpática como para que su hombre dirigiese su

atención a otra fémína.

Y encima con un hijo en común.

Esa idea tan perfecta y fantasiosa de que estaban predestinados cada vez se alejaba más y más de ella, y ser consciente de ello le provocaba un extraño sentimiento de opresión que le impedía respirar con normalidad.

Deseaba tantas cosas en su vida y a la vez no sabía lo que quería... Sólo estaba segura de una cosa: necesitaba a Kevin, de una forma u otra, formando parte de su día a día. Le chiflaba ver sus sonrisas, sentir sus enormes brazos abrazándola y su gran cuerpo rodeándola. Le encantaba oírle hablar,

siempre intentando aparentar estar serio pero a la vez dejando ver una sonrisa.

Y sus ojos.

Amaba sus ojos, como zafiros relucientes, ¿de quién los habría heredado?

Y en ese momento se dio cuenta de que no sabía nada de él. Nada excepto de su hijo y de su mujer. Negó con la cabeza y se limpió los dientes. Si no sabía nada de Kevin era porque nunca le había preguntado, porque había estado empeñada en no sentir nada por aquel marine para...

Para que no volvieran a lastimarla.

Se enjuagó la boca y clavó la mirada

en el reflejo del espejo.

Siempre había pensado que lo había superado, que había superado su etapa con Dean, que no le importaba todo lo relacionado con su familia ni con su exnovio, pero, hasta ese momento, no había pasado página. No realmente.

Taylor no se había diferenciado mucho del resto de chicas del instituto. Quizá era más extravagante, más alocada... pero siempre había querido tener a alguien a su lado, y no lo había encontrado. Estaba dándose cuenta de que Dean apenas había formado parte de su vida; ambos habían estado demasiado ocupados con sus respectivos trabajos,

utilizándose mutuamente.

Tenía la oportunidad de cambiarlo todo, fuese o no junto a Kevin.

Suspiró y se miró.

Su pelo rubio claro y liso parecía sano, más brillante por el descanso. Su piel ya no presentaba ese tono grisáceo que parecía otorgarle un aspecto vampírico que muy pocos considerarían atractivo.

Se cepilló el corto pelo y se fue a la cama, tras apagar todas las luces. Apoyó la cabeza en la almohada y pensó en el agotador día que le esperaba mañana. ¿Estaba preparada para hacer aquel teatro y hacer pasar a Kevin por su

pareja? ¡No sabía cómo actuar!

Cerrando los ojos, se dejó envolver por el sonido hueco de las tuberías viejas y el del exterior.

Capítulo 8

Hacía una mañana magnífica cuando Taylor se asomó por la ventana de su habitación. El cielo estaba completamente despejado y, a pesar de no estar en verano, soplaba una suave brisa cálida que había echado a todo el mundo a la calle para disfrutar de un fantástico día.

Dejó a su gato durmiendo en la mullida cama y se preparó un rápido desayuno. Diez minutos antes, Kevin le había mandado un mensaje diciendo que iría a por ella en coche y desde allí a casa de sus padres.

No debería estar nerviosa... pero cada parte de su cuerpo temblaba.

Tras ducharse, comenzó a vestirse con rapidez, ya que Kevin estaría allí en menos de una hora.

Se secó el pelo con el secador y se lo alisó lo mejor que pudo; le caía suavemente hasta el cuello como seda dorada. Se maquilló y se puso la ropa que había elegido el día anterior, y miró

el reloj del móvil.

Diez minutos.

Le quedaban justo diez minutos.

Poniéndose delante del espejo de cuerpo entero de su habitación, repasó detenidamente su atuendo. El maquillaje, que constaba de sombra de ojos gris y lápiz negro, hacía sus ojos más grandes y bonitos. Por otra parte, el colorete daba vida a su pálida piel y los labios, bastante finos, lucían más rellenos con aquel tono pastel.

Vale, el maquillaje pasaba la prueba.

Su pelo también.

Miró rápidamente su conjunto de ropa. Nada de manchas, todo bien

colocado y botones abrochados. El sujetador no se transparentaba por el color carne que había escogido.

Se oyó la bocina de un coche.

Cogió su bolso con rapidez, dejó suficiente comida a Salem y salió de su apartamento presurosamente.

Y allí estaba Kevin, con sus gafas de sol, apoyado en la puerta del copiloto cruzado de brazos mientras las mujeres que pasaban lo miraban embobadas, dándose la vuelta.

A Taylor no le extrañaba.

Con aquella camisa celeste remangada en los fuertes antebrazos y con los botones desabrochados en el

cuello, se veía impecable, sobre todo por la anchura de sus musculosos hombros. Llevaba unos pantalones chinos de color crema que resaltaban lo alto que era.

Y, aunque ninguna de esas mujeres lo supiera, Taylor sabía que lo que escondían aquellas gafas eran unos preciosos ojos zafiro.

Tragó saliva y alzó la cabeza hasta estar a su lado, sintiendo su cercanía y quemándole las ansias que tenía de tocarlo.

La miró de arriba abajo, deteniéndose en sus ojos, boca y piernas.

—Estás preciosa —murmuró con voz ronca.

Oh, él sí que estaba precioso.

Colocó las manos sobre sus brazos y apretó, sintiendo sus músculos cálidos en las palmas de las manos.

—No estás nada mal... Pareces alguien decente, después de todo.

Kevin alzó una ceja negra y la cogió con rapidez de la cintura, pegándola a su cuerpo. Sus pechos estaban aplastados contra su torso y sus piernas entre las de él, por lo que sintió su erección en el estómago. Tensa, grande.

Abrió los ojos por completo.

—Vaya...

—Esa falda que llevas me la pone dura —Sus manos bajaron hasta su trasero y la apretó contra su erección.

Mordiéndose los labios, puso las manos en su pecho y reunió todas sus fuerzas para poder separarse de él.

—Te... tenemos que ir a casa de mis padres —¿Por qué hablaba como Andrea cuando Scott estaba cerca? ¡Ella no estaba enamorada de Kevin, ni mucho menos! Únicamente la sangre le había abandonado la cabeza.

Kevin se agachó y plantó un casto beso en su boca entreabierta.

—Vamos, sube. —Una nalgada acompañó la orden.

Asintiendo, se montó en el Mercedes y sonrió en señal de agradecimiento cuando le cerró la puerta.

Vaya, qué educado... era todo un tesoro.

Durante los siguientes veinte minutos estuvo indicándole dónde vivían sus padres, en una buena calle con grandes casas de inmensos jardines. No es que sus padres fueran famosos ni ricos, para nada. Las herencias que les habían dejado a ambos por ser hijos únicos habían sido generosas, por lo que ambos habían invertido el capital en reformar su casa.

Su padre, Sam, era un arquitecto de

sesenta años que se negaba a aceptar que había perdido la mitad del pelo y que su cuerpo no era el mismo que a los veinte.

Algo parecido sucedía con su madre.

Sue mentía muy a menudo sobre su edad; para ser sinceros, se quitaba diez años. Quizá las numerosas operaciones a las que se había prestado ayudaban a que la mayoría de las personas se lo creyesen. Había trabajado como abogada en un bufete de San Francisco hasta que conoció a su padre y se mudó a Nueva York.

A pesar de ser pelirroja, se teñía continuamente de morena porque decía

parecer aún más joven, todo eso tras taparse todas las pecas que tenía, por supuesto. Gracias a ella, había heredado su escaso pecho, aunque tras una operación de aumento de mama nadie lo diría.

Oh, sí.

Su familia era una locura. Debía avisar a Kevin.

Se giró en el asiento del copiloto para mirarlo y suspiró mientras la canción *XO* de Beyoncé[3] sonaba por los altavoces.

—Eh... Kevin, debería avisarte de que mi familia es... bastante extraña.

Él la miró de reojo, con una mano en

el volante y otra apoyada en la parte inferior de la ventana abierta del coche.

—¿A qué te refieres, cielo?

¡La acaba de llamar *cielo*! Por todos los santos... Se iba a derretir; es más, tenía unas estúpidas ganas de ronronear como su gato como cuando Grace lo acariciaba.

—Pues verás, mi madre se niega a aceptar que ya tiene sesenta años y suele decir que acaba de cumplir los cincuenta. —Kevin sonrió y negó con la cabeza. Ella prosiguió—. Mi padre se pone un ridículo peluquín porque se está quedando calvo y... ¡qué demonios!, está calvo. Son... se creen los mejores de

Estados Unidos, así que te recomiendo hacer oídos sordos a sus palabras.

—Vaya...

—Yo no he elegido a mi familia —protestó—. Aún recuerdo cuando me pillaron liándome con un jugador de fútbol del instituto en los baños y...

Kevin soltó una carcajada.

—Eres horrible.

—¡Me castigaron dos meses! ¡Dos malditos meses! ¿Qué se creían? Ashley siempre ha sido peor. Está más salida que el pico de una mesa y...

—Tay, es tu hermana. —A pesar de reprenderla, sus labios estaban curvados hacia arriba.

—¿Y qué? Me quitó a mi novio y...

Cerró los ojos cuando aquellas palabras resentidas abandonaron sus labios. ¡Maldita sea! No se podía estar callada.

Sentía la fría mirada de Kevin sobre ella, pero se negaba a mirarlo, por lo que se cruzó de brazos.

—¿Cómo?

Ya no podía dar marcha atrás, no si quería que hubiese un buen ambiente entre ellos durante la comida familiar. ¿Qué sensación darían, si no? La de una pareja tensa cuyo novio le había hecho el favor de acceder a una estúpida comida para salvaguardar su orgullo,

que era demasiado grande para un cuerpo tan pequeño como el suyo.

—Todo esto es confidencial, ¿de acuerdo?

—Totalmente —asintió.

—Y luego tú me tendrás que responder a tres preguntas.

El enorme cuerpo del marine se tensó.

—¿Por qué tres?

—Porque tú sabes tres cosas gordas de mí: lo del doble trabajo, lo de que estoy sin blanca y ahora lo de mi novio.

—Exnovio —remarcó secamente.

—Como sea. ¿Trato hecho?

Kevin la miró y maldijo en voz baja,

haciéndola reír.

—Joder, de acuerdo.

—Vale, pues Dean fue mi novio y fuimos pareja durante bastante años. Yo trabajaba en un cáterin y lo conocí una de las muchas noches que tenía que pasar allí metida currando hasta las tantas. —Se echó para atrás el flequillo, cansada de que se le metiese en los ojos.

—Siempre has sido una chica trabajadora —dijo con orgullo.

Aquello la infló como un globo, feliz de que alguien se sintiese orgulloso de sus logros, por muy cutres que fueran.

Lo miró con una enorme sonrisa, sin ser consciente de lo que provocaba en

él. Sintió un nudo en la garganta.

—Gracias. Eso que has dicho es muy bonito. —Sacudió la cabeza—. En fin, de un día para otro, me dejó. Al cabo de poco fui a casa de mis padres y me lo encontré allí. Al principio... me ilusioné pensando que... —Se sonrojó y evitó su mirada, sabiendo que lo que iba a decir no era propio de ella—. Pensé que me iba a pedir matrimonio o una de esas chorradas.

La compasión que vio en sus ojos la hizo saltar.

—¡No me mires con esa cara! —Lo señaló con el dedo—. ¡O no te cuento nada más!

—Está bien, está bien. Lo siento. —
Cogió aire—. Pero quiero que sepas que
no te considero... ñoña por querer
casarte.

—Quería —enfaticó.

—¿Ya no quieres?

—No creo que vaya a casarme
nunca, la verdad. —Miró por la ventana
—. En fin, que allí mismo me enteré de
que eran novios, él y mi hermana. No
quise preguntar desde cuándo; estaba
segura de que me había engañado con
ella. Así que sonreí y les di la
enhorabuena, tragándome mi orgullo y
demostrando que me importaban una
mierda.

Taylor se sobresaltó cuando sintió la gran mano de Kevin en su rodilla.

—Muy lista.

—Me gusta pensar que lo soy. Para terminar, digamos que desde ese momento no he tenido ninguna relación seria. —Lo miró con atención—. Excepto tú; me estás durando demasiado.

Kevin se rio, haciendo que su pecho vibrase.

—Vaya, me siento halagado. Gracias.

—Si no fueras tan guapo y tan bueno en la cama, quizá te habría dejado —bromeó—. Vale, ya sabes mi vida, o al

menos lo más importante. ¿Puedo empezar a acribillarte con mis preguntas?

—Tres. —Dio una vuelta a una rotonda donde una gran fuente refrescaba el caldeado ambiente. Algunas gotitas cayeron dentro—. Si no da tiempo, seguiremos cuando termine la comida.

—Humm... me parece bien.

—Me imagino que me vas a preguntar sobre mi mujer.

Taylor no supo el porqué, pero le ardió como el mismo infierno que dijese «mi mujer». Aunque lo era, pues ellos no se habían divorciado. Claire había

fallecido en una misión, y pensaba preguntarle de todo.

—Una de las preguntas va sobre ella, sí —dijo distraídamente.

—¿Y las demás?

—¿Para qué quieres saberlas? ¿Quieres prepararte mentalmente? Pues lo siento, pero no. A mí me has pillado desprevenida, así que tú tendrás el mismo trato.

Kevin sonrió de esa forma tan sensual que conseguía entumecerla. Le gustaba tanto aquella perilla cuidada que llevaba que estaba por estirar un brazo y acariciarla.

—Te queda genial esa camiseta y

esos pantalones. Vas muy guapo. —Le palmeó el muslo, sorprendiéndose por su dureza—. Oye, qué duro tienes el muslo. Los marines tenéis que mataros a hacer ejercicio, ¿no? La mayoría de vosotros estáis demasiado sexis para vuestro bien.

—Eres una descarada. ¿Es ésa la casa de tus padres?

Taylor miró hacia donde él señalaba y la vio. Grande, blanca, de tejado negro de piedra y enormes jardines que parecían ser una imitación de los jardines de la Casa Blanca, o al menos eso habían intentado sus progenitores.

—Ésa es.

—Vaya...

—No te dejes engañar —murmuró mirando aquella casa con desagrado, recordando su infancia... con no mucha felicidad—. Es de herencia. No tienen tanto dinero. Tienen perros sueltos, se creen que sus jardines son dos malditos ZOOS O...

—Tranquila —susurró con la mano en su muslo desnudo. La falda se le había subido. Retiró la mirada de la mano y la subió hasta sus ojos. Estaba apenas a unos centímetros de sus labios, sentía su aliento en la boca. Menta. Olía a menta—. Lo haremos juntos.

Humedeciéndose los labios, miró

los labios del marino.

—¿Sólo haremos esto juntos?

Él esbozó una socarrona sonrisa.

—Ya veremos.

—¿Por qué demonios no te quieres acostar conmigo? Ya lo hemos hecho más de cinco veces desde que nos conocimos —gruñó—. Ya estoy...

Kevin se adelantó y tomó su boca con un beso posesivo y furioso que la hizo ronronear de placer y encoger los dedos de los pies.

Llevó inevitablemente las manos a su pelo negro y tiró de él, respondiéndole al beso con pasión mientras sentía el deseo recorriéndole

todo el cuerpo, desde las erizadas cimas de sus pezones hasta su sexo, que ardía contra la ropa interior que llevaba. Su clítoris latía con fuerza, haciéndola gemir e intentar conseguir más de él.

Su lengua acarició la suya cuando se separó con rapidez y apoyó la frente sobre la de ella. Tenía la respiración entrecortada.

—Demonios, Taylor.

—Vaya... has conseguido que arda —Su voz era ronca, demasiado ronca para entrar en casa de sus padres como si no hubiese pasado nada—. Besas muy bien.

—Tú también, cariño. Te he dejado

los labios rojos.

—Puedes déjame los labios rojos siempre que me interrumpas de esa forma.

Capítulo 9

—¡Oh, Lauren! ¡Qué agradable sorpresa!

Taylor puso los ojos en blanco mientras su madre la abrazaba sin tocarla apenas y daba dos besos al aire... en vez de a sus mejillas. Sus ojos, verdes como los de su hermana, estaban clavados en Kevin con sorpresa e

interés. Su padre no los recibió, ¿dónde estaría?

—Es Taylor, madre.

—Oh, nunca he entendido por qué te cambiaste de nombre —comentó frunciendo los carnosos labios.

Miró con una ceja alzada el moño de su madre, impecable y que debía de costar una barbaridad hacer. Llevaba una camiseta de seda blanca y una estrecha falda de tubo hasta las rodillas.

—Porque Lauren es horrible; además, la chica que me pegaba de pequeña se llamaba así. —Sintió la mano de Kevin en la parte baja de la espalda, acariciándola con perezosos

círculos que lograron tranquilizarla—. Madre, te presento a mi pareja, Kevin Jones.

—He oído hablar mucho de ti, Kevin. —Su madre dio dos besos al aire cerca de sus mejillas y se separó con una sonrisa—. Me llamo Sue Lanson, pero puedes llamarme Sue.

—Encantado —asintió seriamente.

—Lauren...

—Taylor —remarcó secamente Tay todavía en la puerta principal—. Madre, ¿te importa que entremos?

—Oh, claro, por supuesto. Pasad.

Al entrar en la gran casa, Taylor, acostumbrada a los lujos que ésta tenía,

dejó que Kevin se deleitase con los muebles blancos, el gran espejo del recibidor, las alfombras del salón y las lámparas de araña junto con aquellos ostentosos cuadros y algunas plantas que daban frescura a las estancias.

Siguieron a su madre hasta el patio a través de una puerta del salón con enormes cristales que dejaban ver un enorme jardín verde, una pequeña fuente y dos mesas repletas de comida, minúsculos canapés cuyos sabores serían a cada cual peor.

Kevin la agarró de la mano cuando su cuerpo se tensó al levantar la mirada.

Allí estaba su hermana, junto a su

novio y su padre.

Maldición.

Pensaba que estaba lista para enfrentarse a los fríos ojos de su hermana, pero no. Y, a pesar de ello, se negaba a que los demás viesen lo mucho que le afectaba que sus padres apoyasen y quisieran más a Ashley. Desde que eran pequeñas, sus progenitores habían dejado clara su predilección por ella. Taylor podía llegar a entender que unos padres sintiesen más simpatía por un hijo, la verdad, pero los suyos habían cruzado una línea que difícilmente podía olvidar.

Salieron al patio y entrecerró los

ojos cuando el sol incidió sobre sus sensibles ojos.

—Taylor, qué alegría verte —
intervino su padre.

—Os presento a Kevin Jones, mi pareja. —Se saltó las presentaciones.

—Encantado, Kevin, soy Sam.

—Encantado, señor. —Apretó su mano con demasiada fuerza, haciendo que la retirase con rapidez—. Disculpe.

—Vaya, qué fuerza tienes —señaló Ashley achicando los ojos.

—Es marine —aclaró Taylor envolviendo su cintura con los brazos y apoyando la cabeza en su pecho.

—¿De verdad? —Su padre parecía

sorprendido—. Bueno, eres muy alto y... musculoso. Debería haberlo supuesto.

—¿Y cómo os conocisteis? —
inquirió su madre colgándose del brazo de su marido y cogiendo una copa de champán—. Por cierto, ¿qué quieres beber?

—Una cerveza, gracias. ¿Taylor? —
La miró.

—Lo mismo.

—Dos, entonces.

Su madre asintió e hizo un gesto a una camarera para que fuera a la cocina.

—Andrea está con Scott, que es marine. —Taylor miró a Dean al sentir su intensa mirada sobre ella. Un

escalofrío le recorrió la espalda—. Kevin es un compañero, trabajan en la misma unidad.

—Eso es impresionante —murmuró su padre.

—¿Cuándo vuelves de misión? —preguntó su hermana llevándose a los labios su copa.

Taylor lo miró con pánico. Sintió como si acabasen de tirarle un cubo de agua fría.

Había estado tan pendiente de sí misma y de su negocio que no había contemplado la posibilidad de no verlo durante meses. Se llevó una mano al pecho y torció el gesto. ¿Por qué le

dolía tanto el corazón? ¿Por qué tenía ganas de irse de allí con él y atarlo a su cama para que no pudiese irse nunca de su lado?

—Dos semanas, seguramente.

¡Oh, Dios mío...! Seguro que tendría la voz entrecortada, así que no dijo nada.

—Espero que todo vaya bien.

—Para mí es un honor servir a mi país. —Nunca había oído ese tono en Kevin. Fuerte, serio y sin un ápice de inseguridad. Lo miró y vio el orgullo en sus hermosos ojos zafiro.

Su madre se aclaró la garganta cuando la camarera les dio las cervezas

y sonrió.

—Comed, chicos. Son unos exquisitos canapés, por si no os habíais dado cuenta...

Mientras su madre explicaba los distintos tipos de canapés, Taylor dio un buen trago a su bebida, intentando controlar los incesantes latidos de su desbocado corazón. Luego Sue se excusó un momento y se dirigió al interior.

—¿No piensas que estos canapés son ridículos? Tienes que comerte al menos veinte para sentir el sabor.

—Y seguramente estarán horribles —murmuró Kevin con diversión.

Taylor lo miró a los ojos y sonrió ampliamente.

—Me voy a tener que casar contigo —bromeó.

—¿Puedo comprar entonces el anillo? —Él depositó un suave beso en su cuello.

Iba a replicar cuando su madre volvió, colocándose bajo una de las grandes sombrillas blancas del jardín.

—Bueno, Lauren...

—Taylor, madre, es Taylor.

Su paciencia estaba a punto de agotarse y tenía a mano tantas cosas que podía utilizar para lanzárselas...

—Tu hermana nos ha dicho que has

abierto un negocio. —Maldición, sabía que aquello llegaría, pero ¿tan pronto? —. ¿Por qué no nos comentaste nada?

Se llevó el botellín de cerveza a los labios y miró a lo lejos antes de encarar aquel tema y cerrarlo para siempre. O al menos eso esperaba.

—Todo ha sido muy precipitado; estaba cansada de llevarme horas y horas dibujando diseños sobre un cuaderno y no sacarle todo el provecho, así que pedí consejo a mi pareja y él me dio la idea de abrir otro negocio, ya que me conoce lo suficiente como para saber que soy incapaz de estar bajo las órdenes de nadie y hacerlo habría sido

un completo error.

Cogió aire.

Santo Dios, le había salido increíblemente creíble.

Sonrió sin poder evitarlo y alzó la cabeza. Kevin no tardó en besarla con suavidad.

Oh, qué labios... Se obligó a abrir los ojos y parpadear.

—Parece que te ha tocado la lotería
—intervino su hermana.

—Me ha tocado.

Miró a Kevin con el ceño fruncido mientras un millón de mariposas revoloteaban por su estómago. ¿Qué le estaba pasando? Ni siquiera con Dean

había sentido esa presión que ahora mismo amenazaba con dejarla sin aire en los pulmones.

Sacudió la cabeza y dejó a un lado esos sentimientos, aunque sin separarse del cuerpo del marine.

—Bueno... ¿qué tal todo, Ashley?

Durante el siguiente par de horas, Taylor agradeció internamente que Kevin aguantase todas las preguntas de su familia, aunque ninguna tocó el tema de su hijo. Como no lo sabían, Kevin estuvo relajado.

Dean se comportaba educadamente; quizá soltaba algún que otro comentario para hacerse notar, aunque eran más bien

escasos.

Su madre los llevó al comedor, donde Taylor estuvo enfrente de Dean y al lado de Kevin. Por otra parte, Ashley estaba delante de Kevin y sus padres, cada uno en un extremo de la mesa.

Cuando su madre se negó a servirle otra cerveza a pesar de que Kevin era quien debía conducir, se pidió un zumo y esperó pacientemente la comida, deseando acabar ya con aquella falsa.

—¿Tenéis planes de futuro?

Taylor estuvo a punto de maldecir por las continuas preguntas de su hermana.

—¿Planes de futuro?

—Sí, Dean y yo vivimos juntos. —
Hizo un mohín con los labios—. Aunque
vosotros no lleváis mucho tiempo juntos,
¿no?

Se hartó y no pudo controlar las
palabras que salieron disparadas de su
boca.

—Oh, bueno, dormimos juntos
cuando follamos y me deja las piernas
tan endebles que no puedo levantarme
de la cama. —Achicó los ojos—.
¿Sabes lo que es eso, querida hermana?
—Su madre soltó un jadeo—. Apuesto a
que no.

—¡Lauren!

—¡Es Taylor, maldita sea! —

exclamó levantándose. Ignoró todas las miradas y cogió aire—. Voy al baño.

—Tienes que disculparte antes de levantarte y...

Fue hacia el baño sin esperar un segundo más y de un portazo se aisló del resto del mundo.

Genial, no sólo había revelado lo genial que era Kevin en la cama, sino que ahora era el hazmerreír de su familia.

Se sentó en la tapa del retrete y se puso las manos sobre las mejillas. Estaban ardiendo, lo que era normal tras el pequeño espectáculo que había dado.

—Vale, Taylor, tienes que poner en

orden tus pensamientos antes de que te vuelvas loca. —Suspiró profundamente—. Bien...

En primer lugar, tenía que admitir que sentía algo por Kevin. Algo. No sabía qué era, pero no lo describiría como... ordinario o casual, sino como especial, fuerte y ardiente. Su corazón daba brincos cada vez que lo tenía delante o lo sentía a su alrededor, ya fuese a través de su olor o por la calidez que desprendía su cuerpo.

Y saber que tenía una misión... ¿Por qué él no le había dicho nada? ¿No se suponía que tenían algo? Oh... quizá la había visto tan apurada que no le había

dicho nada para no enloquecerla. Dios, sabía la cantidad de problemas que tenía encima.

Necesitaba dejar de comerse la cabeza con estupideces y centrarse.

Y ya.

¿Cómo iba a volver a la mesa tras lo que había dicho?

En ese momento la puerta del baño se abrió y Taylor se preparó para soltarle una grosería a la persona que estuviese tras ella, pero se contuvo al ver la gran altura de Kevin y su pelo negro.

La cerró tras él y clavó sus ojos en ella. Los enormes brazos estaban

cruzados por delante, y esperó.

—Oh, joder, lo sé, he metido la pata.

—Se levantó y se colocó a una distancia prudencial de su cuerpo—. Lo siento.

—Lo estás haciendo mucho mejor de lo que había supuesto en un principio.

Taylor no pudo ocultar su sorpresa.

—Oh, ¿en serio?

—Humm... —asintió y la envolvió con sus brazos. Ella alzó la barbilla para poder seguir el recorrido de sus ojos y el fuego que había en ellos—. Dime que queda poco para irnos de esta casa.

—Demasiado insoportables incluso para ti, ¿verdad? —Soltó una amarga

carcajada—. Bienvenido a mi familia.

—No te pareces en nada a ellos, cielo. —Depositó un casto beso en sus labios.

A pesar de saberlo, sus palabras la reconfortaron, llenándola de seguridad.

—Terminemos la dichosa comida y vayámonos.

Tras volver, ninguno de los miembros de su familia volvió a sacar el tema de su inoportuno comentario, lo que agradeció en silencio.

Seguramente no lo habían hecho por ella, no, sino por el miedo a qué diría de vuelta. Taylor, desde que había aprendido a hablar, nunca había

controlado sus palabras y era algo que le había ocasionado múltiples problemas.

Allí se encontraba en uno.

Tras comer el primer plato, una carne en salsa bastante buena, se presentó como voluntaria para ir a la cocina a por las gafas de ver de su padre, quien ya no soportaba las lentillas.

Las encontró encima de una de las grandes encimeras de cerámica de la cocina. El estuche era de piel marrón y suave. Lo cogió con una de las manos y fue a buscar un refresco para Kevin. Había terminado su última bebida y

como «supuesta» novia tenía que aparentar estar pendiente de él.

Porque eso era, ¿verdad? Ella no había estado observándolo durante toda la comida ni atenta por si quería más carne... ¿o sí?

Suspiró y cogió una lata de Coca-Cola cuando chocó contra alguien.

Frunció el ceño al ver a Dean.

—Disculpa, Taylor.

—Dean, ¿qué haces aquí?

Su exnovio se pasó una mano por el corto pelo en un gesto que antaño ella había considerado sexi.

Ya no. Se llenó de dicha al ser consciente de que no lo deseaba. No

sentía nada por él, ni siquiera guardaba un ápice de ira por haberla dejado por su hermana.

Nada de nada.

—Quería hablar contigo a solas, y no he tenido la oportunidad hasta ahora.

Él sonrió, mostrando unos dientes perfectos.

—No tenemos nada de que hablar, todo está dicho y claro.

—No, no por mi parte —añadió sin separar los ojos de ella. Suspiró y se apoyó en una de las encimeras, cruzando las piernas—. Mira, Taylor, sé que te he hecho daño... —al ver que ella no decía nada, prosiguió—... y lo lamento.

Estuvimos bien durante nuestra relación, pero... conocí a Ashley y supe que ella sería la mujer de mi vida.

Puso los ojos en blanco.

—Eh... es una arpía. Una puta arpía. Aunque tú tampoco te diferencias mucho: ella ataca por delante y tú, por detrás. —Ladeó la cabeza—. Me pregunto qué es peor.

Dean soltó una suave carcajada.

—Nunca has tenido pelos en la lengua, algo que siempre he admirado y que fue una de las cosas que me atrajeron de ti.

—Termina —gruñó mirando hacia el salón.

Esperaba que nadie entrase. No estaban en ninguna situación comprometida, pero su familia amaba sacar chismes.

—Sólo... quería pedirte disculpas por lo mal que me comporté. —Ella lo miró sin inmutarse—. De verdad, lo siento mucho. Fue horrible presentarme en casa de tus padres como el novio de tu hermana, pero ellos me dieron su apoyo, así que... —suspiró y apretó los puños—... en ese momento no lo vi tan descabellado. Ahora sí. Fue una falta de respeto por mi parte.

Taylor se debatía entre mandarlo al mismo infierno o enterrar el pasado de

una vez y aceptar sus disculpas. La habían herido tantas veces en su vida... El destino parecía querer darle palos continuamente, uno tras otro, sin ofrecerle un respiro. Necesitaba cerrar aquello de una vez.

Gracias a todas esas situaciones, era una mujer fuerte e independiente. Podía aceptar que sus padres nunca la querrían de la misma forma que a su hermana y que su ex la había preferido también o seguir con su machacado orgullo en esa infernal historia que, de una forma u otra, parecía reabrirse siempre.

Se encogió de hombros.

—Ya me da igual, Dean. Soy feliz

con Kevin, gracias a él todo ha sido más llevadero, pero admito que hasta hace menos de un mes no se me habían pasado las ganas de arrancarte el pelo. —Se fue alejando—. Está bien, te perdono. He conseguido pasar página, ahora te pido que no volvamos a hablar nunca más del asunto.

Lo estaba haciendo.

Estaba cerrando aquel ciclo de su vida, y sentía cómo aquel demoledor peso de los hombros comenzaba a desaparecer. La calidez, seguida de la felicidad, la invadieron, haciendo imposible no sonreír.

—Adiós, Dean.

—Te veo relajada y... feliz — comentó Kevin durante el viaje de regreso.

Lo miró con una enorme sonrisa en los labios y se rio suavemente.

—Todo ha salido bien. —Le tocó la rodilla con ternura—. Te agradezco que me hayas acompañado.

Él le devolvió el apretón.

—A tu servicio.

Oh, mierda, aquello le recordó...

—¿Por qué no me dijiste nada?

—¿De que me iba? —Ella asintió.

Kevin volvió a prestar atención a la

carretera mientras los rayos del atardecer incidían sobre su rostro—. Estabas tensa, malhumorada y con problemas a tus espaldas. Sólo esperaba encontrar el momento perfecto.

—Los momentos perfectos no existen —murmuró.

—Claro que sí, uno de los muchos momentos perfectos de mi vida fue conocerte.

Dio un salto en el asiento del coche.

—¿De verdad?

—Ajá, lo recuerdo todo nítidamente.

—Un brillo apareció en su mirada—. Estabas tan descarada que temía ser devorado. Me rompiste la camiseta que

llevaba.

Taylor no pudo negarlo, así que soltó una carcajada.

—Es verdad. —Se humedeció los labios—. ¿Vas a dormir hoy en mi casa?

Esperó lo que le pareció unos infinitos segundos antes de que él asintiera.

—Sí. —La miró—. Voy a aprovechar el tiempo que me queda hasta irme.

—¿Eso quiere decir que vas a dejar de rechazarme y vamos a follar? —Bufó—. No sé si mi pobre ego podrá sufrir más rechazos.

—No es por lo que tú crees, maldita

sea. Me niego a acostarme contigo cuando estás tan vulnerable, no quiero que te arrepientas al día siguiente y todo se vaya a la mierda.

Oh, así que había sido eso.

—Ya no me siento vulnerable —
ronroneó.

Dirigiéndole una sonrisa lobuna, asintió.

—Lo sé, esta noche voy a devorarte.

¡Oh, sí, por favor!

Capítulo 10

Después de tanto tiempo, Taylor no podía creerse que estuviese delante de Kevin, medio desnuda y excitada como nunca antes.

La camiseta que él había llevado puesta ahora se encontraba en el suelo de su habitación, tirada, así que pudo deleitarse con aquel torso fuerte y

musculoso, con aquellos abdominales que sólo podían conseguirse con el duro trabajo. Sus hombros, iguales a todo su conjunto, eran seguidos por unos brazos donde podían verse algunas venas marcadas.

Estaba ansioso, podía sentirlo.

Tenía los puños apretados a ambos lados del desnudo cuerpo, los ojos oscurecidos por el deseo y una enorme erección que apuntaba directamente hacia ella.

Antes de clavar los ojos en su polla, lo observó sin un ápice de vergüenza, deteniéndose en sus estrechas caderas y en sus largas y atléticas piernas

cubiertas de un suave vello oscuro.

Todo en él era magnífico.

Subió nuevamente la vista para encontrarse con su pene.

Grande, orgulloso. Aquel miembro viril era tal y como lo recordaba. De tronco grueso con algunas venas rodeándolo para llegar hasta aquel oscurecido glande poderoso.

Se humedeció los labios y contempló la ropa del marine desperdigada por su cuarto, aunque no veía los pantalones, ¿dónde los habría dejado? Nada más entrar en su casa, Kevin la había agarrado de la cintura y había tomado su boca en un rudo beso

que la encendió por completo.

Sus pechos, pequeños y pálidos, apuntaban hacia él, con los pezones erectos.

Sólo con las braguitas puestas, se acercó hasta sentir la cabeza roma del miembro en el estómago. Ardía, literalmente.

Colocó las manos sobre su pecho y lo tiró a la cama con suavidad, colocándose a horcajadas encima.

—Quiero tocarte en tantas partes a la vez que no sé por dónde empezar — admitió temblorosamente.

Kevin le cogió las manos y se las besó.

—Empieza por donde quieras, no me voy a ir.

Lo besó apasionadamente mientras dejaba que sus manos le recorriesen el cuerpo de arriba abajo, recolocándose sobre él hasta sentir su miembro directamente contra el centro de su sexo, empujando la ropa interior.

Con un movimiento de caderas, se frotó por toda la dura longitud.

Ambos gimieron.

—Oh, Dios mío...

—Demonios —gruñó Kevin.

Lo repitió y sonrió triunfal al ver el hambre en el marine. Ignoró su propio deseo y comenzó a lamerle el cuello con

extrema lentitud, sintiendo sus pulsaciones en la lengua.

La expectación del momento ocasionaba un leve temblor en sus manos que esperaba que Kevin no notase.

Fue bajando las manos por su torso, raspando suavemente con las uñas aquellas ondulaciones que eran los abdominales, y rodeó el cálido miembro con ambas. Antes de nada, alzó la cabeza y lo miró.

Sus ojos estaban entrecerrados y levemente oscurecidos.

Comenzó a subir y a bajar la mano por toda la longitud, maravillándose por

lo caliente que estaba.

—¿Se te puede derretir el pene?

Kevin sacudió la cabeza y se rio.

—¿De verdad acabas de preguntarme eso mientras me acaricias?

—Su voz ronca la estremeció.

Colocó el pulgar sobre el enrojecido glande y presionó con suavidad. Las caderas de él embistieron contra su pequeña mano.

—No quiero correrme en tu mano.

Con una sonrisa, lo besó y siguió acariciándolo despacio, torturándolo mientras todo su cuerpo seguía calentándose aún más. Sus pezones estaban presionados contra su torso y

sentía el hueso de su cadera justo en su hinchado clítoris.

Se frotó contra él mientras aumentaba el ritmo de sus manos, sintiendo cómo latía entre ellas.

Sin poder quedarse quieto, Kevin colocó sus manos sobre el trasero de ella y la inmovilizó para que no se frotara. Apretó sus nalgas con fuerza, agarrándolas por completo. Aquello a ella le encantó y gimió, aumentando inconscientemente la velocidad de su mano.

Kevin introdujo una de sus manos dentro de la ropa interior, buscando su vagina y acariciando todo el recorrido

con suavidad. Al encontrarla, sonrió contra su boca.

—Estás empapada... —Comenzó a acariciar sus labios con los dedos, frotando, hasta que introdujo el pulgar dentro. Taylor pegó sus caderas a aquella mano que le estaba quitando el control de la situación—... y caliente. Jodidamente caliente; puedo sentir cada vez que aprietas los músculos, Tay. Si vieras cómo se mueven tus caderas contra mí...

Sus eróticas palabras estaban causando estragos en ella, sobre todo cuando su aliento impactaba sobre sus labios. Los sintió resecos, así que se los

humedeció.

—Más, por favor.

—¿Quieres más?

Asintiendo, le dio un buen apretón a su polla y lo oyó gruñir. De su pecho surgió un sonido gutural que la instó a lamerle la garganta, arqueándose y colocando sus pechos sobre su boca.

Sin necesitar ni una palabra más, Kevin se introdujo uno de los inhiestos pezones en la boca y comenzó a chupar con fuerza, mordisqueando la punta con los dientes para luego aliviar la irritación con la lengua.

Estaba a punto de llegar.

—Me voy a correr. —Tragó saliva y

cerró los ojos con fuerza—. ¡Maldición!

Kevin acababa de juntar sus dos pequeños pechos y ahora lamía los dos pezones a la vez; Taylor sentía un cosquilleo entre ellos por el vello de la perilla.

—Fóllame, Kevin —abrió los ojos y jadeó—, por favor.

Asintiendo, la soltó y ella, tras apartar sus braguitas, pudo colocarse completamente a horcajadas sobre sus caderas, sintiendo el glande presionando su sensible clítoris.

Kevin colocó una de sus grandes manos sobre su cadera y la levantó, sorprendiéndola.

—Joder, Kevin, ¿cómo puedes levantarme con una mano?

Se olvidó de la pregunta y observó, hechizada, cómo cogía su magnífico pene y, de un golpe, que provocó un tirón en su entrepierna, la miró e introdujo la cabeza dentro.

Gimió y se agarró a sus brazos, sintiendo cómo estiraba todos sus músculos internos y se abría paso en su vagina con lentitud. Puso los ojos en blanco por el placer. Las suaves venas de su verga le daban un dulce estimulante que agradecía.

—Oh, Dios mío... —Observó sus ojos azul oscuro y sintió una fuerte

presión en el pecho—. Oh, Kevin...

Cuando estuvo por completo dentro de ella, sus caderas hicieron contacto, piel con piel. La mano que él tenía libre la llevó hasta su rostro y le acarició el pelo con suavidad mientras apretaba la mandíbula, mirándola fijamente.

—Eres hermosa.

Sintiendo los ojos húmedos y la vista borrosa, hizo un primer movimiento con las caderas.

Cuando él respondió, echó la cabeza hacia atrás.

Su mano, antes en su cabello, fue bajando hasta sus pechos, acariciándolos y agarrándolos para

bajar hasta la cintura, como estaba la otra, y comenzar a embestir con fuerza, haciéndola perder el equilibrio por el placer que la recorría de pies a cabeza.

Ella colocó las manos sobre su pecho, sintiendo el vello. Se agarró con fuerza y comenzó a subir y bajar las caderas, participando mientras muchísimas emociones la inundaban, a cada cual más fuerte.

Kevin había hecho tanto por ella...

Era cariñoso, había dado la cara en más de una ocasión en su nombre, había estado en su cafetería más de un día cuando podía haber estado con Jay, ya que su trabajo lo mantenía alejado de él,

también había querido prestarle dinero, la había acompañado a la comida de sus padres y...

—Te quiero —murmuró.

Él dejó de embestir y clavó sus ojos en ella, totalmente abiertos.

—¿Qué?

—Eres tan... bueno conmigo — musitó temblorosamente—. Eres demasiado bueno conmigo.

—¿De qué estás hablando?

Negó con la cabeza.

Taylor se agachó y lo besó apasionadamente, acariciando su lengua antes de separarse.

—Muévete —susurró.

Kevin la obedeció, aunque seguía pendiente de ella.

Agarrándola con firmeza, le dio la vuelta y se colocó encima, bombeando con fuerza y asegurándose de frotar su palpitante clítoris con cada arremetida, observando cada gesto de placer que hacía.

La cubría por completo.

La llenaba totalmente.

Sintió los primeros espasmos de su sexo y supo que estaba a punto de llegar. Apretó la mandíbula con fuerza, asegurándose de que ella llegaba al clímax antes de derramarse dentro de ella con una última embestida,

permaneciendo quieto.

Le besó un pezón y luego fue a sus labios, entreabiertos. Respiraba con rapidez y tenía los ojos entrecerrados, las mejillas sonrojadas y su piel estaba cubierta por una suave capa de sudor, haciendo que algunos mechones quedaran pegados a su frente.

Taylor llevó las manos a su cara y lo agarró.

Sonrió ampliamente.

—Echaba mucho de menos esto.

Él asintió.

—Y yo. —La besó castamente—. Y yo.

Taylor se acurrucó contra su pecho,

casi tumbada sobre él. Se preguntó qué estaría pensando, qué pasaría por su cabeza en aquellos momentos. Su respiración se aminoró, volviéndose más tranquila.

Se había quedado dormida.

La rodeó con los brazos y deseó que aquella efímera paz durara para siempre.

Irina paseaba con Amy de la mano por Central Park, disfrutando de la brisa y de las continuas llamadas de atención de su hija, quien se divertía viendo insectos y a otros niños jugar.

Iban a irse ya a casa, tras estar todo el día fuera en la calle. Habían salido a mediodía a comer para luego ir al cine y por último a aquel enorme parque. No sabía nada ni de Taylor ni de Dorek, pero decidió no parecer pesada y esperar hasta su próximo encuentro para poner a prueba su plan.

No estaba segura de que fuera a funcionar, pero pensaba intentarlo.

No tenía nada que perder.

—¡Mami, mira quién está ahí! —
Señaló con la mano.

Miró a través de sus gafas de sol y vio a Grace sentada debajo de la sombra de un árbol, dormida, con un libro sobre

el pecho, la espalda apoyada en el tronco y un rubor en las mejillas.

Se acercó a ella y se agachó hasta estar a su altura.

—Grace —murmuró—. Grace, vamos. —La movió con suavidad.

Grace parpadeó antes de abrir los ojos y mirar a todos lados, desorientada.

—Me he quedado dormida. —Su voz sonaba muy dulce.

Sonrió.

—¿Te encuentras bien?

—Oh, sí, claro. Estaba matando el tiempo mientras esperaba a que Taylor me llamase para ir a verla. Pero no me ha dicho nada, así que... —Alzó las dos

cejas.

Las dos se rieron.

—Seguramente.

—Así que esperaré.

—¿Por qué no te vienes a nuestra casa? —propuso Amy, colgándose de la espalda de Irina y asomando su cabeza por el hombro—. ¿Puede cenar con nosotros, mamá?

—Claro, si ella quiere. —Miró a Grace—. ¿Quieres venirte a cenar?

—Me encantaría, gracias.

Las tres fueron hacia la casa de Irina lentamente, hablando sobre banalidades. Irina intentó saber más sobre ella, a qué se dedica y ese tipo de cosas, pero

Grace apenas dejaba profundizar mucho en los temas, girándolos hacia su persona.

Estaban cruzando un paso de peatones cuando Amy comenzó a dar saltos y a señalar a un punto.

—¡Mami, mami! ¡Mira!

—Amy, estoy hablando con Grace.

—¡Mami, es Dorek!

Se olvidó por completo de Grace y clavó con rapidez la mirada hacia donde señalaba su hija. Se puso la mano a modo de visera sobre los ojos para que los últimos rayos del sol del día no le impidiesen ver con claridad.

Consiguió distinguirlo y sonrió.

Su cabello rubio brillaba por la incidencia del sol; llevaba una maleta de viaje en la mano y tenía un brazo sobre los hombros de una delgada y alta chica de pelo rubio y cálidos ojos marrones que miraba Nueva York con expectación, como si nunca hubiese estado allí.

Le llegaba por los hombros, por lo que tenía que ser incluso más alta que ella. Sus rasgos eran demasiado aniñados, pero... ¿quién sería?

—Dorek es muy guapo —intervino Grace.

Asintió.

—¿Quién es esa rubia? ¿Su novia?

Hacen buena pareja.

Sabía que no podía enfadarse con ella por decir lo que pensaba... y era lo mismo que había rondado por su cabeza silenciosamente, como una amenaza. Grace no sabía los sentimientos que albergaba por él... y esperaba que nadie lo hiciese.

Vio cómo cruzaban a la derecha y los perdió de vista entre la gran masa de gente que a esa hora paseaba por allí.

Se quedó en silencio, cuestionándose si debería preguntarle quién era la próxima vez que lo viese.

No, ella no tenía ningún derecho a entrometerse.

Capítulo 11

Al día siguiente, Taylor había prometido reunirse con sus amigas mientras estaba todavía en la cama con Kevin. Seguramente, si la hubiesen pillado con la cabeza fría en vez de estar sintiendo los labios del marine por otros lugares más íntimos, se habría negado a quedar con ellas antes de dos días.

Odiaba lucir la típica sonrisa de «acaban de echarme el mejor polvo del mundo». Sobre todo porque se la había visto a Andrea y le había tomado el pelo muchísimas veces.

Ahora era su turno.

Gimiendo perezosamente, dio media vuelta en la cama y se tumbó encima de la sólida y fuerte espalda de Kevin, aplastando sus pechos contra las dorsales de éste.

Kevin murmuró algo, todavía dormido.

Sentía el calor de su cuerpo por todas partes y no pudo evitar excitarse al pensar en la noche que habían pasado.

Ni sonrojarse cuando recordó que había soltado aquella afirmación... ¿qué había dicho? ¿Que lo quería? No era mentira, ¿quién no se enamoraría de un hombre como Kevin Jones?

El problema era qué hacer... debía esconder sus sentimientos y, en caso de que él le echase en cara ese comentario, decir que había sido en un momento de pasión o por el contrario...

Aquello la aterrizzaba.

—Cariño, siento los erráticos latidos de tu corazón, ¿acabas de hacer una carrera? —preguntó con aquella voz adormilada que la hizo sonreír.

—Claro. —Le dio un beso en el

cuello—. Tengo que irme a trabajar —
soltó.

—De acuerdo, ¿te apetece que te recoja cuando termines y cenamos juntos?

Estuvo a punto de ponerse a bailar desnuda encima de la cama. ¡Por supuesto que quería!

—Me encantaría.

Se levantó y se estiró antes de dirigirse al baño.

—Voy a ducharme; tú puedes seguir durmiendo, si quieres.

Sin esperar respuesta, se fue al baño y se metió en la ducha con rapidez mientras pensaba en lo bien que iba

encadenada aquella relación.

O lo que fuera.

Se había ido con rapidez porque, aunque admitía ser una mujer que no sentía vergüenza de que su cuerpo fuera casi perfecto, sí era verdad que sus pechos parecían mucho más pequeños a la luz del día.

Sobre todo sin esos sujetadores que le hacían un escote... pasable.

Se recogió el corto pelo en un moño en la nuca y comenzó a enjabonarse todo el cuerpo mientras meditaba en todo lo que había sucedido. Sí, había cerrado ya la puerta del pasado con respecto a su relación con Dean. Él había sido

sincero, prefería a su hermana antes que a ella. Fuera por los motivos que fuese, lo tenía que asimilar.

Una pregunta cruzó con velocidad por su cabeza.

¿Qué pensaba Kevin de su hermana?
¿La encontraba atractiva?

Bufó.

Por supuesto que sí. Ashley era muy guapa y sus rasgos eran más femeninos que los suyos, sus ojos más grandes, su nariz más recta... Sacudió la cabeza.

Le daba igual.

De todas formas...

La puerta de la mampara de la ducha se abrió, y apareció nada más y nada

menos que Kevin en toda su gloria.

—Espero que no te importe compartir el baño, porque me han entrado unas enormes ganas de ducharme —dijo mientras la cerraba a sus espaldas y quedaba prisionera entre él y la pared.

Abrió la boca para responder.

—Tienes señales de mi barba por todas partes del cuerpo... labios, barbilla, cuello, pechos...

¡Pechos! ¡Sus pechos! Se cruzó de brazos con rapidez sin poder decir nada que la ayudase a no quedar como una estúpida.

—¿Por qué te los tapas? Tienes unos

pechos preciosos —murmuró dejando besos por su sien y abrazándola por las caderas con enorme suavidad.

Sintió la dureza de su erección contra la cadera. Ardía.

—Ah... —¿Qué había dicho? Los besos que le daba y sentir su polla la estaban mareando. Ah, sí—. Kevin, te voy a preguntar algo y tienes que ser sincero. No me voy a mosquear.

Sin separarse, él la miró y asintió.

—Dispara.

—¿Qué te pareció mi hermana? —
Achicó los ojos.

—¿Ashley?

—Otra no tengo.

Kevin soltó una carcajada.

—Para ser sincero, me pareció demasiado... manipuladora. No me gusta ese tipo de personas que intentan arrastrarte a una conversación que ellas quieren, así que... —Se encogió de hombros, indiferentemente.

—Es atractiva.

—Tú lo eres más. —La besó.

—Por supuesto que lo soy.

Él se rio y enterró el rostro en el hueco entre su cuello y su hombro, estremeciéndola al sentir su aliento sobre la húmeda piel.

—Entonces, ¿por qué estamos manteniendo esta conversación?

Sin querer admitir nada, rodeó la erección con las manos y le dio un energético achuchón; él gruñó.

—No tengo tiempo, así que —se arrodilló— vas a tener que conformarte con esto.

Las manos de Kevin fueron a su cabello, acariciándolo con ternura mientras sus ojos se oscurecían más y más.

—Hazlo, ya me ocuparé de ti más tarde.

Sin romper la conexión, abrió la boca e introdujo la cabeza roma del pene, cerrándola tras ella y haciendo una suave presión que lo hizo maldecir en

voz baja.

—Jesús, Tay, eres increíble.

Su voz ronca consiguió que su clítoris palpitará. Se llevó una de las manos hasta donde más lo necesitaba y comenzó a acariciarse mientras engullía aquel largo y grueso miembro, combinando las arremetidas con su lengua mientras sentía algún que otro espasmo recorriéndole el cuerpo.

Quería disfrutar de aquello.

Y quería que él también lo hiciera.

Agarró el cálido miembro con la mano libre y comenzó a moverla de arriba abajo, sintiendo el grosor de las venas que lo recorrían de principio a fin

hasta el hinchado glande. Estaba a punto de correrse, lo notaba.

Chupó con más fuerza.

—Joder, espera —graznó—. Dame un segundo.

—Está bien. —Esperó un segundo y se sacó el miembro—. Listo. Pasó un segundo.

Kevin agarró su cabeza con suavidad.

—Era una forma de hablar.

—Dijiste un segundo y eso te he dado. No sería divertido si fuera más.

Iba a volver a ocuparse de su pene, que le daba en la barbilla, cuando la volvió a frenar.

Taylor frunció el ceño.

—No sé cómo tomarme esto, ¿no te gustan mis mamadas?

Él soltó una ronca risa que hizo vibrar su fuerte y trabajado pecho. ¡Oh, qué vista! Taylor creyó estar contemplando el paraíso, viendo cómo las gotas de agua resbalaban por sus abdominales hasta su miembro... y aquellos anchos hombros, tensos por el placer.

—Me encantan, cielo. Pero prefiero estar dentro de ti. Es mil veces mejor.

Vaya... aquello le había llegado al corazón.

Dejó que él la incorporara y la

abrazara hasta tener sus pechos aplastados contra su torso. Llevó sus manos a las masculinas nalgas y se mordió el labio.

—Joder, Kevin, tienes un trasero de infarto. Duro y...

Oh, algo grande y tosco la estaba invadiendo.

Acababa de penetrarla. Y ella ni siquiera se había dado cuenta de cuándo lo había posicionado sobre su entrada.

Arqueó la espalda y gimió.

Las caderas de Kevin embestían con fuerza, una y otra vez, sin tregua, mientras sus dedos jugaban con su clítoris.

Cerró los ojos y perdió el equilibrio, pero él la recogió y depositó un húmedo beso en la comisura de su boca.

Lo miró con los ojos entrecerrados y utilizó las pocas fuerzas que le quedaban para besarlo con pasión, queriendo demostrarle todo lo que sentía de aquella forma, pues era incapaz de expresarlo con palabras. Sentía tantas cosas que notaba el pecho lleno, expandido a más no poder.

Estaba a punto de asfixiarse y se separó de sus labios a regañadientes.

Kevin, sin dejar de mover sus caderas contra las de ella, la miró con el

ceño fruncido.

—Me amas. Admítelo —gruñó. Taylor desvió la mirada para clavarla donde se unían, observando con excitación cómo su polla desaparecía en su interior para luego aparecer otra vez, completamente mojada por sus fluidos. Gimió—. Dilo.

Eran sólo dos palabras ¿por qué le costaban tanto?, ¿por qué sentía que le ardía el pecho?

Temía tanto que volvieran a dejarla.

—Yo... —Sus ojos se humedecieron. Estaba cerca del clímax—. Es que...

—Vamos, dímelo. —La besó—. Cariño, venga...

El pulgar de Kevin presionó su clítoris con suavidad antes de hacer suaves círculos. La penetró con fuerza a la vez y logró que llegara al clímax con vigor, agarrada a sus hombros con las uñas y de puntillas, sintiendo un calambre en el gemelo que la estaba matando.

Cogió aire con ímpetu y se separó de él con brusquedad al sentir algo espeso deslizándose por el interior de los muslos.

—No te has puesto condón.

Kevin sacudió al cabeza.

—Mierda; lo siento, nena. —Le besó un pezón. Ella se estremeció e

intentó controlar la tormenta de emociones que la estaban embargando —. Perdóname.

—No pasa nada. —Se aclaró la voz y se miró los pies, aunque prefirió volver a subir la mirada hasta su torso al toparse con su pene, erecto otra vez. Se sonrojó—. ¿Te has corrido?

—Sí. —Le acarició el cuello con una mano—. Pero... estás desnuda, vulnerable frente a mí... y es imposible que no esté preparado de nuevo. — Permanecieron en silencio durante unos segundos. Taylor se preguntó cuánto tiempo más tardaría en contener el llanto —. ¿Sigue en pie que vengas a mi casa

esta noche?

¡Demonios, por supuesto! Ni siquiera sus sentimientos lograrían chafarle aquella velada.

—¡Claro! —Lo agarró por la nuca y juntó su frente a la de él, encontrándose con dos mares azul oscuro que la derretían—. Yo...

—Puedes decirlo. No soy como Dean, Taylor.

—Nos vemos esta noche. —Lo besó y miró sus labios—. Gracias por todo.

—Pero Tay...

Salió de la ducha con rapidez y, por una vez en su vida, no le importó su aspecto ni cómo tenía el pelo.

Sólo quería controlarse.

Controlar lo que estaba sintiendo.

—Taylor está... tensa —observó Andrea mientras su amiga servía las bebidas.

—Falta poco para que cierre. La pillaremos y le preguntaremos — propuso Irina mientras se bebía su segunda Coca-Cola *light*. Miró su reloj plateado, de una de esas marcas caras para las que posaba—. Quedan apenas diez minutos.

—La ayudaré a cobrar y demás — intervino Grace mientras se levantaba de

la silla.

Y así, con la ayuda de Grace, en quince minutos la cafetería se quedó vacía, a excepción de ellas cuatro.

Taylor se cogió una cerveza y se sentó con ellas. Movi6 el cuello de un lado a otro y suspir6.

—Dios, qué jornada.

—Ha habido mucha clientela. — Grace se coloc6 a su espalda y comenz6 a darle un suave masaje. Ella cerr6 los ojos—. Relájate.

—He quedado con Kevin, tengo que ir al piso y ducharme.

Todas se miraron entre ellas. Andrea trag6 saliva.

—¿Fue todo bien en la comida?

—Genial, Kevin se portó... de maravilla. —Agradeció con una sonrisa el masaje y Grace volvió a sentarse en su sitio.

—¿Y...?

—¿Te acostaste con él? — interrumpió Grace a Irina.

La rusa la miró con el ceño fruncido.

—He ido al grano.

—Sí, y ha sido fantástico. —Sonrió y dio un trago a su cerveza—. Pero... siento algo por él. Fuerte. Creo que se me escapó cuando lo hicimos ayer, por primera vez después de tanto tiempo, y hoy, antes de venir... —Se encogió de

hombros y miró sus manos—. Me dijo que podía decirlo, que él no era como Dean.

—Y no lo es. —Andrea cogió su mano y le dedicó una sonrisa alentadora—. Kevin es mil veces mejor. Y te quiere.

—Eso no lo sabes —murmuró.

—Eso lo sé hasta yo, que llevo menos tiempo que las demás aquí. —Grace se puso una cazadora por encima—. Te mira de una forma especial. Le importas. Dio la cara por ti y...

—Lo sé, todo eso lo sé, pero... —Se llevó una mano a la frente—. Mierda.

—¿Pasa algo, cielo? —Andrea la

miró atentamente.

—Lo hemos hecho sin condón. Las dos veces.

Irina jadeó.

—¡Taylor, eso es ser muy irresponsable!

—¡Lo sé! ¿Y qué hago? Es decir, no creo que me quede embarazada. Mi madre necesitó ir al médico y todo ese rollo y mi regla es más impuntual que esos relojes que compras por un dólar.

—¿Y si lo estás?

Ocultó lo que le producía aquella simple idea, felicidad, y dio otro trago a su cerveza.

—Además, Kevin es viudo —añadió

para reconducir la conversación.

—¿Y? —Irina puso los ojos en blanco.

—No quiero estar a la sombra de su mujer, ¿vale? Que se despierte y piense «vaya, aquí me encuentro, con una rubia de poco pecho en vez de...»

—Eso es una estupidez —declaró Andrea mirándola con una ceja alzada—. Y eres lo suficientemente lista como para saberlo.

Suspiró.

—¿Y qué hago?

—¿Estar con Kevin? ¿Amarlo? No sé si hace falta que te lo diga, pero, desde que tú me aconsejaste que

enfrentara mi tema con Scott, ahora soy muy feliz. Increíblemente feliz. No cambiaría ni un ápice de mi vida. Y quiero que tú tengas lo mismo.

—¿Kevin quiere algo serio conmigo?

—¡Claro que sí! —Irina sonrió con ternura—. Pregúntaselo hoy. No tienes nada que perder. Te abrazará, te dirá que te ama...

—Y te follará con locura. —Los ojos de Grace brillaban—. ¿Qué más quieres? Guapo, alto, fuerte, con trabajo y con hijo. Lo siento, pero... más, sería perfecto, y eso no existe.

Taylor esbozó una sonrisa.

—Vale, espero gustarle a Jay — susurró algo nerviosa—. Ya sabes, los niños y la cocina se me dan fatal.

—La cocina ya no, y estoy segura de que los niños tampoco. —Andrea le guiñó un ojo—. Al menos, no hacerlos.

—Ahora dejemos mi tema a un lado. —Miró a Irina. Ésta se sonrojó—. ¿Cómo te va a ti con el rubio?

Irina desvió su violeta mirada.

—Nada, no estoy con él.

—Pero Dorek está colado por ti. — Andrea miró a Taylor, quien asintió.

—Hoy... lo he visto paseando con una rubia alta y bastante guapa. — Intentó que su voz no mostrase lo mucho

que le afectaba aquello.

—Tiene que haber un malentendido en todo esto. —Tay frunció el ceño—. No tiene sentido. Dorek no es así.

—En fin, da igual; de todas formas, no me hice ilusiones —mintió—. Creo que Andrea tiene que decirnos algo, ¿no es así?

Todas las miradas de clavaron en ella. Andrea se echó para atrás su largo cabello y asintió.

—Sí, bueno... —Sus ojos castaños brillaban con intensidad—. Quería contároslo antes, pero...

—Ve al grano.

—¡Scott me ha pedido que me case

con él!

Tay abrió los ojos por completo.

—¡Por todos los santos! —Abrazó a su amiga con una gran sonrisa—. ¡Felicidades!

—Me lo pidió hace apenas unos días, pero preferí esperar a que solucionaras las cosas con Kevin.

Se lo agradeció con un gesto mientras Grace también la abrazaba. Irina debía de saberlo antes que ninguna, ya que no la felicitó. Una triste y oscura sombra nublaba sus bonitos ojos claros. Estaba segura de que sería por Dorek, aunque le extrañaba lo que le había dicho. ¿Dorek, con otra? Imposible.

Si no lo conociese, quizá, pero sabiendo la forma en que la miraba...

No, no. Aquello no era posible. Le preguntaría a Kevin cuando lo viese.

Poco a poco, cada una de sus amigas se marchó hasta que se quedó sola. Estaba cerrando la cafetería cuando oyó el motor de un coche a sus espaldas, parado.

Con una gran sonrisa, se giró y vio los increíbles ojos de Kevin.

Fue hacia el vehículo y se subió con rapidez. Cerró la puerta y se acercó a él para besarlo con suavidad. Pero una de las grandes manos del marine se colocó en su nuca y tomó su boca en un húmedo

y posesivo beso que la hizo gemir y arder de placer.

Al separarse, se humedeció los labios y lo miró fijamente.

—Hola.

—Hola, tú. —La sonrisa que lucía Kevin era arrebatadora—. Tengo que recoger a Jay en casa de mis padres. ¿Te importa?

Aquel gesto hizo que su corazón diese un vuelco seguido por erráticas pulsaciones. ¿Cómo iba a importarle? Es más, agradecía tanto que la metiese en la vida de su hijo de aquella forma que sólo pudo suspirar y asentir.

—Me encantará.

El alivio fue latente en sus rasgos.

—Genial. —Colocó una mano sobre su muslo—. ¿Qué tal el día? —preguntó mientras conducía.

—Bastante bien. —Hizo como que miraba por la ventana mientras lo observaba de reojo—. Andrea se ha comprometido con Scott.

—Sí, lo sabía.

Se giró rápidamente hacia él y lo encaró.

—¿Lo sabías? ¿Y por qué no me habías dicho nada?

Él se encogió de hombros mientras entraba en una intersección.

—No me acordé, la verdad. —

Parecía tenso.

—Estoy muy feliz por ellos, me alegro. —Sonrió y clavó la vista en aquellos enormes rascacielos que hacían espectacular la ciudad. Se acordó de repente de Irina y se aclaró la garganta —. Por cierto...

—¿Sí?

—¿Qué tal está Dorek?

—Bien, que yo sepa.

—¿Sí?

Kevin sonrió y negó con la cabeza.

—¿Adónde quieres llegar, cariño?

Aquel apelativo cariñoso la emocionó, aunque intentó camuflarlo. Y le sorprendió lo bien que la conocía.

—Irina dice que lo ha visto con una impresionante rubia de largas piernas...

—dejó caer.

Él soltó una carcajada.

—¿De verdad?

—Ajá. —Se cruzó de brazos y la mirada masculina se clavó en sus pechos cuando se detuvieron ante un semáforo en rojo—. Por cierto, ¿por qué me miras las tetas al cruzarme de brazos si no tengo apenas nada?

La mirada ahora se clavó en sus ojos con fuerza, estremeciéndola.

—Me encantan tus senos.

—Son pequeños.

—¿Y qué? —Una pícara sonrisa

cruzó su rostro—. A mí me chiflan. No a todos los hombres nos gustan grandes.

—¿Tu mujer los tenía grandes? — preguntó antes de ser consciente de ello. Maldijo en voz baja y desvió la mirada—. Joder, lo siento. Lo he preguntando sin querer.

—Pero se te ha cruzado por la cabeza, ¿verdad?

Sin poder negarlo, pero sin querer parecer patética por sus tontos complejos, emitió un sonido ininteligible.

—Quizá —murmuró.

Sí, tenía tantas preguntas con respecto a su mujer... Y era un tema que

quería tratar con él antes de establecer una relación seria. No pensaba ser el segundo plato de nadie, necesitaba saber con certeza que lo había superado, que de verdad sentía algo por ella y no era un simple remedio para el olvido.

Kevin debió de ver algo en sus ojos, ya que siguió la línea de sus pensamientos.

Suspiró y cambió de marcha.

—Crees que te estoy utilizando para olvidar a Claire.

Parecía resignado.

—Por una parte, no, ya que eres muy bueno conmigo, pero... ¡es que eres bueno con todo el mundo!

—¿Y eso es malo?

—Para nada. —Negó con la cabeza

—. Olvídalo.

—Ni se te ocurra volver a cerrarte en banda, Tay —gruñó—. Me ha costado mucho llegar hasta lo más hondo de ti para que ahora vuelvas a ser un iceberg. ¿Quieres saber la verdad? Ya he superado la muerte Claire, estoy enamorado de ti hasta las trancas y sólo quiero compartir mi vida y la de Jay contigo. Nunca voy a olvidar a Claire, ha sido una persona muy importante en mi vida y me ha dado a mi hijo. Pero ya no pienso en ella de esa forma. —La miró con necesidad, cansado—. Ahora

te necesito a ti.

Ella parpadeó al sentir los ojos llorosos. Tragó saliva y se humedeció los labios.

—Lo siento. —No dijo nada y aquello la puso nerviosa—. Es que... no dudo de ti, ¿vale? Sólo olvida mis momentos de locura. De verdad. —Lo miró con desesperación y colocó una mano sobre su rodilla. Sintió su tensión—. Yo también estoy enamorada de ti... —esbozó una sonrisa para animarlo y repitió—... hasta las trancas.

Kevin alzó las comisuras de la boca.

—Lo sé.

—Ah, ¿sí?

—Me lo dijiste mientras te corrías.
—Levantó dos dedos—. Casi dos veces.
Fue jodidamente caliente verte de esa forma.

Oh... vaya. Parecía muy orgulloso de ello.

Se cruzó de piernas al sentir un delicioso estremecimiento recorriéndola de pies a cabeza, especialmente entre sus piernas.

Deseaba tanto volver a sentir el miembro grande y grueso de Kevin... Una descabellada idea cruzó por su cabeza.

—¿No tendremos... tiempo para hacerlo antes de recoger a Jay? Ya sabes

—fue subiendo la mano poco a poco hasta la cremallera de los pantalones. Sí, estaba duro. Tenía una gran erección que tensaba la desgastada tela. Presionó suavemente y él gruñó—. Uno rapidito.

Las caricias de Taylor lo estaban volviendo loco. Soltó una temblorosa carcajada.

—¿Uno rapidito?

—Ajá. —Pasó los dedos arriba y abajo—. Uno. Me vale. Por ahora.

¡Bien! Estaba a punto de lograrlo, se le veía tan... duro. Tenía los nudillos blancos, apretados contra el volante de cuero, las piernas más abiertas de lo normal y la mirada oscurecida.

De repente, recordó aquella noche en que Kevin la rechazó, aunque fuese por motivos altruistas... Pensaba tomarse la revancha.

Retiró la mano como quien no quiere la cosa e ignoró la acusadora mirada del marine.

—Mejor no. No debemos hacer esperar a Jay.

—Podemos...

—Oh, no, no te preocupes. Sabré contenerme. —Le guiñó un ojo.

Al llegar a la casa de los padres de Kevin, Taylor intentó poner etiqueta a todos aquellos sentimientos que recorrían su pecho y lo expandían, a

punto de asfixiarla. ¿Cómo la presentaría? ¿Cómo una amiga? ¿O quizá como su pareja? Si no lo hacía, no lo culparía. Él tenía a Jay y antes querría asegurarse de que tenían un futuro.

Apretó sus manos contra el estómago y cogió aire.

Demonios, aquello se le estaba escapando de las manos.

La casa de los padres de Kevin era bastante bonita, blanca, con un techo oscuro, plantas por doquier y un pequeño jardín. Como diría Andrea, la «típica casa americana» que salía en las películas. Subieron los escalones hasta la puerta y esperó detrás de él, mirando

por encima de su hombro cuando llamó al timbre.

Él intentó agarrarla, pero en ese momento la puerta se abrió y apareció una guapa señora mayor con los ojos verdes.

—¡Kevin! Jay ya tenía ganas de verte.

—Hola, mamá. —Besó su mejilla y la abrazó. Taylor sonrió sin poder evitarlo, preguntándose cómo habría sido su vida si su madre se hubiera parecido a la de Kevin. Se giró hacia ella para presentarla. Su corazón dio un gran salto dentro de su pecho—. Quiero presentarte a Taylor Lanson. Tay, ella es

mi madre, Amy Jones.

Taylor extendió la mano con cierta timidez y sonrió.

—Encantada de conocerla, señora...

La madre de Kevin, bastante más alta que ella, la abrazó con fuerza, sorprendiéndola. Sin saber qué hacer ante aquel gesto tan poco familiar en su solitaria vida, la rodeó torpemente con sus brazos.

—Llámame Amy, querida —Se separó y mostró unos preciosos dientes—. Mi hijo me ha hablado muchísimo de ti.

Vaya, aquello no se lo esperaba.

Y la hacía increíblemente feliz.

—¿De verdad?

—Sí —asintió.

—Oh; si te ha dicho cosas malas, mente.

Amy soltó una carcajada mientras los instaba a entrar en la cálida casa.

—Sólo dice maravillas de ti.

—Entonces todo es cierto — contestó observando las blancas paredes con muchas fotos colgando de ellas.

La madre de Kevin volvió a reírse.

—Kevin nos está esperando en el salón con Jay, ¿vais a quedaros a cenar? Estoy asando un pollo.

Supuso que el padre se llamaba igual que el hijo. Tay dejó la decisión en

manos del marino y observó cada rincón de la casa que iba descubriendo. El suelo, de parquet, resultaba muy cómodo y hogareño, sobre todo al ver al pequeño Jay en la alfombra de colores oscuros.

El padre de Kevin, un atractivo y fornido hombre de pelo negro con algunas vetas grises y ojos zafiro, construía con bloques un edificio con su nieto. Éste alzó su cabecita y la miró tímidamente.

—¡Pero mira quién ha venido a por ti! —El padre de Kevin se levantó y fue hacia ella, sonriendo. Sí, su hijo había heredado los sensuales y atractivos

rasgos del padre—. Tú debes de ser Taylor, yo soy Kevin.

Estrechó aquella gran mano con fuerza y asintió.

—Un placer.

—Cariño, les he dicho que pueden quedarse a cenar. —Amy se colocó al lado de su marido. Éste la envolvió con un brazo. La mirada llena de amor que le dedicó la derritió.

—Por supuesto.

—¡Papá, papá!

Kevin se agachó y cogió en brazos a su hijo. Éste envolvió sus pequeños brazos alrededor del cuello de su padre y la miró.

—¿Qué tal te lo has pasado, campeón?

—Bien —musitó con timidez.

—¿Te acuerdas de Taylor, la chica rubia? —Besó su regordeta mejilla.

Jay negó con la cabeza.

—No.

Taylor soltó una carcajada sin poder evitarlo. Se acercó a Kevin y, apoyando una mano en el fuerte brazo que agarraba al niño, le acarició la mano al pequeño.

—Me gustan los hombres sinceros. Taylor Lanson. Eres muy guapo, ¿sabes? Te pareces más a tu abuelo. Has tenido suerte.

Kevin alzó una ceja mientras que el

abuelo se rio.

—Me está cayendo bien esta muchacha.

—¿Os quedaréis a cenar entonces?

La ilusión latente en la voz de Amy hizo que lo mirara. Él asintió.

—Claro, aunque tenemos que irnos temprano.

—¡Por supuesto! Voy a poner tres cubiertos más. ¿Quieres ayudarme, Jay?

—¡Sí! —gritó mientras hacía enérgicos movimientos para bajarse de los brazos de su padre.

—Teníamos muchas ganas de conocerte, Taylor. ¿Quieres algo de beber?

—No, gracias —Alzó las manos—.

Esperaré a la cena.

Taylor decidió dejar a los dos hombres hablando tranquilamente e ir a la cocina a echar una mano. Se encontró una bonita y gran cocina donde, al final de ésta, había una extensa mesa de madera robusta pulcramente decorada con un mantel y cubiertos a juego.

En ella se encontraba Jay, dibujando mientras le contaba a su abuela algo que había hecho en la escuela.

Amy alzó la cabeza y sonrió al verla. Su pelo oscuro estaba recogido en un moño deshecho que le daba un aspecto juvenil.

—Taylor, me alegro de que vengas a hacerme compañía.

Se pasó las manos por la pernera de los pantalones.

—Pensé que podría echar una mano.

—Oh, no te preocupes. Jay y yo hemos puesto la mesa. No hay que hacer nada.

—Vale, de acuerdo. —Sin saber dónde mirar, clavó los ojos en un dibujo infantil que había en la nevera—. ¡Qué bonito!

Amy se giró y sonrió.

—Fue el último dibujo que Jay le hizo a Claire antes de morir. Kevin dejó que nos lo quedáramos nosotros.

Sonrió apenada mientras recorría con los dedos aquel simpático dibujo donde aparecían una mujer morena, un hombre vestido de militar y un niño que debía de ser él mismo. Con pena, pensó en lo doloroso que le había tenido que resultar a Kevin decirle a su hijo que nunca más vería a su madre.

Horrible.

Suspiró y forzó una sonrisa cuando Amy colocó una mano en su hombro.

—Es triste.

—Cierto, muy triste —coincidió—.

Pero ya ha conseguido redirigir su vida. Tú estás en ella.

Taylor no pudo evitar hacer una

mueca.

—No le he puesto las cosas fáciles.

—¿Qué no has puesto fácil?

Taylor se sobresaltó al ver a Kevin apoyado en el marco de la puerta, cruzado de brazos mientras la observaba con... demasiada intensidad.

Se removió incómoda sobre sus pies. No estaba acostumbrada a que la miraran así, como si fuera la mujer más atractiva del planeta.

No, definitivamente no estaba acostumbrada a eso.

—Ya está la comida, ¿y tu padre?

Taylor agradeció que su madre acudiera en su ayuda.

—Ha ido al baño. —Cuando Amy se agachó para ver cómo iba el pollo, Kevin se acercó a ella con aquellos pasos tan depredadores y frotó la nariz contra el cuello de Taylor. Ella jadeó y se humedeció los labios. Maldito fuera —. Humm... qué bien huele.

—Va a estar buenísimo. —Amy, ajena a cómo su hijo se pegaba dolorosamente lento contra Tay, sacó el pollo. Al girarse, Kevin volvía a estar en una posición segura y lejana de su excitado cuerpo—. Sentaos.

—¿Y en qué trabajas, Taylor?

Terminando de masticar un trozo del delicioso pollo de Amy, apretó las rodillas al sentir un inquietante y excitante ramalazo de placer en su sexo. Aquel inocente tacto de su nariz en el cuello la había encendido por completo, prendiendo fuego a su cuerpo.

Se aclaró la voz y evitó la mirada del marine.

—Era diseñadora, pero no he podido con la competencia, así que he abierto una cafetería en pleno centro de Nueva York. Va bastante bien.

—Una chica valiente respecto a los negocios. Emprendedora —asintió el padre de Kevin—. Me gusta.

—Es valiente para todo.

Ignoró el cumplido y bebió agua mientras se preguntaba si era la única que sentía calor. Jay había terminado de comer y se había ido al salón a jugar, aburrido de las charlas de mayores.

En cambio, Taylor se encontraba dolorosamente excitada y con remordimientos de conciencia por pensar en las distintas formas de follarse a Kevin mientras estaba delante de ellos.

Se mordió el labio.

—Todos mis amigos me han ayudado mucho. —Miró a Kevin por primera vez desde que se habían sentado a la mesa

—. Vuestro hijo también.

—Y... ¿desde cuándo estáis juntos?
No sabíamos nada —planteó Amy con reproche.

Mierda, mierda... Desde luego no iba a ser ella la que le dijera que se lo había estado tirando, no hasta que reuniera la valentía suficiente.

—Apenas un par de meses —intervino él—. Pero decidimos esperar. No quiero que Jay... se forme ideas equivocadas.

Buena excusa... Porque lo era, ¿verdad?

¿Por qué tenía inseguridades? ¡Ella no era así! Se metió un mechón detrás de

la oreja y esperó a que el interrogatorio continuara.

—Una decisión muy acertada, sí señor. ¿Cómo os conocisteis?

Vaya, Amy iba directa. No era una mujer que se andara por las ramas.

Decidió contestar ella, ya que no era nada que quisiera esconder. Contar la verdad no le supondría problemas.

—Mi amiga Andrea va a casarse con uno de los amigos de Kevin.

Su madre abrió los ojos como platos y sonrió.

—¡Vaya! ¿En serio? —Miró a su hijo—. ¿De quién se trata?

—Scott McCain, mamá.

—¡Scott! —Clavó su cálida mirada en su marido—. Por supuesto. Es un buen hombre. Supongo que será Andrea, si no recuerdo mal. Estuvieron saliendo juntos cuando eran más jóvenes. Bueno, cuéntanos algo de ti, Taylor. —Ésta se obligó a sonreír. Como si no hubiesen estado hablando de ella durante casi toda la cena...—. ¿Tienes hermanos?

Oh... Odiaba hablar de su familia. Sobre todo porque no podía alardear de ella, contrariamente a Kevin.

—Una hermana.

—Oh, siempre quise tener también una hija, pero lo pasé mal en el parto y nos plantamos con Kevin. —Soltó una

carcajada—. Era muy grande. Y yo, demasiado pequeña.

Miró con una sonrisa pícaro al aludido, que parecía algo azorado mientras miraba su plato sin mucho interés.

—Estoy segura de ello.

Dios mío... Si Kevin era alto y grande, con aquellos poderosos hombros, ¡de niño también lo habría sido! Por supuesto... estaba proporcionado. Por ejemplo, su pene no se quedaba atrás. Grande y majestuoso, con aquella pesada bolsa testicular, punto débil del marine.

Oh, sí. Grande en todos los sentidos.

—Eh, bueno. Nosotros nos iremos ya, mamá. Mañana Jay va al colegio y quiero tenerlo todo listo.

—Por supuesto, pero ¿no queréis quedaros a tomar café?

—Otro día —murmuró Kevin y dio un beso en la suave mejilla de su madre.

Tras ayudar en recoger la cocina, el marine cogió en brazos a su hijo dormido y lo puso en su sillita con lentitud y ternura antes de despedirse de sus padres, prometiéndoles que volverían en poco tiempo. Se preguntó si ella estaba incluida en aquella invitación.

Esperaba que sí.

Se montaron en el coche y, diez minutos más tarde, Taylor puso su mano sobre el muslo masculino.

—Gracias. Me lo he pasado muy bien. Tus padres son geniales.

Kevin, con sus gafas de sol colocadas encima de la cabeza, parecía un atractivo actor de Hollywood. Mostró sus blancos y perfectos dientes en una cálida sonrisa.

—Me alegro.

Pasó los dedos por el asiento de cuero y se mordió el labio inferior. No quería sacar el tema con Jay dormido, sobre todo por miedo a despertarlo y a que, en caso de que fuese una negativa,

el ambiente se tensase lo suficiente como para que el niño lo notara.

Prefería preguntarle sobre su relación cuando llegasen a casa de Kevin.

Y dejarlo todo claro antes de que se fuera de misión.

Al llegar a su casa, Taylor observó con ternura cómo cogía con cariño a su hijo y lo apretaba contra sí suavemente. Ella esperó en el salón mientras Kevin lo llevaba a su cuarto para ponerlo en la cama. Oyó un murmullo y luego fue hacia ella, cerrando antes la puerta del cuarto del niño.

Se cruzó de brazos y la miró

fijamente.

Con determinación.

Sus pezones se endurecieron contra el sujetador, sintiéndolos levemente irritados.

—Así que sabes que soy grande, ¿verdad?

Recordó lo que dijo su madre y su respuesta, y se rio en voz baja.

—Por supuesto, marine. Eres grande en todo. —Se acercó a él y se pegó a su cuerpo. Llevó una mano a su mejilla y deslizó los dedos por su cuello hacia abajo, tocando su torso hasta la cinturilla de los pantalones—. Tu polla no se queda atrás.

Sin prever su movimiento, él se agachó y se la echó al hombro. Ella soltó un pequeño chillido cuando su mano impactó contra su nalga.

Era deliciosamente excitante.

Quería más.

—Desvergonzada.

Se dirigió hacia su cuarto, con la mano sobre la nalga donde la había azotado. Aquella mano fue deslizándose por el interior de los pantalones y las braguitas con devastadora lentitud, acariciando la piel desnuda y deslizando los dedos entre las nalgas hasta la húmeda vagina, para acariciar luego los hinchados pliegues con los dedos.

Tay suspiró y cerró los ojos.

—Oh... demonios...

Su cuerpo respondía a sus caricias como nunca antes lo había hecho.

Al llegar a su habitación, cerró la puerta y la deslizó por su cuerpo, asegurándose de que mantuviesen el contacto.

La agarró de la cintura y la presionó contra la pared bruscamente. Era tan pequeña a su lado... La rodeaba por completo. Estaba totalmente excitada; arqueaba la espalda para recibir caricias mientras jadeaba. Sentía los pechos pesados, los labios secos...

—Bésame...

Extendió las manos para agarrarle del cuello cuando él las cogió y las puso por encima de su cabeza.

Parpadeó, confusa.

—¿Kevin?

—¿Sabes, Tay? —Deslizó los labios por su pálido cuello. Ella se arqueó y gimió mientras apretaba un muslo contra otro—. Tengo tantas ganas de estar entre tus muslos que si dejo que me toques me correré sobre los pantalones. Lo entiendes, ¿verdad?

Asintió varias veces.

—Entonces...

—Esta vez no me tocarás.

Tomó su boca en un beso ardiente

mientras la desnudaba, dejando sus pechos al aire, y comenzó a acariciarlos con extrema lentitud, inquietándola. Pellizcó los erectos pezones antes de darle otro húmedo beso y tomar uno de ellos en la boca, mordisqueándolo para luego darle una lamida.

Inconscientemente intentó soltarse del agarre de la mano. Él apretó aún más.

Podía sentir cómo su cuerpo se encendía cada vez más, cómo su clítoris palpitaba mientras él se ocupaba del otro pecho, irritándolo suavemente para luego soplar.

—Oh... Dios mío —jadeó.

Él la miraba con aquellos ojos zafiro mientras terminaba de desnudarla, quitándole los pantalones junto con las braguitas.

Se quedó completamente desnuda, excepto por los calcetines; intentó no sonrojarse cuando aquellos pozos zafiro la devoraron por completo, deteniéndose en sus labios, pechos y entrepierna.

Pegó su cuerpo al de ella y volvió a besarla.

—Maldición, Tay, eres preciosa.

Iba a responder cuando profundizó el beso e introdujo la lengua en su boca. Era tan excitante sentir sus labios, sus

manos... Se preguntó cuál sería su próximo paso.

En un rápido movimiento, la puso de cara a la pared y le dio una nalgada. Ella dio un pequeño salto.

—Mantén las manos en la pared.

Taylor asintió. Por esta vez, le dejaría tomar el control. ¡Qué diablos! Se moría de ganas de ver hasta dónde conseguía llevarla. ¿Qué tenía pensado hacer? Su piel se erizó al sentir cómo deslizaba las manos por las curvas de su cuerpo, llevando una en el recorrido hacia sus piernas mientras la otra agarraba una pierna, por la articulación de la rodilla, y la alzaba.

Apoyó la mejilla en la pared y lo miró de reojo, pasando por sus sensuales labios, sus grandes hombros, su cuello tenso... hasta la erección que tenía prisionera en los pantalones.

Oh, cielos.

Necesitaba tocarlo.

Kevin introdujo un dedo en su interior y ella se tensó.

—Estás muy mojada —Parecía tenso. Taylor dio un traspie al sentir el pulgar sobre su clítoris, acariciándolo con perezosas caricias. Sacó el dedo de su interior, completamente mojado, y lo llevó al clítoris—. ¿Desde cuándo estás así?

Se puso de puntillas, intentando controlar los estallidos de placer que sacudían su cuerpo con cada toque.

Deseaba tanto sentirlo. Se humedeció los labios.

—Desde... —Oh, acababa de deslizar dos dedos en su interior, que entraban y salían de ella con avidez. Sacudió la cabeza—... desde la cena en casa de tus padres.

Sintió su lengua en el cuello, pero luego se separó por completo de ella.

Iba a moverse cuando oyó su voz.

—No lo hagas.

Su voz, dura y ronca, la estremeció. Asintió e intentó ver qué hacía.

Se estaba desnudando.

Por todos los santos, estaba exponiendo ante sus ojos aquel exquisito cuerpo perfecto que parecía haber sido moldeado por algún ser divino.

Sus brazos fuertes, donde podían verse los bíceps; su extenso torso, con aquellos abdominales. Se pasó la camiseta por la cabeza, y Taylor no supo por qué, pues aquello la estaba llevando al orgasmo. Verlo así era... tan especial.

La pilló mirando.

Siguió desnudándose, llevándose las manos a la bragueta. Bajó la cremallera y tiró hacia abajo de los pantalones con los bóxers. Su miembro, completamente

erecto, saltó hacia delante, apuntando hacia su cuerpo.

Suspiró y alzó la cabeza.

Su polla tenía la cabeza oscurecida perlada; el tronco estaba rodeado por alguna que otra vena que ya había sentido anteriormente. Y la pesada bolsa de los testículos.... Oh, estaba deseando poner sus manos sobre él, pero las mantuvo en la pared, echando el trasero para atrás.

Él clavó sus depredadores ojos sobre la curva de sus nalgas y fue hacia ella furiosamente, agarrándola por las caderas con rudeza. La alzó un poco y, cuando el glande estuvo sobre la entrada

de su sexo, la dejó caer sin contemplaciones.

—Oh, joder...

—¡Maldición! —gruñó. Comenzó a embestir con fuerza, agarrándola con sus grandes manos mientras sentía los golpes de sus testículos en el trasero.

La inclinó aún más, logrando que su pene golpeará en una sensible zona de su vagina. Puso los ojos en blanco y jadeó.

—¡Kevin! —Clavó las uñas en la pared—. Oh, Dios mío...

—Es... —Una fuerte embestida consiguió que estuviese dentro de ella hasta la base. Se quedó quieto mientras los músculos vaginales internos le

envolvían por completo, sintiéndolos calientes y húmedos—. Maldición, nena.

Taylor lloriqueó cuando volvió a salir de ella, sintiendo el relieve durante el recorrido su pene erecto.

Apretó los dientes con fuerza y llegó al ansiado clímax cuando los hábiles dedos de él masturbaron su sensible clítoris, llevándola al máximo placer mientras olas y olas de indescriptible goce la recorrían de pies a cabeza.

Kevin, sin correrse, la cogió en brazos. Se sentó en el borde de la cama y, colocándola a horcajadas sobre él, la miró.

Ella jadeaba, incapaz de musitar

palabra.

—Eres preciosa.

Levantándola un poco con una de sus manos, se cogió el miembro con la otra y lo colocó justo en la entrada de su vulva.

Esta vez entró despacio en ella; se introdujo un pezón en la boca mientras volvía a embestir abiertamente contra ella. Taylor, rodeándole el cuello con los brazos, comenzó a moverse, siguiendo el desenfrenado ritmo del marine.

Se arqueó hacia atrás, y Kevin la agarró del cuello con suavidad.

Pegó su frente a la de ella y les dio

la vuelta.

Se humedeció los labios mientras un nuevo orgasmo asomaba. Sentía calambres en los gemelos mientras su corazón latía con rapidez. Abrazada a él, podía ver el movimiento de sus caderas, su espalda, sus nalgas...

—Oh, Dios mío...

Kevin salió de su cuerpo. Extrañada, iba a quejarse mientras se incorporaba cuando una mano la presionó en el pecho.

—¿Kevin?

—Déjame saborearte.

Oh... claro. ¿A quién quería engañar? Lo deseaba más allá de todo.

Los labios masculinos fueron bajando por sus pechos hasta su sexo. Sentado sobre sus rodillas, la alzó por las piernas, cargándolas en sus antebrazos, y llevó la boca hasta su sexo.

El primer contacto de su lengua contra sus sensibles pliegues la hizo llevarse una mano a la boca para amortiguar los gritos.

—Ke... espera, espera...

Su cerebro no funcionaba. Estaba dañado por todo el placer que le estaba dando. Estaba segura de que sus neuronas estarían dándose golpes dentro de su cabeza, sin rumbo.

Cuando cerró la boca sobre su clítoris, aquello fue lo máximo que pudo aguantar. Presionó los muslos y se corrió fuertemente, arqueándose en la cama mientras él la retenía, maravillado por la cantidad de gestos que hacía, con el pelo pegado a la cara por el sudor y los pequeños pezones erectos.

Cuando terminó, Taylor extendió los brazos hacia él con una enorme sonrisa.

—Es tu turno, ven aquí.

Abrazándola, Taylor se puso encima de él con su ayuda, sintiendo las piernas temblorosas.

Se inclinó y lo besó.

—Gracias.

Él le tocó el pelo, agarrándola por la cabeza.

—Ha sido todo un espectáculo.

Sin querer sonrojarse, envolvió el duro miembro entre sus manos y sonrió al verle echar el cuello para atrás, exponiendo los fuertes tendones del cuello.

Pobre, había estado aguantando por ella.

Movió la mano de arriba abajo, dando especiales apretones cuando llegaba al sonrojado glande. Él movió las caderas contra su mano y maldijo en voz baja.

Agachó la cabeza y se introdujo el

glande, absorbiendo con fuerza mientras acariciaba con las yemas de los dedos los tensos testículos.

—¡Mierda! —Las manos masculinas tocaban su pelo con exasperación—. Quiero estar dentro de ti. —Le dio una enérgica nalgada que la hizo gemir de sorpresa—. Sube.

Sonriendo ante su poca paciencia, agarró su miembro y lo introdujo con lentitud en su interior, disfrutando de sus muecas.

—Taylor...

Vale, estaba sufriendo ya. Se dejó caer hasta que sintió sus muslos en el trasero.

Completamente dentro, comenzó a moverse, besándolo intensamente mientras llevaba con discreción una de sus manos hasta sus testículos, con la determinación de que llegase ya al ansiado orgasmo.

De repente, vio la incredulidad en su atractivo rostro.

¿Pasaba algo?

—¿Kevin?

—Mierda —gruñó con rapidez antes de retirarse de su interior y correrse sobre sus pechos. En ese momento lo comprendió. ¡Maldición! Había estado a punto de pasar por tercera vez. Kevin respiraba con agitación—. No usamos

protección las dos veces anteriores y...
—Se puso una mano sobre los ojos—.
Somos unos irresponsables.

Se abrazó a él. Él la rodeó instantáneamente con los brazos y apoyó la barbilla sobre su cabeza.

—No te preocupes. —Soltó un beso en una de sus tetillas—. En mi familia hay un largo historial médico por problemas de fertilidad, y mis reglas son muy irregulares —Levantó la cabeza y lo miró con una enorme sonrisa—. Por cierto... vaya orgasmos me has dado. Creo que ha sido la mejor experiencia sexual de mi vida.

Él sonrió y la besó una vez.

—¿Crees?

Las manos de él se fueron a sus nalgas y la restregó contra su miembro de la base hasta la punta. Puso los ojos en blanco y gimió.

—Oh-h... —Se mordió el labio para controlarse y ordenar sus pensamientos—. Quizá puedas intentarlo otra vez... —Se llevó una mano al pelo—. Ya sabes, por si quieres convencerme...

Sonriendo con picardía, Kevin se aseguró de ello.

Capítulo 12

Grace terminó de escribir un último capítulo de su nueva novela y cogió su batido de chocolate. Se llevó la cañita a los labios y releyó las líneas una y otra vez. Sonrió satisfecha por el cariz que estaba tomando, totalmente erótico. Una protagonista femenina libre, sin miedo a descubrir su propia sexualidad.

Como ella.

Una sombra impidió que los últimos rayos del sol de la tarde diesen en su ordenador, ¿quién era?

Alzó la cabeza dispuesta a pedirle amablemente a aquella persona que se apartara cuando vio unos ojos azules claros como un cielo despejado.

Oh, Bryan.

El guapísimo, sexi, alto y musculoso Bryan. De nariz recta, labios carnosos y la cara de un modelo de portada, con aquel perfecto cuerpo de piel clara, aunque debía de haber tomado el sol, ya que estaba un poco más moreno que la última vez que lo había visto.

Un suave vello incipiente decoraba su mandíbula, dorada. Oh, por todos los santos, Grace se moría de ganas de probar aquellos labios, sentir aquellas grandes manos sobre su cuerpo y escuchar su nombre en sus labios.

Le encantaría.

Sonrió coquetamente y puso los codos sobre la mesa de caoba.

—Hola, Bryan —ronroneó su nombre.

Él clavó sus impresionantes ojos en sus labios.

—Grace. —Un escalofrío le recorrió la columna vertebral—. Te he visto y no podía dejar de saludarte, estás

guapísima. Venía a llevarme un café.

Grace sabía que quería acostarse con ella y viceversa. Cerró el portátil y se echó el pelo rizado sobre uno de los hombros, exponiendo su cuello.

—Gracias. ¿Quieres sentarte conmigo?

—Claro. —Se acomodó frente a ella perezosamente, haciendo que fuese consciente de su gran altura. Llevaba una camiseta blanca corta y unos vaqueros desgastados que le sentaban de maravilla. Sonrió, enseñándole una carismática sonrisa. Vaya, aquel hombre lo tenía todo—. ¿Qué estabas haciendo?

—Escribir una novela erótica. —Su

cara fue tan graciosa que no pudo evitar sonreír. Vio cómo achicaba los ojos y su interés se acentuaba—. ¿Quieres echarle un vistazo?

—¿Erótica?

—Completamente —murmuró

llevándose la cañita a la boca.

—Vaya... eres una mujer muy interesante. —Por debajo de la mesa, ella rozó su pantorrilla con el pie. Bryan apretó los puños sobre la mesa.

—Curiosa forma de llamarlo. ¿Sabes, Bryan? —Se acercó más a él—. Sé que me deseas. Ahora mismo me apuesto lo que quieras a que estás tan duro como una piedra.

Directa.

El marine parecía sorprendido. Todas las mujeres de la cafetería tenían sus miradas clavadas en él, y a Grace no le extrañaba. Era tan atractivo y guapo que le parecía raro que no tuviera novia, porque sabía que no tenía. Se lo había preguntado a Dorek.

Bryan era más de... rollos de una noche.

Justo lo mismo que ella.

Él le agarró el tobillo por debajo de la mesa y se lo colocó sobre uno de los muslos, acariciando la piel hasta el zapato.

—Y yo apuesto lo que quieras a que

tú estás mojada y caliente por mí.

Su atrevimiento la enfadó... y excitó.

—¿Y por qué crees eso? —Controló su voz, que fue dulce. Sentía los pechos pesados, calor entre las piernas y unas tremendas ganas de besarlo.

—Porque mantienes los muslos fuertemente apretados, tus ojos parecen verdes y tienes los labios rojos por mordértelos.

¡Maldición! Qué hombre tan observador.

Intentó recuperar su pie, pero él lo tenía firmemente agarrado, acariciando con el pulgar el tobillo. Miró hacia abajo y sonrió.

—Bonitas uñas, Gracie.

Alzó una ceja y miró con discreción por debajo de la mesa. Sonrió majestuosamente.

—Y tú, bonita erección. —Un camarero que pasaba a su lado con unos cafés miró a Grace—. Sí, señor.

—Eres muy descarada —dijo sonriendo, aunque pareció más un cumplido que un insulto.

—Y eso te gusta. —Clavó las uñas en el portátil.

—Lo encuentro encantadoramente caliente, Grace. —La observó con detenimiento—. ¿De dónde eres? ¿Manhattan?

Sonriendo, se terminó su batido y se lamió los labios, consiguiendo toda la atención del rubio marine.

—Soy mitad española mitad estadounidense.

—¿Barcelona? ¿Rota?

Sonriendo, apartó el gran vaso de batido y se inclinó para atrás.

—Eso no te interesa.

—¿Por qué no va a interesarme? —

Vio encantada cómo intentaba discretamente taparse con su pie la erección, sintiéndola en la planta. Presionó con cierta brusquedad y él siseó.

—Porque sólo quieres acostarte

conmigo, como yo contigo. Quizá un par de polvos, pero nada más. —Sonrió lentamente y lo miró desde abajo, asegurándose de que pudiese ver su escote—. Invítame a cenar.

—Cena conmigo —susurró—. Cena conmigo esta noche, Gracie.

Genial, parecía estar hechizado. Ignoró por segunda vez el diminutivo de su nombre y se mordió el labio inferior.

—Me encantaría.

Cuando descubriese su pequeño secreto... estaba segura de que no sería capaz de dejarla marchar de su cama.

Dorek, tras llamar a Andrea para preguntarle dónde podría encontrar a Irina sin que resultase un acosador, estaba comprando en aquel cutre supermercado a más de dos kilómetros de su casa mientras miraba el aparcamiento, esperando verla.

Parecía como si su relación se hubiese enfriado. ¿Habría hecho algo? Cogió tres cajas de leche, una más por la llegada de su hermana, y fue a elegir algo para cenar.

Las puertas del supermercado se abrieron y, al mirar, vio a Irina, increíblemente preciosa con su largo pelo oscuro y sus ojos violeta. Iba

tarareando una canción, con uno de los auriculares del móvil puesto mientras la falda de color beige se movía por el suave viento que soplabá.

Estaba a punto de entrar cuando alzó la mirada y la clavó en él.

Iba a sonreír cuando ella se dio la vuelta y se fue.

Espera, espera.

¿Qué demonios había sido eso?

Dejó el carrito en medio del pasillo y salió con rapidez detrás de ella mientras se preguntaba qué había pasado. Irina parecía correr también, o en todo caso andaba muy deprisa, con aquellas esbeltas piernas y zapatos

planos.

Cuando estuvo lo bastante cerca de ella, la agarró del brazo y la giró.

Impactó contra su pecho y clavó unos entristecidos ojos en él.

Forzó una sonrisa.

—Dorek...

—¿A qué ha venido eso, Irina?

Estaban tan cerca que sentía sus pechos pegados al torso.

—Yo... es que...

—No te inventes ninguna excusa, no tiene sentido. —Demonios, estaba tan alterado que su acento era mucho más marcado.

—Nada, no pasa nada. Sólo...

Dorek, es que... no tiene sentido.

—¿Qué no tiene sentido?

Debería tranquilizarse, pero no podía. No cuando ella ni siquiera era capaz de mirarlo a los ojos.

De pronto una aterradora idea cruzó por su cabeza.

—¿Estás conociendo a alguien?

Irina abrió y cerró varias veces la boca, pero no dijo nada. De repente, sus mejillas se volvieron rosadas y le dio un fuerte empujón en el pecho que no lo habría separado de ella si no le hubiese sorprendido.

—Sí —murmuró sin mirarlo.

Y aquella palabra le sentó como un

puñetazo en el estómago. Vio la duda en sus bonitos ojos al subir la cabeza y asintió.

Dio un paso para atrás.

—Entonces está todo dicho.

Irina se mordió el labio y estiró la mano.

—Dorek... espera, es que...

—Adiós, Irina.

Se fue hacia su casa, maldiciendo la situación y preguntándose cómo habían llegado a ella. No fue consciente de la desolación que poco a poco inundaba los ojos de la mujer hasta dejarlos húmedos.

Taylor, sobre el cuerpo de Kevin y con un muslo de él encima, hizo cosquillas perezosas sobre su pecho y lo sintió retumbar por las silenciosas carcajadas. Estaban saciados, cansados, pero completamente felices por el momento que poco antes habían disfrutado y compartido.

Jay seguía durmiendo en su cama y ellos decidieron darse una ducha y salir un rato al salón a ver la tele. Luego se encerraron en su habitación y volvieron a hacer el amor, cambiando de posición por petición de Taylor.

Sintió su mano en el muslo, de modo

ascendente hasta sus pechos.

—¿Nuestra relación es formal? — preguntó escondiendo el rostro en su cuello y frotando la nariz en él.

Él la envolvió más fuerte.

—Te he presentado a mis padres, te he traído a casa con mi hijo... ¿no es suficiente para que sepas que te quiero?

Levantó con rapidez la cabeza, golpeándose en la frente con su barbilla. Ambos gimieron; ella musitó una disculpa, aunque poco le importaba tras oír aquella declaración.

—¿Me quieres?

Él sonrió y la miró con los ojos achicados.

—Vaya novedad, sabes que te quiero. He ido detrás de ti desde el primer momento en que te vi.

Lo besó.

—Te quiero. —Volvió a besarlo—.
Muchísimo.

—Lo sé.

Frunció el ceño y puso una mano en su pecho.

—¿Cómo lo sabías?

Aquello no se lo esperaba.

—Me lo has demostrado. Sé que te daba cierto pavor conocer a mis padres y aún así has venido. Además de que se te ha escapado alguna vez que otra.

Ignoró esto último.

—Al principio me daba cierto miedo, sí, pero tú conociste a los míos y has hecho un montón de cosas por mí. — Le acarició la mandíbula, agarrándolo por la barbilla—. Mi marine. —Lo besó—. Lo haremos con tu uniforme. Me tomas salvajemente contra la mesa y... —Sacudió la cabeza; tenían que terminar de atar cabos, por lo que mantuvo su lujuria controlada—. Lamento muchísimo lo de Claire, Kevin. Muchísimo. Si hubiese estado viva, seguramente me habría golpeado contra las paredes con tal de olvidarte.

Él la besó.

—Claire murió en una misión, no

pude hacer nada por ella. Nada.

—Cariño, no tienes que contármelo...

—No, deseo hacerlo. Tú has confiado en mí y yo voy a confiar en ti.

—Suspiró y cerró los ojos—. Era hermosa, simpática y muy cálida. Estábamos juntos desde el instituto; éramos de un pequeño pueblo que solíamos llamar Gold's Fold porque era el lugar perfecto para los adolescentes. Había embarcaderos y cines de verano, donde todos los jóvenes iban con sus parejas para meterse mano. —Tay sonrió—. Yo siempre quise entrar en la Marina y ella, curiosamente, se apuntó.

Superó todas las pruebas y... Lo vi como lo mejor que me podía haber pasado. Siempre juntos, ¿sabes? No tendríamos ese problema que tienen los demás, nosotros no estaríamos separados.

Él apretó la mandíbula.

—Pero en ningún momento se me pasó por la cabeza que alguno de los dos pudiese resultar herido. Unos años más tarde, falleció en Afganistán; apenas nos quedaban tres semanas para volver a casa con Jay. —Taylor desvió la vista, incapaz de aguantar el dolor de su mirada—. Fue tan duro regresar sin ella... Allí estaba Jay, con mis padres, impaciente por nuestro regreso. Al no

ver a su madre, comenzó a llorar y a llamarla. —Kevin sacudió la cabeza y cogió aire, expandiendo el pecho—. Dentro de unos meses se cumplirán cinco años de su muerte. Sólo tenía veinticinco, Taylor.

—Lo siento muchísimo —musitó.

No sabía qué decir. Era un desastre para involucrarse sentimentalmente en situaciones como ésta.

Sabiendo que Kevin necesitaba que le dijera algo, le cogió la cara y lo besó.

—Claire estaría muy orgullosa de ti. Jay está muy feliz, te tiene a ti y a sus abuelos, lo estás haciendo genial.

Él sonrió.

—Gracias. —La besó.

—Ahora, dime... cuándo demonios te vas de misión y cuánto tiempo estaré por aquí arrancándome el pelo mientras me preocupo por ti.

Una semana más tarde, Andrea decidió hacer en su casa una barbacoa. Estaban todos: Violette con el enorme Duncan y la chihuahua Pearl; Grace, con una enorme pamelita y unas gafas de sol que la hacían verse bohemio al lado de Bryan, pendiente de todos y cada uno de sus movimientos... ¿habría pasado algo entre ellos?; además, de Irina con Amy,

Dorek, Sean, el marine escocés, y Kevin junto a Scott, preparando la barbacoa.

Habían llevado entre todos comida, dispuesta en dos grandes mesas de plástico. Aquel día el sol daba con fuerza.

El perro de Scott, un enorme pit bull, estaba dentro de la casa.

Taylor fue hacia sus dos amigas y puso un brazo por encima de los hombros de cada una.

—Chicas, hace un día estupendo, ¿no creéis?

—Por eso mismo pensé hacer hoy la barbacoa. —Andrea suspiró—. Dentro de poco se irán, así que, al menos,

disfrutemos de ellos lo que podamos. — Clavó sus castaños ojos en Irina. Estaba muy seria; miraba su refresco *light* sin expresión alguna—. Ira, ¿estás bien?

La aludida levantó la cabeza y sonrió.

—Sí, claro.

—¿Os habéis peleado Dorek y tú? —Taylor fue directa—. No os habéis saludado. O, mejor dicho, lo has esquivado.

—No tengo ganas de hablar de ello, por favor.

Su voz fue tan débil y temblorosa que no insistió. Sintió unas grandes manos en su cintura y unos labios en su

cuello.

Sonrió ampliamente al darse la vuelta y ver a Kevin. Le entregó una cerveza.

—Toma.

—Gracias.

—Te he cogido la más fría. —Le guiñó un ojo.

—Todo un detalle por tu parte; descanse, marine. —Le dio una nalgada, haciendo que Andrea soltase una carcajada e Irina se sonrojase.

—Tay...

—¿Qué? Es mi hombre, puedo magrearlo todo lo que quiera. —Miró el trasero de su novio, que se dirigía hacia

Scott.

En ese momento, Grace fue hacia ellas con una gran sonrisa, con Violette al lado, quien se quejaba de no tener protección solar suficiente para los hombros y el rostro. Llevaba también una pamea, en este caso lila con una flor, y unas enormes gafas de sol de D&G con el pelo dorado en tirabuzones y un profundo escote que impresionaba bastante.

Taylor llevaba una camiseta de tirantes blanca que, para qué mentir, no sugería nada. Sus pechos eran demasiado pequeños para que pudiese mostrar un provocativo escote.

Cruzándose de brazos, sonrió.

—¡Qué pesado está Duncan! —
gimió Violette con voz dulce—. No me
deja que le eche crema en la cara...

—Completamente comprensible —
susurró Tay.

Andrea se rio.

—¡Se va a quemar!

—Por cierto, Grace, ¿por qué Bryan
te está devorando con los ojos si es
Violette la que luce un escote tan
sugereante? Es decir, ni siquiera le ha
echado una miradita.

La aludida se mordió el labio
inferior y se metió la cañita de su
refresco de Coca-Cola en la boca. Tenía

los labios rojos carmesí que contrastaban con su pálida piel.

—No tengo ni la menor idea.

Ira se removió inquieta sobre sus pies, haciendo que el suave y translúcido vestido blanco que llevaba se moviese también.

—Chicas, voy al baño. Ahora vuelvo.

Se fue con rapidez mientras Dorek la seguía con la mirada. Pasaron cinco segundos antes de que Dorek dejara a Sean solo y fuera tras ella.

Taylor silbó.

—Polvo a la vista.

—¡Taylor! —Violette tapó las orejas

al chihuahua, que ladró—. ¡No digas esas cosas delante de mi Pearl!

Tay rodó los ojos y decidió ir a la mesa a coger un trozo de la deliciosa empanada de atún que había hecho Irina. Tras servirse un buen trozo, fue hacia donde estaba Scott, impresionante con una camiseta negra de manga corta y vaqueros desgastados, Duncan, tan enorme como uno armario doble y aquel aura tan dominante, y Kevin, el más guapo de todos para ella, con sus increíbles ojos zafiro.

Se estaba riendo por algo que había dicho Scott.

Seguro que una guarrería.

Colgándose del cuello de su marine, asomó la cabeza y miró la carne, casi hecha. Inspiró con fuerza y gimió.

—Demonios, me muero de hambre. ¿Queda mucho?

—Diez minutos —anunció Scott mientras miraba de reojo a Andrea con una pequeña sonrisa que transmitía muchísimo—. ¿Te ha contado que vamos a casarnos?

—¡Sí! Estoy muy feliz por vosotros, felicidades.

Le dio un abrazo a Scott y luego le palmeó el hombro.

—Ya no podré llamarte señor caliente-coños; una auténtica pena.

Todos los hombres de la barbacoa se giraron hacia ella con rapidez, incluido Kevin.

Mierda. Se le había escapado.

Abrió la boca para soltar una excusa y pirarse cuando su novio la rodeó con los brazos, impidiendo cualquier huida. Scott parecía divertido, Duncan la observaba con demasiada atención y Kevin...

Oh...

—¿Calienta...?

—Calienta-coños. —Se mordió el labio y le echó una mirada de auxilio a su amiga española, que sonrió con malicia y se dio la vuelta—. ¡Maldición,

Andrea! ¡Ayúdame!

—Estoy acostumbrado a que tengan esa reacción conmigo —bromeó Scott.

—¡Eh, no te pases! —Andrea le dio un pequeño puñetazo.

—Por cierto, ¿dónde está Dorek?

La pregunta de Violette hizo que todos se mirasen entre sí y sonrieran, preguntándose si de verdad era tan inocente. Duncan cogió a su pequeña mujer entre sus enormes brazos y depositó un rudo beso en sus labios que la dejó sonrojada y desubicada.

—Han ido al baño.

—Ah. —Frunció el ceño—. Podría haberse quedado aquí en vez de esperar

en la cola. Se aburrirá.

Taylor puso los ojos en blanco.

—¡Están fo....!

—No te preocupes por él. —Kevin le dio una nalgada discreta a Tay para que no hablase.

—Es verdad, no debo perder mi tiempo en tonterías. Cariñito, ¿me sirves una hamburguesa? Me muero de hambre, pero que sea una de las de tofu. Ya sabes que, cuando te vayas, me pondré a comer como una condenada y engordaré.

Duncan, aguantando aquel apelativo cariñoso que tanto odiaba, hizo lo que su mujer le había pedido.

Irina se echó agua por el rostro y el cuello, y luego se recogió el pelo en un moño. Tenía las mejillas completamente rojas, el pulso acelerado y respiraba con agitación. Apoyó las manos en el lavamanos y se preguntó si acudir a la barbacoa no había sido un error.

Desde la pequeña discusión que mantuvo con Dorek, no lo había vuelto a ver. Se sentía como una mentirosa, pero... ¿quién era la espléndida rubia que lo había acompañado? Había querido preguntarle, pero no tenía derecho. No eran nada.

Y aquello le sentaba como un cubo

de agua fría.

Llamaron a la puerta.

Pensando que sería Andrea, cogió aire y forzó una sonrisa.

Abrió la puerta.

—Ahora salg... Dorek.

Sin dejarla pasar, entró y cerró la puerta a sus espaldas. Sus ojos castaños brillaban con determinación... y excitación.

Se estremeció.

—Dorek, ¿qué haces aquí?

Le cogió el rostro con ambas manos y la acercó a él, agachándose para estar a la misma altura que ella.

—No puedo, Ira. Lo siento.

Lo miró preocupada.

—¿Qué pasa? ¿Dorek? —Puso sus manos sobre los antebrazos de él—. ¿Va todo bien?

—Me voy a ir en unos días, Ira. — Apoyó la frente sobre la de ella y cerró los ojos. Esperó, paciente. Su corazón latía con rapidez, golpeando su pecho. Ella sentía su cercanía, la calidez de su gran cuerpo masculino. Se moría de ganas por besar aquellos carnosos labios—. Y, lamentándolo por tu pareja, voy a besarte.

—¿Cómo...?

Y lo hizo, tomando su boca en un voraz beso que la obligó a abrir los

labios y a aceptar la intrusión de su lengua. Irina, sorprendida, tardó unos segundos en responder al beso, pero después lo rodeó con sus brazos.

Le respondió y sintió las caricias de su lengua en todos los recovecos de su cuerpo; movió sus caderas contra él, y percibió una gran erección.

Estaba excitado.

Se separó de Dorek y disfrutó viendo cómo capturaba su labio inferior y daba un suave tirón.

Gimió.

—Irina...

Bajó las manos hasta las firmes nalgas femeninas y la levantó. Ella le

rodeó las caderas con las piernas y, de pronto, sintió la fría superficie del lavamanos.

Cuando él fue a separarse, ella lo agarró del pelo y tiró de él, mordisqueando sus labios y lamiendo la comisura de la boca masculina.

—Jesús, Irina, cómo besas...

—Dorek —lo llamó roncamente, encontrándose con aquellos ojos castaños tan ardientes y bonitos—, no tengo pareja.

—¿Cómo? —La miró confundido.

Sonrió tristemente, sintiendo los pezones erectos y necesitados de caricias. Lo besó con suavidad.

—Era una mentira, es sólo que... me sentí herida.

—¿Herida? —Las manos de él acariciaban sus desnudos muslos.

Iba a responder cuando llamaron a la puerta repetidas veces. Irina dio un pequeño salto, sobresaltada. Se bajó con rapidez de la superficie helada y, colocándose bien la ropa, maldijo en ruso.

¿En qué había estado pensando? Era una mujer adulta, responsable y con una hija.

La culpa era de Dorek. Por ser tan... fantástico, guapo, dulce...

Abrió la puerta del baño y vio a una

impaciente Violette que hablaba cariñosamente con su pequeña perra, quejándose. Aquel pobre animal debía de tener constantes dolores de cabeza, pensó divertida.

—¡Oh, por fin! La comida ya está lista y, como buena amiga que soy, he venido a avisaros. —Se acercó como si fuera a contarles un secreto y no fuese consciente del revolcón que se habían dado—. Apenas quedan dos hamburguesas, pero puedo daros una de tofu. De nada.

Dorek parecía cabreado.

—Gracias, Violette, pero no tenías que...

—Oh, no ha sido nada. Mi divina naturaleza me impide ser de otra forma, ¿verdad, Pearl? —La perrita ladró y saltó del bolso, corriendo planta arriba sin dejar de soltar gruñidos—. ¡Oye! ¿Pero a dónde vas? ¡Pearl, vuelve!

Aguantando la risa mientras veía a Violette subir las escaleras con aquellos vertiginosos tacones, Irina se llevó una mano a la boca.

—Es única.

Sintió la mano de Dorek sobre la cintura.

Colocándose un mechón detrás de la oreja, sin mirarlo, habló atropelladamente.

—Deberíamos salir al patio antes de que vengan Andrea o Taylor.

Se fue con rapidez hacia Grace, ya que era la única que estaba lejos de los hombres, con el rostro hacia el sol. Sus amigas la miraron con curiosidad, pero la dejaron tranquila.

Dorek fue hacia Scott y aceptó la cerveza que éste le dio, aunque mantuvo los ojos sobre Irina. Sí, seguramente tendrían que hablar, pero ella prefería esperar, ordenar sus sentimientos y reunir la suficiente valentía para preguntarle quién era la rubia con la que lo había visto.

—Tienes mejor aspecto. —Grace se

levantó las gafas. Sus ojos parecían verdes y no almendrados como había pensando en un primer momento—. ¿Todo bien?

—Estupendo.

Su voz sonó atropellada. Tragó saliva y aceptó de buen grado darle un trago al refresco de Grace.

—Gracias. —Se lo devolvió—. Lo necesitaba.

—De nada. —Sonrió ampliamente, mostrando una gran sonrisa de dientes medianos y resplandecientes—. Por cierto, si aceptas un consejo, deja de comerte tanto la cabeza. Las cosas saldrán como tengan que salir y te darás

cuenta de que has perdido un valioso tiempo pensando en tonterías.

Asintiendo, decidió disfrutar del resto de la barbacoa lo mejor que pudo.

Al menos, el ambiente entre Dorek y ella parecía menos tenso... Levantó la mirada de sus pies y encontró sus cálidos ojos.

Pero más sexual.

Capítulo 13

Un mes más tarde

Taylor estaba a punto de golpearse la cabeza contra el espejo del baño cuando Grace, totalmente tranquila y con su gato en el regazo, la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa?

—¡No me ha bajado la regla! —
gimió—. ¡Demonios! ¿Qué se supone
que voy a hacer ahora?

—¿Cómo no te va a bajar la regla?
¿No habéis usado protección?

Dejó caer la cabeza en el retrete al
agacharse y se golpeó la frente. Se llevó
una mano a la dolorida zona y miró a su
amiga con enfado.

—¡Claro que la hemos usado!

—Entonces no deberías preocuparte
de nada.

Comenzó a recordar las veces que
habían mantenido relaciones sexuales,
intentando no excitarse al recordar las
manos y labios de Kevin por su cuerpo.

Oh, cuánto lo echaba de menos...

Y quedaban cinco largos meses hasta que volviera a verlo. Era una de las misiones de más larga duración. Pocas veces hablaban por Skype, ya que temía molestarlo, aunque a veces lo mandaba todo a la mierda y, tras estar dos horas en el baño decidida a verse guapa, establecía conexión con él.

Recordó las primeras veces que lo hicieron tras haberla descubierto trabajando en aquel restaurante y...

Mierda.

Levantó la cabeza con rapidez.

—¡Mierda! —Se levantó temblorosamente.

Grace dejó a Salem y se puso a cuatro patas en la cama, mirándola por la puerta abierta.

—¿Pasa algo? ¿Taylor?

Con pavor, se llevó las manos al vientre y gimió. ¿Un bebé? ¡Pero eso era imposible! Apenas se estaba acostumbrando a Jay y a ser más sociable en su negocio de la cafetería. Ella no valía como madre.

Simplemente no era posible.

Se giró y miró a su amiga con miedo.

—Creo que estoy embarazada. —Se humedeció los labios y aguantó las enormes ganas de vomitar y gritar que la recorrieron—. Necesito... necesito...

Grace fue hacia ella descalza, enseñando aquellas uñas rojas.

—No te asustes todavía; iremos a una farmacia, compraremos una de esas caras pruebas de embarazado y entonces, si da positivo, podrás asustarte.

Asintiendo, se arregló y esperó a que Grace se pusiera sus sandalias antes de salir del piso. Había pensado ducharse y luego ir a ver a Jay, que se había quedado con los padres de Claire, quienes vivían cerca de la casa de los abuelos maternos del crío.

Ahora no le parecía tan horrible conocer a los padres de Claire como el

hecho de que podría estar embarazada. Ella. Taylor Lanson. Independiente, con miedo a las cocinas y a los niños y bastante torpe, con apenas coordinación en sus manos para sostener un bebé.

Fueron a la farmacia justo debajo de su piso y entró con Grace, quien echo un vistazo a un expositor con gran variedad de condones.

Ella se acercó a la mujer morena de pelo rizado que la miró a través de sus pesadas gafas. Sonrió con amabilidad.

—Buenas tardes, ¿qué puedo hacer por ti?

Tragando saliva, apretó las manos hasta convertirlas en puños e intentó

hablar. Pero ninguna palabra salía de sus labios.

Grace, que percibió su miedo, se acercó a ella.

—Una prueba de embarazo, por favor.

—Claro.

Tras pagarla y subir al piso, se fue directamente al baño y miró aquel pequeño cartón con temor, como si tuviese entre sus manos el arma más mortífera del planeta. ¿Estaba preparada para hacérsela?

No, definitivamente no.

Sintió una suave y cálida mano en su hombro. Sonrió con esfuerzo.

—No te preocupes, Taylor. Tú y Kevin estáis juntos en esto. Sabes que él no te dará la espalda en caso de que la prueba dé positivo.

—Lo sé, no es eso. —La desesperación teñía su voz—. Es que... Dios mío, Grace. Soy yo, ¿no lo entiendes? No estoy preparada. No todavía.

—Siempre puedes abortar. —La miró con los ojos achicados—. Yo no diría nada...

—¡No! ¡Nunca! —Apretó las uñas contra las palmas de las manos—. Es... voy a hacérmela. Espera fuera, por favor.

Quería estar sola. Definitivamente.

Asintiendo, Grace besó su pálida mejilla en un mudo gesto de ánimo.

Tras leer las indicaciones, suspiró.

Por favor, que fuera negativo.

Tres meses más tarde

—¡Taylor!

Taylor miró a través de sus oscuras gafas de sol a Andrea y a Irina junto a Violette. Habían quedado en su cafetería, sólo que esta vez era distinto. Tras subir su negocio y tener más clientela, con ayuda de Irina, había

contratado a dos chicas que se ocupaban de todo.

Grace estaba con ella, bebiendo un batido de fresa.

Sentadas en el patio exterior, sonrió y se incorporó de la silla al ver a Amy de la mano de Irina. La niña sonreía ampliamente y corrió hacia ella.

Se agachó y la abrazó.

—¡Pero qué mujercita tan guapa tenemos aquí!

—¿Cómo estás, tía Taylor? —Llevó sus manitas a su vientre, levemente abultado.

—Muy bien, es tan perezosa como su madre. —Sonrió y miró a las demás

—. Chicas, qué rápido habéis llegado.

Andrea suspiró y miró su barriga; todavía no se acostumbrada.

Ella ciertamente tampoco.

Tras dar positivo en la prueba, la hizo tres veces más, con el mismo resultado. Dos días más tarde, se hizo un análisis y ya, definitivamente, se obligó a aceptar que estaba encinta. Al principio había estado aterrada, y aunque poco a poco se fue ilusionando, todavía temía la reacción de Kevin.

No se lo había dicho a pesar de que habían hablado alguna vez.

Prefería verle la cara y adivinar qué pensaba a que se quedara mudo al otro

lado del móvil.

No, definitivamente no.

Esperó dos semanas para asimilar la noticia y compartirla con sus amigas, incluso con Violette, que pasaba bastante mal aquellos meses separada de Duncan. Es más, le había cogido cierto cariño a la rubia.

Llamó a una de las camareras para que tomara nota de sus amigas antes de coger su batido.

—¿Qué tal todo?

—Yo estoy escribiendo un artículo para la revista. —Andrea sonrió—. Me entretiene, aunque... se me están haciendo eternos estos meses. Al menos,

teneros a vosotras conmigo lo hace más fácil. Voy a ir a España a ver a mis padres la semana que viene.

—Nunca he ido a España... —
murmuró Violette—. Podría
acompañarte.

—¿De verdad? —Parecía
entusiasmada—. Me da miedo volar y te
agradecería muchísimo que vinieses
conmigo.

—Yo tengo una campaña de ropa de
verano —intervino Irina mientras Amy
jugaba con una muñeca—, pero la hago
en Los Ángeles.

—No te alejarás mucho —asintió.

—¿Qué tal vas con el embarazo? —

Ira, tan maternal como siempre, le cogió la mano por encima de la mesa y se la apretó—. ¿Crees haber hecho lo correcto al escondérselo a Kevin?

—Oh, no, no y no. Yo no he escondido nada. Sólo prefiero decírselo cuando esté aquí. Paso de distraerlo y que tenga algún accidente.

Ira asintió.

—Tienes razón, no había pensado en ello. Se pondrá muy feliz, ya verás.

Se encogió de hombros.

—Y si no lo está, que hubiese utilizado la cabeza. —Cuando la camarera, Daisy, dejó las bebidas, se lo agradeció y cogió una gran galleta de

vainilla—. Yo no fui quien se corrió dentro.

—¡Taylor! —gruñó Ira tapándole los oídos a Amy.

Abrió los ojos como platos mientras las demás se reían, sobre todo Grace, que parecía estar a punto de escupir la bebida.

—Ups, perdón.

—Si vas a ser madre, tienes que controlarte. —La regañó con suavidad—. No puedes utilizar esas palabras tan malsonantes delante de los críos; son como esponjas, lo absorben todo.

Rodando los ojos, asintió.

—Sí, mamá.

—Por cierto, ¿lo saben tus padres?

—¡No, por Dios! Por ahora me lo guardo. De todas formas, no pienso invitar a la perra de mi hermana...

—Taylor... —musitó cansada Ira.

—... a la mala de mi hermana Ashley. —Miró a Ira—. Por cierto, ¿qué os pasaba a Dorek y a ti? La cosa parece haberse enfriado entre vosotros. Mucho.

—Oh, bueno... —Miró a Amy, quien parecía ajena a todo menos a la nueva muñeca que tenía entre sus manos—. Es que... lo vi con una rubia antes de que se marchasen. Y cuando digo con una rubia, debería añadir los adjetivos *esplendorosa y altísima*.

—¿Los viste cariñosos?

—Sí, creo que sí. —Cogió su café y esquivó las miradas de las demás—. No importa.

—¿Dorek no tiene una hermana? —intervino Violette acariciando a su pequeña y adormecida perra—. Duncan me dijo que venía desde Polonia para hacerle una visita.

Irina alzó la cabeza con tanta brusquedad que le dolió.

—¿Cómo?

—Oh, oh... malentendidos. —Negó con la cabeza—. Lo peor del mundo.

Amy clavó en su madre una inquisidora mirada infantil.

—Mami, ¿tienes malentendidos con Dorek?

Miró a sus amigas y suspiró. Todas asintieron. Dejarían el tema para otro momento, Amy era demasiado cotilla y curiosa para su escasa edad.

—No, cariño, nos llevamos genial.

—Podríamos invitarlo a cenar cuando regrese, ¿no? —Su pelo rubio relucía como el mismo oro.

—Claro.

Siguieron hablando animadamente de otros temas cuando comenzó a oscurecer. No hacía frío, pues estaba llegando el verano y, con ello, las cálidas y apacibles temperaturas.

Una suave brisa revolvió el pelo de Taylor. Se lo había dejado hasta el final del cuello, ni largo ni corto del todo. Se lo recogió con una gomilla y, tras invitar a sus amigas a aquella sencilla merienda, se despidió de todas y se fue hacia casa.

Al llegar dio de comer a su gato, así como le hizo unos cuantos mimos; después se duchó y suspiró tristemente. Cenaría sola, otra vez, y se pondría a ver alguna película hasta quedarse dormida, un plan bastante patético si se llevaba demasiado tiempo haciendo lo mismo.

Estaba cortando una lechuga cuando

sonó el telefonillo.

Frunciendo el ceño, se asomó por la ventana y se encontró con Grace. Ella la saludó desde abajo con una gran sonrisa.

—¡Oh, sube!

Le abrió y dejó la puerta entreabierta mientras continuaba haciendo la ensalada. Grace fue hacia ella, con un top negro y unos vaqueros estrechos.

—Pensé que te sentirías sola y he venido a cenar contigo, ¿te parece bien?

—Genial —Sonrió—. Hace unos segundos me lamentaba de volver a estar sola.

—¿Qué preparabas?

—Una ensalada y una tortilla.

—Perfecto, me gusta.

Miró a su amiga, quien parecía estar bastante feliz mientras tarareaba una canción de Beyoncé en voz alta.

—Por cierto, ¿echas de menos a Bryan?

Grace frunció el ceño y se rio.

—No.

—¿No?

—No.

Humm... qué raro. Le dio el bol de ensalada mientras echaba los huevos en la sartén, pensando en abordar el tema desde otra perspectiva que le permitiera obtener más información.

—¿Por qué?

—¿Y por qué iba a echarlo de menos? Sólo nos hemos acostado una vez, aunque estuvo muy bien. —Le guiñó un ojo. Su voz sonaba tranquila, armoniosa.

—Ah, bueno...

—Taylor, no estoy enamorada de él ni lo conozco lo suficiente como para echarlo de menos, por lo que la respuesta es no.

—Entiendo. Yo sí echo de menos a Kevin... —Suspiró y se señaló la barriga—. ¿Puedes imaginarte la cara que pondrá al verme?

—Te follará de lo lindo. —Vaya,

cada vez se parecía más a ella con respecto a hablar tan mal—. A los hombres les encanta ver a sus mujeres embarazadas, está científicamente probado. —Se llevó una mano a los labios—. He dicho *follar*. Me estoy volviendo una desvergonzada.

Al terminar de preparar la cena, se fueron al salón y comenzaron a comer mientras discutían sobre qué película iban a poner.

—Humm... Podríamos ver *El único superviviente*.

—No. —Grace negó con la cabeza—. Demasiado triste para mí. ¿Qué tal *Magic Mike*?

Taylor soltó una carcajada y derramó agua en la mesa al golpear su vaso con el codo.

—¡Estrípers! Pero qué lista eres.

—Por supuesto. Channing Tatum bailando es un festín para nuestros ojos.

—Paso. —Negó con la cabeza—. No tengo a mano a Kevin para echarle un polvo, así que...

—¿Acaso no tienes uno de esos chismes para masturbarte? Yo tengo uno, muy bonito. Rosa. —Se mordió el labio—. Le prometí a Bryan enseñárselo cuando volviese.

Demasiada información.

—Eh... Nos quedamos con Channing

Tatum.

Todo fuese para tenerla distraída y no saber aquellos destalles de su vida sexual.

Un mes más tarde

Taylor esperaba ansiosa en la base junto con los demás familiares de los militares, entre los que se encontraban Andrea y Violette, a su lado; la primera llevaba el largo cabello recogido en una coleta. Su cuerpo era envidiable, con aquellos voluptuosos pechos tapados por una camiseta rosa y unos pantalones

blancos, resaltando su trasero.

Se miró a sí misma con el ceño fruncido.

Sí, estaba guapa, pero aquella barriga le quitaba sensualidad, sobre todo porque iba... algo arqueada, con dolor de pies por estar esperando de pie y haberse puesto unos zapatos que, por cabezonería, llevaba a pesar de quedarle chicos.

Se llevó las manos a la cintura, pensando que aquella camiseta celeste resaltaba sus ojos.

Violette... simplemente era Violette. Estaba impecable, como siempre.

Se limpió el sudor de la frente con el

brazo y maldijo en voz baja.

—A este paso me voy a tener que sentar en el suelo.

Andrea soltó una nerviosa carcajada.

—¿Quieres agua? Tengo una botella en la mochila.

—No, gracias. Si no tendré que ir al baño y me puedo perder el momento. —Negó con la cabeza—. No.

Unos quince minutos más tarde, comenzaron a llegar. Todos los familiares se apartaron hasta la zona que les indicaron. Algunas parejas lloraban, otras eran hermanas, hermanos, padres y madres... Todos compartían el mismo

sentimiento: enormes ganas de ver a sus seres queridos.

Tras aterrizar y parar los motores, permitieron que los familiares se acercasen. Andrea vio a Scott y, tras soltar un chillido que la estremeció, fue corriendo a los brazos de su marine. Con una sonrisa, vio el amor que inundaba los oscuros ojos de Scott, quien la levantó en brazos, dejando la maleta a un lado.

Oh... formaban una pareja tan...

Vio a Kevin y sonrió ampliamente, decidida a ignorar el dolor de tobillos, cuando vio que fruncía el ceño. Tenía la mirada clavada en su barriga.

Abrió la boca, pero Kevin fue hacia ella con rapidez y la abrazó con fuerza, sin presionar su abultamiento.

Lo abrazó ampliamente, besándole cabeza, barbilla, pecho y todo a lo que podía alcanzar. Lo había echado tanto de menos... Lo palmeaba con las manos, asegurándose de que estuviese sano y salvo.

—Dios mío, Kevin... —murmuró—. ¡Te he echado tanto de menos!

Genial, ahora tenía las emociones a flor de piel.

—Cariño... —Se separó de ella y la besó con fuerza, una y otra vez, sintiendo el sabor de sus labios después

de tanto tiempo—. Estás hermosa. Guapísima. —Apoyó la frente sobre la de ella.

—Te quiero tanto...

—Y yo a ti, cielo. —Volvió a besarla. Se agachó y llevó las grandes manos, dándose cuenta de que tenía una gran herida en la derecha, a su vientre —. Jesús, Taylor... ¿Qué es esto?

—Eh... ¿un bebé? Ya sabes, me la metiste y...

La interrumpió con un beso.

—No hables de eso ahora, cariño. Llevo seis meses sin tocarte.

—Sin tocar una mujer —gruñó, clavando sus afilados ojos en él.

—Por supuesto. —La besó—. ¿Qué ha pasado?

—Oh... Estoy embarazada de cinco meses y medio. Creo que fue cuando lo hicimos después de que... fuésemos a casa de mis padres. —Se sonrojó y puso las palmas de las manos en su musculoso pecho—. Es culpa tuya, ¿sabes? Por cierto, no he traído a Jay porque es muy temprano y está dormido. He pensado que podríamos recogerlo e irnos a comer fuera, ¿qué te parece, cariño?

—Genial. —Kevin parecía emocionado, tenía los ojos misteriosamente húmedos. La besó,

rodeándole el cuello con un brazo—. Dios mío, es la mejor noticia que podías darme. Esto... te amo.

Sintió que sus mejillas se volvían rojas e iba a hablar cuando apareció Scott con Andrea, rodeándole la cintura mientras ella permanecía pegada a él como una lapa.

—¡Caray, Tay! ¿Y esa barriga? ¿Te la has comprado en eBay?

—Muy gracioso. —Sonrió—. Tu amigo perdió el control de la situación.

—Algo que haré en cuanto lleguemos a casa —murmuró en su oído.

—¿Y Violette? —Andrea la buscaba entre todas las personas.

—Allí, con Duncan —señaló Kevin.

Uau... Duncan la tenía cogida entre sus brazos, con el rostro enterrado en el cuello mientras ella lloraba.

—Violette es un amor —murmuró Tay.

—Oh, las hormonas del embarazo...

—Andrea sonrió al mismo tiempo que Kevin le acariciaba la barriga—. Ella nunca habría dicho eso.

Frunció el ceño.

—Demonios, es verdad...

Dorek, Bryan y Sean se acercaron a ellos, saludándolas con un abrazo. Todos se quedaron mirando con la boca abierta su barriga.

Tras poner los ojos en blanco, dejó que Kevin aguantara su peso al apoyarse en él.

—Es una barriga. Me la he comprado en eBay.

Todos se rieron menos los tres marines.

Epílogo

Unas semanas más tarde

—Kevin, chis —murmuró riéndose mientras sentía sus manos llenas de jabón en sus pechos—. Jay está dormido, se va a despertar.

—Pues no grites tanto. —Su voz ronca la estremeció—. Dios mío, pero

mira qué cuerpazo tienes. Y los pezones más oscuros y sensibles, me muero de ganas de saborearlos. Y... —Bajó una mano lentamente por su abultada barriga hasta la entrepierna, abarcándola por completo y presionando el sensible clítoris con los dedos—. Esto. Esto es lo mejor.

—Oh... Dios mío. —Movi6 las caderas contra su mano mientras la estimulaba, penetrándola con dos dedos—. Sí, sí...

—Te he echado tanto de menos que temo no saciarme de ti durante el resto de mi vida.

Había tomado una refrescante ducha

tras la cena cuando Kevin se metió con ella silenciosamente, sorprendiéndola por detrás.

La había enjabonado... más o menos, besándola continuamente mientras rozaba su enorme erección entre sus nalgas.

Lo deseaba tanto que sentía su propia excitación entre los muslos. Estaba completamente mojada, empapada, y sentir aquellos grandes y rudos dedos en su interior... Presionó los músculos vaginales y sonrió al oírlo gruñir.

—Maldición, cariño. Te quiero tomar ya.

—Hazlo... —Lo tentó mirándolo de reojo—. Vamos, estoy lista.

Kevin le dio la vuelta y la besó, lamiendo la comisura de la boca antes de profundizar el beso. Ella llevó las manos a su pelo y tiró de él mientras se frotaba contra su muslo, necesitando aliviar el calor que sentía por todo el cuerpo, especialmente en el clítoris.

Bajó la boca hasta su barbilla y la lamió, haciéndolo reír.

—Oh, nena... eres increíble. Me has dado todo lo que siempre he querido. Estás conmigo y ahora... —Dejó de acariciarla entre las piernas para subir lentamente, haciéndola jadear por el

reguero de fuego que iba dejando—. Jay está tan feliz... nunca lo había visto así.

Taylor estaba feliz de que Jay la llamase mamá, aunque al principio le había dado auténtico pavor. No quería ocupar el lugar de Claire, ni mucho menos, pero entendía que era muy pequeño y de mayor apenas se acordaría de nada.

Por supuesto, Kevin y ella le hablarían de Claire, de lo magnífica que había sido. Jay se había tomado fenomenal el hecho de que habría otro integrante en la familia que pasaría a ser su compañero de juegos. Su marine, en un principio, había estado tentado de

pedirle matrimonio, pero entendió que ella necesitaba estar relajada, acostumbrarse a aquella maravillosa vida.

Siempre había estado sola, a excepción de Salem, que huía de Jay siempre que podía.

Y ahora tenía su propia familia.

Nunca más estaría sola.

—Te amo muchísimo —murmuró contra sus labios.

—Y yo a ti, cariño —Le cogió el rostro entre las manos mientras la miraba fijamente, estremeciéndola por la intensidad que desprendía su mirada —. Ahora, deja que disfrute de ti.

Sonriendo con picardía, echó los brazos hacia atrás, arqueándose como pudo entre sus brazos.

—Oh, sí, devórame, Kevin.
Completamente.

No podía ser más feliz.

Agradecimientos

A mis lectores, por sus amables palabras a través de internet y el apoyo que me brindan. ¡Me encanta hablar con vosotros! Espero que disfrutéis mucho con la historia de Kevin y Taylor, sin lugar a dudas yo estoy muy satisfecha por cómo ha quedado.

A Bombón y a Chanel por aguantar

mis constantes muestras de cariño. ¡Sois la gatita y la conejita más guapas del mundo!

Y a mi familia, me siento muy afortunada de teneros a mi lado.

Biografía

Emily Delevigne es una escritora española conocida por sus novelas dentro del género romántico adulto. Sus libros han encabezado las listas de más vendidos durante meses. En la actualidad estudia educación primaria a la par que escribe, toca el piano y disfruta de la vida junto a su familia.

Sus libros publicados hasta el momento son: *El guardián de los vampiros* (2013), *Adicta a Scott* (2014), *¡Luces, cámara y... Amor!* (2015) y *Devórame, Kevin* (2015).

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

<irebluemar.wix.com/emilydelevigne> y
<es-es.facebook.com/pages/Emily-Delevigne/425715907536207>.

Notas

[1]. *Elastic Heart*, RCA Records, a division of Sony Music Entertainment under exclusive license to Republic Records, a Division of UMG Recordings, Inc., interpretada por Sia. (*N. de la E.*)

[2]. *Just the way you are*, Elektra Entertainment Group Inc. for the United States and WEA International Inc. for the world outside of the United States., interpretada por Bruno Mars. (*N.de la E.*)

[3]. *XO*, Parkwood Entertainment/Columbia, interpretada por Beyoncé. (*N. de la E.*)

Devórame, Kevin
Emily Delevigne

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Stokkete / Shutterstock

© Emily Delevigne, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: noviembre de 2015

ISBN: 978-84-08-14775-6

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L
www.victorigual.com